



El grito oculto

UNA
NOVELA
DE

Rafael Soler

Contenido

[EL GRITO OCULTO](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[Carta al lector](#)

[Libros de este autor](#)

PRIMERA EDICIÓN: Junio 2020
Título: El grito oculto
Diseño de la portada: Rafael Soler Molpeceres
Maquetación y corrección: Rafael Soler Molpeceres

Autor: Rafael Soler Molpeceres
ISBN: 9798656071451
IMPRESIÓN: bajo demanda por Amazon
Copyright: © Rafael Soler Molpeceres
Fecha de registro: 18 de Junio del 2020
Licencia: todos los derechos reservados.

EL GRITO OCULTO

Una novela de Rafael Soler Molpeceres.

PRÓLOGO

Ramón se despierta sobresaltado de la siesta, el móvil suena sin cesar, su mente, todavía dormida, no encaja el tono que interrumpe el silencio de aquel caluroso día.

La guardia del día anterior ha sido dura, apenas unas horas antes, se ha cerrado un operativo tras meses de exhaustivo trabajo de investigación, el seguimiento de un nuevo narco que luchaba por hacerse el amo de todo el arco mediterráneo.

<<Por fin ese desgraciado va a estar entre rejas>>.

La cabeza le da vueltas, está cansado, agotado, pero la euforia, o quizás la conciencia de un trabajo finalizado con sabor agridulce, no permite relajarse lo suficiente para un sueño reponedor.

Lo necesita, lo intenta, gira en la cama sobre si mismo, no encuentra la postura. No puede.

El éxito de la operación se ha saldado con la vida de un compañero, un precio muy elevado que nadie está dispuesto a asumir pero que el resto del equipo no ha tardado en señalar a un culpable, Ramón, el jefe de actuación debía haberse anticipado a ello y evitar así el fatal desenlace, todos lo esperaban, todos lo exigían, a todos a defraudado.

<<Dios mío, qué hora es... puto trabajo>>.

Alarga el brazo entre las sábanas sudadas, el ventilador apenas refrescaba el aire caliente de una habitación orientada al sur que, en pleno verano, más que un lugar de descanso, se convertía en una sauna de largas noches de vigilia.

—¿Inspector Castillo?

—Dime Marcial, ya puede ser algo realmente importante porque de lo contrario se te va a caer el pelo.

—Inspector, tenemos un herido de bala en el hospital.

—¿Y? —corta Ramón sin dejar terminar la frase a su compañero.

—Que en un barranco próximo donde rescataron al chico, encontraron dos cadáveres.

—¿Y no podías esperar a pasado mañana para ponerme al día en la oficina?

—Lo más interesante viene ahora señor inspector, la científica ha tomado muestras de ambos y el cabello de uno de ellos, coincide con el pelo encontrado en la fosa de aquel caso cerrado sin resolver que tan mala fama dio a nuestro colectivo.

—Marcial joder, no estoy para jueguecitos, tengo la cabeza que me va a explotar.

—Señor, me ha hablado cientos de veces de ese caso, fue su tesis de fin de carrera, su trabajo de criminalística, su ópera prima.

En ese momento Ramón queda mudo al otro lado del teléfono.

Cuando ingresó en la academia, el caso de la fosa, como era conocido en la jerga policial, le marcó profundamente, en aquellos años, con apenas 23 recién cumplidos y siendo un completo novato, no podía evitar sentirse arrastrado por el circo mediático y social de la época, 5 cadáveres enterrados en una montaña, dos chicas de edad comprendida entre 13 y 15 años, dos varones de edad aproximada entre 20 y 25 y una mujer de mediana edad.

Un caso horripilante, donde tan sólo se pudo identificar a tres de los cinco cuerpos. Los restos pertenecientes a las menores, dos niñas desaparecidas, de las cuales, España entera se volcó en su búsqueda y una enfermera, mujer del que era director de enfermería de un conocido hospital de Cataluña y candidato a conseller de sanidad.

Los otros dos cadáveres, jamás fueron identificados ni reclamados, quizás un ajuste de

cuentas, tal vez otro sádico asesinato en el que su autor, aprovechando la zanja decide enterrarlos a todos en el mismo lugar ¿quién sabe lo que pasa por la mente de un asesino?

Tal y como decían los informes de aquel entonces, los cuerpos llevarían enterrados un lustro, según corroboraron los diferentes forenses que llevaron las autopsias.

A pesar del daño y contaminación de las muestras, un cuerpo enterrado en una montaña, expuesto a los cambios climatológicos de la naturaleza, no era el mejor medio de conservación, pero los exámenes generaron una polémica que ridiculizó la falta de rigurosidad con que se llevó a cabo la investigación con informes contradictorios que no hacían otra cosa que poner en evidencia a las fuerzas de seguridad del estado.

—Creemos que el muchacho era familiar de uno de los dos hombres hallados.

—Marcial, pásate a recogerme cagando hostias.

—Inspector Castillo, contaba con ello, le llamo desde el coche, en 10 minutos estoy en su domicilio— y colgó.

Ramón, sentado sobre la cama reflexiona las palabras de su compañero. Si había relación entre el herido de bala y los dos precipitados, podrían reabrir el caso tras más de 20 años de expedientes almacenados en las estanterías de los archivos centrales de la policía nacional.

Se levanta, busca el botiquín de medicamentos, guardados en riguroso orden en la parte superior del mueble del baño, abre la caja de paracetamol y se toma una grajea.

Se lava la cara con intención de despejarse y abstraído en su propia mirada perdida en su reflejo se dice;

¡Vamos allá, es hora de reescribir la historia Ramón!

CAPÍTULO 1

Daniela no dudó un segundo cuando su hermano dejó aquel mensaje en el buzón de voz, en menos de 24 horas había aterrizado en Barajas, sin maletas y sin mochila alguna, tan sólo un pequeño bolso como equipaje de mano, las llaves, cargador de móvil, dinero, documentación... sus únicos compañeros.

Tal cual ha comprado el billete, como aquel que dice “con lo puesto”, sale en dirección al aeropuerto. Angustiada y nerviosa, no se lo puede creer, Luis ha muerto y según su hermano, la frase “Daniela, tienes que venir, estamos en peligro” le ronda por una cabeza que amenaza con estallar en cualquier momento.

En otra ocasión hubiera cogido el metro para desplazarse, pero las circunstancias hacen que alce el brazo ante la parada de taxis que hay en un hospital próximo a su casa.

El tiempo apremia, la angustia se apodera de ella, necesita estar en España, su hogar.

Llega puntual. Odia llegar tarde a cualquier encuentro, por lo que, sentada en una zona exclusiva para usuarios, espera con ansia el llamamiento de la azafata dando paso a los viajeros del vuelo 0231 con destino a Madrid.

<<Ahí está, ya abren la pasarela>> piensa al escuchar aquella dulce voz por megafonía.

El avión es enorme, un intercontinental con ocho asientos por fila, tres a la izquierda, dos en el pasillo central y otros tres en la parte derecha.

La gente, apelotonada intentando acceder a uno de los asientos no numerados, provoca un tapón en el pasillo en el que tiene que intervenir una guapísima azafata que parece haber salido de un desfile de modelos.

A Daniela siempre le había llamado la atención la superficialidad de las compañías aéreas ¿acaso una mujer de 1,50 no podía ser azafata de vuelo? ¿estaría reñida la altura con la eficacia?

El viaje promete ser largo. Tener un niño preguntón en el asiento de al lado no es lo más indicado para una cabeza que busca paz ante tan desastrosas noticias llegadas desde su casa. Por fortuna, localiza al padre del niño, le cede el asiento para así poder viajar juntos como una familia modelo, cosa a la que accede de muy buenas maneras, a pesar de la insistente negativa por parte de su mujer. Se ha librado del niño.

Ya en su sitio definitivo, durante las más de 8 horas que dura el vuelo, no para de dar vueltas a la grabación.

—¿Qué habrá podido suceder?

—¿Por qué corre peligro?

Martin no quiso preocuparla más de lo necesario, por lo que sin entrar en más detalles le había indicado una serie de instrucciones.

—No me llames, no intentes contactar conmigo, alójate en el hotel Servicol, búscalo por internet, zona norte, yo te localizaré. Esas fueron sus últimas palabras.

Una vez aterriza en Madrid, tras pasar el control aduanero, se dirige al metro, situado en la Terminal 2.

Saca la billettera y compra un billete en una de las máquinas automáticas situadas a la entrada.

En este viaje, el agotamiento del vuelo y con permiso del cambio horario, no le deja caer en la cuenta de pedir un taxi.

Lee el letrero con las indicaciones del metro, lo único que ve tras aquellos carteles

enormes es que ha llegado.

Durante unos instantes, ajena al alboroto de su alrededor, enfrascada en sus pensamientos, recuerda que no había dejado ningún mensaje a su compañera de piso, con las prisas y el impacto de la noticia por fallecimiento de su padrastro, apenas ha tenido tiempo de procesar la información. Ni tan siquiera se acordó de ponerle comida al gato <<pobre Tobias>>.

Saca el móvil y escribe un escueto Whatsapp dirigido a su compañera de piso:

“He tenido que volver a España por problemas familiares, siento haberme ido sin despedirme

¡Ahh! ponle comida a Tobias, su tiesto está en el balcón, junto la tabla de planchar, con las prisas me olvidé del pobre.

Ya te contaré ¡nos vemos pronto guapa!”

Un mensaje de cortesía que no requiere de conversación. La respuesta, breve, un simple

“Ok, ya me cuentas cuando puedas, espero que no sea nada grave”.

Finaliza la comunicación.

De nuevo, consciente del lugar donde está, busca en el plano una conexión de metro con Colmenar Viejo. Era el único lugar donde localizó un hotel con el nombre que le había indicado su hermano.

Tras un buen rato estudiando el plano, cae en la cuenta de que le resultaría más sencillo utilizar Google Maps para moverse.

<<Vaya, no hay conexión directa, me temo que voy a tardar en llegar más de lo esperado>>.

Cansada del vuelo, algo confusa y un Jet lag que no contribuye a tener una mente despierta y ágil, cosa que hubiera agradecido en ese momento elige el primer trayecto indicado por el teléfono móvil. No ha estudiado las diferentes opciones que le aparecen en pantalla, no tiene tiempo, más tarde se arrepentiría.

Tras un largo día de viaje, lleno de transbordos en una ciudad desconocida, llega al hotel que, para más inri, se encuentra en las afueras, cerca de un pequeño polígono industrial.

Recorre una carretera paralela a la autovía que conduce dirección al hotel.

Atraviesa zonas desiertas, no muy adecuadas para una señorita. Aguanta la burla y la barbaridad de piropos que sueltan algunos camioneros envalentonados ante aquellos mastodontes sobre ruedas.

Daniela, con los pies hechos polvo, entra al recinto del hotel, atraviesa la puerta y se dirige al mostrador de recepción.

—Buenas tardes ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, quería reservar una habitación.

—¿Individual?

—Sí.

A lo que tras unos segundos reacciona y corrige.

—Bueno, mejor doble con camas separas.

—Un momento, por favor.

Daniela, observa atentamente al recepcionista, que no parece una persona muy diestra con el ordenador. Tras un rato peleándose con el ratón...

—Disculpe la espera, no tenemos habitaciones disponibles.

Daniela, cansada ya de todo, no puede evitar explotar.

—Llevo más de 8000 km a mis espaldas, apenas he descansado en las últimas 24 horas, he andado más de 3 kilómetros por una carretera donde cada coche que pasaba me pitaba, incluso me han parado para preguntarme cuánto cobraba...

Interrumpe el recepcionista.

—Señorita, lamento que no tenga un buen día, pero no tengo por qué aguantar impertinencias. Déjeme unos minutos a ver si puedo hacer algo, pero le ruego que por favor se relaje. Mientras tanto, le invito a esperar en los asientos del hall.

Respirando hondo y recapacitando las palabras del empleado del hotel, le pide disculpas.

—Disculpe, esperaré allí sentada, por favor, sería tan amable de dejarme la contraseña del wifi, apenas tengo datos.

Tras anotar la clave en una servilleta del sándwich que había comprado nada más llegar al aeropuerto, toma asiento, se relaja, se pone cómoda.

Apenas accede a la red, cuando una voz, con tono más bien grave, pronuncia su nombre al tiempo que una mano la coge con firmeza del brazo.

Alza la mirada y sin saber de dónde ha salido, escucha atentamente las palabras de aquel hombre que más bien parece sacado de una película de aventuras.

Es un hombre alto, vestido con ropa informal, del tipo casual marca Quechua, ronda los 45 años, un cuerpo bien conservado, cuidado.

Daniela odia los hombres que se dejan con el pretexto de la crisis de los 40, justificando la barriga cervecera como algo normal para la edad que tienen. El pelo es castaño y la piel morena. Va sin afeitarse y con un estilo de peinado algo desaliñado, un punto añadido que suma a su top ten masculino. Sin ser consciente de ello, ya está en su ranking de tíos buenos.

—Soy el inspector Castillo, por favor, acompáñeme, su hermano está en peligro.

CAPÍTULO 2

Habían pasado dos días desde el terrible acontecimiento de la montaña, Martin está dolorido, tras 48 horas encamado y lleno de calmantes para el dolor, no se puede decir que fuera su mejor momento.

Un ruido continuo lo despierta, tomando consciencia de dónde está, ve como suena una alerta de monitorización.

Al despertar, con un acto reflejo de pavor, arranca todos los electrodos a los que está conectado, siendo esta la causa de tan gran alboroto. Quiere salir de allí, está asustando, aturdido, desorientado.

No tarda en entrar el enfermero con un séquito de sanitarios que, a juzgar por sus caras de asombro, debía de ser un grupo de estudiantes en prácticas.

—Tranquilo Martin, estás en el hospital.

Su cabeza le da vueltas, pronto, los recuerdos de Luis abalanzándose sobre el otro hombre canoso, el disparo, la discusión, la alfombra...todo se remueve en su interior.

La palabra inspector, de manera inmediata, le devuelve a la realidad.

—¿Cómo dice?

—No se preocupe, es pura rutina. Cuando hay un herido con arma de fuego, el protocolo hospitalario interacciona con las fuerzas de seguridad, de lo contrario esto podría convertirse en el lejano Oeste.

De todas formas, primero ha de dar la autorización el médico, ya está avisado, intente descansar.

Tras cerrar la puerta, Martin intenta aclarar sus ideas, sin levantarse de la cama, intenta acercarse a la mesita auxiliar que hay junto al cabezal y busca en el cajón su Iphone, recuerda que apenas tenía batería cuando intentó pedir auxilio, así que llama por el timbre de la habitación y pregunta si alguien le podía dejar un cargador.

—Hola ¿seríais tan amables de dejarme un cargador para Iphone?

Tras unos segundos sin respuesta, que le parece toda una eternidad, se escucha por el sistema de intercomunicación de la habitación...

—Me temo que los cargadores que tenemos no son compatibles con tu teléfono, espera, el celador de la sala es un fanático de la manzana, ahora le pregunto.

<<Sabía que tarde o temprano tanta exclusividad me daría problemas>> piensa haciendo referencia al sistema cerrado de la marca.

Después de unos minutos de espera interminable y sin esperanza de poder conectarse con el mundo exterior entra una auxiliar a la habitación.

—Hoy es tu día de suerte, el compañero dice que te lo quedas, que luego pasará a recogerlo al finalizar la jornada.

Le sorprende la energía con que la joven entra a la habitación ¿cómo podía haber alguien tan risueña y amable con un desconocido? Desde luego, esa efusividad era una cualidad de la que Martin no podía hacer gala, tal vez sus genes del norte le impedían ser tan abierto con los desconocidos.

Conecta el móvil al enchufe y en cuanto obtiene algo de batería lo primero que hace es escribirle a su hermana, primero piensa en llamarla por teléfono, pero ¿cómo explicarle lo ocurrido sin asustarla? Así que opta por enviarle un mensaje escrito, cosa que al final no hace, no

sin sus correspondientes intentos fallidos, no encuentra las palabras adecuadas escribe y borra el mensaje un par de veces, quizás más.

Entonces, la puerta de la habitación se abre, dos hombres, uno vestido con ropa bastante informal y de aspecto poco cuidado y su compañero, al más puro estilo estudiante de Oxford, con impecable polo deportivo y su correspondiente pantalón color azul marino, entran por ella.

Curioso contraste, piensa Martin.

—Buenos días, somos el agente Marcial y el inspector Castillo— dice haciendo las presentaciones el más joven con un impecable estilismo.

—Hola— contesta tímidamente Martin.

—Verá, nos gustaría hacerles unas preguntas si no le importa.

—Claro agentes, ustedes dirán, en qué les puedo ayudar.

—Verá el inspector Castillo y yo...

De manera abrupta, interviene el inspector cortando a su compañero, un joven agente en periodo de promoción que había sido asignado a Castillo hacía apenas 6 meses.

—Señor Martin, vamos a andarnos sin rodeos ¿qué relación tiene usted con los dos hombres encontrados en el barranco de la Moreja?

Las dudas no tardan en martillearle la cabeza, todas las imágenes vividas dos días atrás golpean su psiquis con cientos de preguntas sin responder, preguntas que no sabe si quiere saber responder.

<<Pero ¿qué puedo conseguir escondiendo la identidad de Luis, tarde o temprano sabrán que era mi padre, bueno, el hombre que me crio>>

Ahora mismo, Martin no sabía como ver la figura de Luis, ángel y diablo en una balanza sin inclinación.

Interrogantes sin una clara respuesta rondan por su mente.

Con temor a meter la pata y sin saber las implicaciones que le llevaría responder honestamente a todas las cuestiones planteadas se arma de valor contestando a los agentes...

—Sí, Luis era mi padrastro, nos acogió cuando yo apenas tenía tres años.

—Bien ¿y el otro hombre que relación mantenía con ustedes?

—Agentes, yo...—titubea.

—Yo tan solo estaba haciendo una ruta...

—Sí, sabemos por los informes que usted fue hallado con ropa de ciclista, encontramos su bicicleta al pie de la montaña ¿le importaría decirnos algo que no sepamos, qué relación tenía su padre con el Dr. Alfonso?

Al escuchar el nombre, rápidamente los recuerdos le trasladan en un viaje por el tiempo, volviendo a la época en que era un niño, sin apenas amigos y con dificultades para hablar el castellano.

<<¿Alfonso no era uno de los amigos de papá?>>.

Tras la puerta, una voz potente corta la conversación.

—Buenos días, soy el director de enfermería de este hospital ¿han hablado con el médico del Sr. Martin? Saben perfectamente que no pueden interrogar a ningún paciente sin el consenso del médico con la pertinente orden judicial, su salud, ahora mismo es nuestra responsabilidad, así que sin son tan amables, les invito a que vuelvan en otra ocasión y abandonen la habitación en la máxima brevedad posible.

El muchacho, aliviado por su rescatador respira.

Tras la reprimenda del director de enfermería, los agentes salen sin decir una sola palabra, tan solo una tarjeta de contacto sobre la cama y unas miradas intercambiadas llenas de impotencia

bastan como despedida.

—¿Está bien joven?

—Sí, gracias, estaba un poco agobiado, mi cabeza está hecha un lío.

—Lo sé, has pasado por un hecho traumático, no es fácil continuar como si no pasara nada.

La enorme cicatriz que dividía rostro del director daba cierto escalofrío, un señor de unos sesenta y pocos, quizás a punto de jubilarse a juzgar por las arrugadas manos.

Sus fuertes facciones, marcadas por la huella inequívoca de la viruela, contrasta con su melena recogida tras una coleta, dándole un aspecto juvenil e informal que no pegaba mucho con su cargo.

—Si necesita algo, no dude en contactar conmigo, será un placer ayudarle.

—Gracias...— respondió Martin esperando que su interlocutor revelara su identidad.

—Oh sí, disculpe, soy Pascual, cualquier cosa que necesite solo tiene que decírselo a mis enfermeros, yo personalmente me haré cargo de que esté bien atendido.

CAPÍTULO 3

La lluvia dificulta la visibilidad, el parabrisas apenas puede retirar la cortina de agua que cae sin cesar sobre la luna delantera.

No hace un día para coger el coche por la carretera y menos a la velocidad con la que conduce, una auténtica temeridad.

Tras la llamada de Alfonso, acelera un poco más, acercándose de manera estrepitosa hacia su objetivo, sin miedo a ser descubierto, directo a la parte trasera del vehículo de su compañero. Las instrucciones han quedado claras.

Es un día gris, de agua y viento, de esos que uno dice, hoy manta y película, pero Pascual tiene un mal presentimiento, no localiza a su mujer y no tarda en tener idea de dónde podría estar.

<<Debo parar esta locura, al fin y al cabo, ella no tiene culpa de nada, es una víctima más entre tantas otras>> piensa mientras se autoconvence.

Circulando por la autovía a esa velocidad, los efectos de la lluvia y el viento se multiplican sobre la sólida chapa del gama alta que conduce, dando la sensación de que en cualquier momento se saldrá de la carretera, los zigzags son continuos y cada vez más temerarios.

Pascual, casi por casualidad, se da cuenta de que algo no va bien, un coche oscuro, del cual no está seguro de la marca, le está siguiendo desde hace ya unos cuantos kilómetros.

<<Juraría que estaba frente a mi garaje, no digas tonterías, hay cientos igual>> piensa sin apartar la mirada de la vía.

Cuando observa por el retrovisor acercarse al Jaguar a escasos metros de su auto, el ritmo cardíaco se le acelera, lo ha reconocido. No hay duda, van a por él.

Tras varios intentos por deshacerse de su perseguidor que, con destreza al volante, evita los envistes de su contrincante en acciones temerarias por zafarse de su oponente, cree estar a salvo, al menos durante unos minutos consigue aliviar la tensión.

Pascual, con el cerebro acelerado, funcionando como en pocas ocasiones, consigue unir los hilos de las últimas conversaciones y es consciente de que no volverá a ver a su mujer, la situación se le ha escapado de las manos, no hay vuelta atrás.

Está convencido de que Alfonso, no contento con su actitud, ha decidido no dejar cabos sueltos, sólo dos personas podían estar al volante del vehículo perseguidor, y por el precio que debía costar aquel Jaguar pegado a la parte trasera de su vehículo, Pedro Luis quedaba descartado.

Fernando, intenta darle alcance, situándose continuamente y de manera intermitente, en paralelo, intenta tirarlo de la calzada, no lo consigue.

Las aceleraciones y desaceleraciones son continuas.

<<Ya lo tengo>>

Y cuando parece que va a darle caza...Pascual vuelve a acelerar dejando atrás a Fernando.

No le está resultando fácil dar el golpe final sin correr riesgos, por suerte, esa tarde apenas circulaban vehículos, de lo contrario, aquella peligrosa conducción podría haber sido una auténtica catástrofe, de las que abren paso en los noticiarios del medio día.

La persecución se intensifica, son los metros finales, la salida a la carretera nacional que conduce hacia el Ibérico está cerca, sabe que Elena estaría allí con Alfonso.

Tiene que darse prisa si no quiere perderla y para ello, lo primero es librarse de su

compañero.

Sin cambiar de marcha reduce la velocidad para tomar la salida, por lo que la inercia del coche mantiene una gran fuerza de deslizamiento sobre el asfalto, quizás ese fallo, con un suelo mojado, permite que un roce, sin apenas impacto, fuese suficiente para que el coche de Pascual saliera despedido de la calzada dando varias vueltas de campana.

<<Mierda, la he cagado>> es su único pensamiento mientras, sujeto por el cinturón de seguridad, gira anclado al asiento como si de una centrifugadora se tratara.

Los airbags de seguridad se activan de forma inmediata impactando sobre el cuerpo del conductor. El nylon de la bolsa de aire, golpea con la energía propia para la función por la cual han sido diseñados.

El impacto sobre la cabeza es fuerte, a pesar de que ha impedido que el volante aplastara literalmente su cráneo, aunque no ha sido suficiente para evitar que el espejo retrovisor del interior, en la segunda vuelta de campana, saliera despedido seccionándole media cara, un corte superficial pero que marcaría su rostro de por vida como si el destino no consintiera que olvidase el trance de aquel fatídico día de lluvia.

Un reguero de sangre cae sobre el magullado cuerpo de Pascual, el corte de la cara, a pesar de no ser profundo, es escandaloso salpicando todo a su paso.

<<Al final parece que no fue tan mala idea comprar el SUV>> piensa al comprobar que tras el aparatoso accidente había salido con vida.

Sale del vehículo y nota como una intensa punzada sobre el tobillo derecho le impide apoyar el pie.

—Mierda, me he roto el hueso —pronuncia en voz alta.

Con la adrenalina del momento, apenas cae en la cuenta de que el brazo izquierdo también parecía estar partido.

Tras examinarse durante unos instantes, tendido en el suelo intentando salir por lo que quedaba de ventanilla, comprueba el dolor de lo que es una clavícula fuera del sitio.

Sin poder escapar de aquel amasijo de hierros de los cuales era esclavo, observa como una figura se acerca hacia él caminando entre la intensa lluvia que no cesa de caer.

—Fernando, por favor, siempre he cumplido con el clan, no me hagas daño.

—Querido Pascual, sabías que Elena se estaba convirtiendo en un estorbo, el jefe ya te había avisado en diversas ocasiones de que era conveniente de que solucionaras el problema ¿y qué hiciste para arreglarlo? ¿pensabas que alejarla de nosotros después de todo lo que sabía sería suficiente?

—Lo sé, pero ella jamás hubiera dicho nada.

—No vivimos en un mundo de probabilidades. Pascual, el quizás no nos vale.

Entonces, Fernando saca un revólver de la gabardina apuntando sobre la cabeza de su víctima.

—¡Por favor, no lo hagas! —grita desesperado con el rostro desencajado entre lágrimas y sangre.

Cierra los ojos, cree que el final ha llegado.

Y como el que espera ser ejecutado, su último pensamiento es el día en que sus padres lo dejaron en aquel horrible y frío internado, la sensación de tristeza y abandono que vivió aquel día volvió a saborearla generando un odio que le permitió mantener la vista alzada hacia su verdugo, cara a cara, como si estuvieran haciendo un pulso con la mirada.

Fernando, mientras sostiene el arma, saca un teléfono móvil y con suma destreza, se lo coloca en el lóbulo de la oreja.

—Alfonso, lo tengo a tiro.

—Buen trabajo, pásamelo.

Acercándole el terminal al oído, sin dejar que lo manchara por la brecha que le partía toda la cara de arriba abajo, una voz se escuchaba al otro lado, una voz familiar y temerosa....

—Hola, mi mariposa parece que quiere volar.

—Alfonso, por favor, siempre he sido fiel, perdona mis errores.

—¿Sabes quién está aquí haciendo tu trabajo?

—Sí —respondió Pascual sin nada que añadir como un niño escuchando la reprimenda de sus padres.

—Tú eliges, esto ya lo habíamos hablado con anterioridad, pero ante tu pasividad me temo que voy a tener que ejecutarla yo mismo, así que responde ¿qué quieres que haga ahora?

—Alfonso, sabes que estoy contigo, hicimos un pacto de sangre hace muchísimos años, perdona mi fragilidad, haz lo que no tuve valor de hacer.

Tras aquellas palabras de traición, el móvil vuelve a su dueño, el cual retoma la conversación.

Tras asentir lo que decía al otro lado de la línea, guarda el revólver y se aleja del lugar sin mediar palabra volviendo a su coche aparcado junto al arcén.

Lo siguiente que escucha Pascual tras el chirrido de ruedas del vehículo de Fernando, es la lluvia sobre los trajes impermeables de los bomberos mientras lo rescatan del aparatoso accidente sufrido.

Aquellos recuerdos serían algo que lo torturarían el resto de su vida.

CAPÍTULO 4

El Telegram de Marcos está sonando, hace poco que acaba de llegar a casa, un exclusivo barrio a las afueras de Milán.

<< ¿Otra reunión? este Alfonso no se cansa nunca>>

Cuando mira la pantalla observa que no era el mensaje que intuía, esta vez no era el jefe, apodo con el que le habían bautizado durante el transcurso de los años por su carácter y liderazgo plasmado desde los inicios en aquel viejo y repugnante internado.

El mensaje, escueto, da unas coordenadas para una nueva cita, el asunto, convocatoria tras el inicio de la investigación de la muerte de Alfonso.

<< ¿Cómo?>> Marcos no da crédito, hace menos de una semana estábamos en aquel caserío, perdidos entre las montañas de Valencia y ahora....

La palabra muerte e investigación resuenan en su mente.

En cuestión de pocos minutos llama a su secretaria.

—Micaela por favor, anúleme la cita con el primer ministro.

—Pero señor, la inauguración del nuevo museo es pasado mañana.

—Lo sé, por eso irá Fabricio en mi lugar.

—Pero Fabricio no participó en el proyecto.

—Micaela, le pago para que sea mi asistente, no mi asesora, pero para su información y así se quede más tranquila, el Sr. Fabricio es nuestro vicepresidente ejecutivo, todos los proyectos, pasan por sus manos, así que, a pesar de no salir en las fotografías, mantiene un estrecho contacto con nuestros clientes, por lo que dudo que al primer ministro le alarme mi ausencia sabiendo las responsabilidades que debo atender.

—Sí señor, disculpe mi atrevimiento— zanja la secretaria.

—Micaela, disculpe, envíe junto al señor Fabricio, una caja de habanos de la plantación familiar, con eso imagino que quedaré disculpado.

—Así dispondré señor.

A los 1200 kilómetros de distancia que separa Milán de Londres, llega el mismo mensaje al móvil de Antonio, representante en Reino Unido de la gran multinacional, líder en telecomunicaciones, de la que es dueño Fernando.

Sorprendido por la noticia, sin cuestionar nada, prepara la maleta, algo gordo debe haber sucedido, su deber era estar ahí, al fin y al cabo, todo lo que era hoy en día se lo debía al grupo y de manera especial a su mentor, Fernando, que siempre había apostado por él.

Y así sucesivamente, resto de miembros fundadores del clan de las mariposas, creado años atrás cuando apenas eran unos críos y que hoy en día amasaban y controlaban uno de los mayores imperios económicos de Europa, fueron recibiendo uno a uno el Telegram de la cita.

La reunión se celebró en Madrid, Belmonte, era propietario de la última planta de la conocida torre de cristal, uno de los edificios empresariales más emblemáticos de capital, por no decir del país, no dudó en ofrecerlo como lugar de encuentro tras la llamada urgente de su amigo.

—A disposición del grupo —dijo por teléfono a su estimado compañero.

Tal vez, por la cercanía de vivir en la misma ciudad, o quizás por los continuos eventos en los que ambos coincidían en calidad de invitados de honor, la relación entre ellos era más estrecha que con el resto del clan, por lo que la comunicación entre ambos, solía ser más

constante.

Manolo, empresario poseedor de un imperio textil es el último en llegar, tras plantarse ante aquellas cuatro torres alzadas hacia el cielo, queda admirado por su belleza.

<<El día que el alcalde me proponga una oferta suculenta, trasladaré mi sede fiscal a uno de estos rascacielos, Barcelona es una olla presión y espero no estar cuando explote>>.

Atraviesa la puerta giratoria de la entrada, adentrándose por el hall, llega al control de accesos, donde muestra su invitación virtual, un código QR que daba acceso a la planta de Belmonte.

El agente de seguridad, trajeado y con un pinganillo en el oído al más puro estilo 007 le dice...

—Acompañeme, por aquí por favor...

Manolo, sorprendido por las altas medidas de seguridad no abre la boca en un acto de prudencia.

Acompañado de su guía, llegan hasta la puerta de un ascensor situado en la parte trasera del edificio.

—Es el ascensor privado del señor Belmonte, un privilegio por estar en la planta superior —dice su acompañante ante los ojos de incredulidad de Manolo que, a pesar de poseer la mayor empresa textil del país, su carácter campechano parece ir reñido con este tipo de lujos.

Tras subir directamente a la planta 50, se abren las puertas, dando acceso a una sala la cual da paso a otra mucho más amplia. Meeting room podía leerse en un minimalista separador de estancias con letras doradas.

<<Qué manía en ponerlo todo en inglés, maldita cultura anglosajona, acabarán apoderándose de la lengua de Cervantes>> piensa Manolo mientras se adentra en la mágica y resplandeciente visión futurista del edificio.

Las paredes, todas ellas de cristal tintado, de una tonalidad azulada, dan una imagen de la capital realmente ensoñadora, 250 m de altura con la sierra de fondo, una estampa que cautiva a Manolo.

<<Me encanta, aquí podría tener mi despacho>>.

—Bienvenido —se escucha la voz de Belmonte desde el fondo de la sala.

Ante aquellas palabras, vuelve a la realidad que le había llevado hasta allí desde su ciudad condal, un viaje con una distancia considerable a pesar de las grandes infraestructuras que las unía.

Ve a sus envejecidos compañeros de internado, allí sentados, sobre unos sillones aterciopelados, alrededor de lo que era una larga mesa de roble, seguramente, la que solían utilizar para las juntas del holding del cual Belmonte era socio.

—Vamos hombre, pasa de una vez, tengo una reunión esta tarde con el FMI—dice Tomás que, tras años de luchas internas, había conseguido el ascenso que tanto ansiaba, el puesto de gobernador del Banco de España era suyo.

Tras retorcidos entramados y paciencia lo había conseguido, pero sus ansias de poder, inagotables a juzgar por sus más que evidentes intenciones, se habían fijado en dar un paso más allá, el Banco Central Europeo, conocido por sus siglas como el BCE.

Sentados en la mesa, Fernando toma la palabra, dando inicio a una pequeña exposición del motivo de la reunión.

—Queridos compañeros, os he reunido a los 6 por los últimos acontecimientos sucedidos. Como os comuniqué en el Telegram, Alfonso ha fallecido, nuestro estimado líder, fue hallado junto al cadáver de Pedro Luis, por los datos que me han sido facilitados, parece ser que, tras una pelea

entre ambos, cayeron por un barranco cercano donde hace apenas cuatro días celebrábamos nuestro particular ritual. De bien sabido por todos nosotros, que la relación entre ambos era turbulenta...

—Sí, no sé por qué no acabaron con él cuando sucedió lo de las chicas, tras cerrar el Ibérico ya nunca fue el mismo —interrumpe Antonio, que ocupaba un alto cargo en la televisión pública del país.

—El problema, es que en el lugar había alguien más, el hijo entonado del que se hizo cargo el muy imbécil.

Belmonte, de manera refinada toma la palabra con sus dotes aristocráticos.

—Queridos hermanos, hace poco más de 45 años, hicimos un pacto bajo aquella enorme luna llena, con la sangre de aquel pequeño cachorro, brindamos jurando ayudarnos y protegernos los unos a los otros, por desgracia, los años pasan y de los 12...

—11— puntualiza Marcos.

—Cierto, disculpad mi lapsus, como iba diciendo, los 11 bebimos del flujo de vida de aquel tierno animal. Los 11 crecimos y unimos nuestras fuerzas, a pesar de los diferentes caminos que tomamos tras salir de aquel internado, que no era más que una cárcel que impedía dar rienda suelta a nuestra esencia verdadera.

Con el paso de los años, bien sea por enfermedad o por causas ajenas a nuestro conocimiento, de las que tan solo tenemos, en estos dolorosos momentos que nos acompañan, suposiciones, nuestro grupo se ha reducido drásticamente. Poco a poco hemos ido abandonando este círculo que sellamos en su día y va siendo hora de reconducir la situación y llevarnos de nuevo a su esplendor.

Estamos en la escala más alta del poder, dominamos a políticos, jueces, empresarios... no podemos permitirnos el lujo de seguir perdiendo influencia, por eso mismo, lo que Fernando quiere decirnos, es que el hijo de Pedro, estuvo allí, y por motivos que desconocemos, nuestros dos compañeros perdieron la vida.

Reconduciendo la conversación, Fernando toma la palabra.

—Ese muchacho debe desaparecer, no sabemos que vio ni por qué estaba allí, tan solo que estaba herido por la Parabellum de Alfonso.

Tras ojear un pequeño dossier que había sobre la mesa, situado en frente de cada sillón, Manolo cae en la cuenta de que, en el listado de llamadas de Martín, había varios intentos de contactar con la que era su hermana, Daniela.

— ¿Y esas llamadas?

Fernando, como responsable de las telecomunicaciones, tenía el acceso y control de todas ellas, de tal manera, incluyó un listado de las últimas marcaciones realizadas durante la última semana por Martín. Los diversos intentos que tuvo por contactar con su hermana daban una clara señal, con un margen de error muy pequeño, de que tan pronto contactara con ella, le contaría todo lo sucedido.

—Queda claro que no podemos permitir que la muchacha sepa nada, Martín era demasiado pequeño para reconocernos, pero ella... debe morir. Es hora de cerrar la brecha que dejó Pedro en nuestro círculo —dice Fernando en tono severo al tiempo que cierra el dossier.

—Caballeros, estén alerta, nuestro compañero y hermano Fernando tomará el cargo de Alfonso, espero que todos estén a la altura de las circunstancias y tomen las medidas oportunas, al mismo tiempo que ruego que dispongan de todos medios disponibles a su alcance en beneficio común del grupo.

—Así sea —responden al unísono.

—Levantamos el acta. La próxima reunión la haremos por videoconferencia cifrada, recuerden la contraseña, recuerden que fuimos y qué somos.

El miembro con la cara marcada por la cicatriz, que seccionaba el rostro asimétrico en dos mitades, contiene la ira en su mirada en un intento de esconder su rencor mientras lanza el dossier a la bandeja central para la destrucción del mismo.

Se levanta y tras arreglar su cuidada coleta, es el primero en abandonar la sala.

<<Me las pagarás Fernando>> piensa su yo más interno.

CAPÍTULO 5

La red profunda, o como dicen los americanos Deep web, un submundo oscuro donde la información corre sin filtro alguno.

Videos que, para cualquier persona, con un mínimo de moral, serían difíciles de visionar, fotografías comprometidas, datos filtrados de empresas en las que confiamos de manera religiosa en nuestro día a día cuando aceptamos sin leer sus condiciones generales, anuncios de todo tipo, pederastas, agencias de cobro forzoso...y sin fin de opciones que ni tan siquiera nos hemos planteado su existencia.

Lo mejor de la humanidad estaba allí concentrado, esperando a ser encontrado por otra mente perversa sin el valor de hacer por sí mismo lo que la moral no parecía frenar.

Todo ello, recogido en ese espacio virtual, un mercado fijado por un precio irrisorio, todo se vende y todo se compra, sin restricciones.

La red profunda, un lugar que escapa al control de las autoridades, un emplazamiento en el que se encuentran mentes perversas con mentes sin escrúpulos donde venden sus servicios por una cantidad de dinero miserable.

Suena una alerta en el móvil de Khaled, un muchacho de origen puertorriqueño que había decidido utilizar ese pseudónimo en lugar de su nombre real, pues Gabriel no le parecía tener la suficiente fuerza comercial para el mercado en el que se movía.

Como él sabe muy bien, los detalles importan y crear una marca era su tarjeta de visita en ese mundo oscuro.

“2000\$ un trabajo limpio, rápido y sin preguntas, disponibilidad inmediata, rango de acción, Estados Unidos”.

Así anunciaba su presentación.

Esa mañana, tras el pitido de su BlackBerry, se dirige a la carpeta de correo, introduce la contraseña y accede a su email, allí está, el primer encargo de la semana.

Tarda poco en responder, apenas unos minutos más tarde estaba inmerso en aquel minúsculo teclado pasado de moda, seguramente, tras finalizar el trabajo, se compraría un Smartphone más grande, el negocio iba bien y la pequeña pantalla de su terminal le agotaba la vista a la hora de responder los correos.

“Mañana a las 12.00 estará finalizado, me mantengo a la espera del pago para la confirmación”.

No tardó mucho en recibir el mensaje de su primo desde Maracao.

“¡Hey bro! he recibido un ingreso, sin dudas las cosas te van bien, cuando la tía Mery se recupere igual me voy contigo, el diseño gráfico aquí está hundido”.

Khaled no ha sido sincero con la fuente real de sus ingresos, en su familia, todos pensaban que se había marchado a hacer “las américas” en un intento de reflotar su decadente profesión de marketing para dar el salto a la versión digitalizada ¿y qué mejor sitio que Norte América?

Saber la verdad hubiera sido un duro golpe para la ultra católica tía Mery que, a pesar de su delicada salud, se hizo cargo de Gabriel como si fuera su hijo tras perder a sus padres en aquel fatídico día, donde un accidente aéreo sesgó sus vidas.

Era la primera vez que se disponían a abandonar la isla, la intención, celebrar su aniversario de boda ya que en su día no pudieron hacer el viaje de luna de miel.

Durante años ahorraron para poder pagar el billete y así cumplir una promesa que tenían pendiente.

El avión, apenas recién tomado el vuelo, cayó en picado sobre las cristalinas aguas de aquel paraíso turquesa formado de coral.

Las noticias se hicieron eco del accidente, culpando al piloto de un suicidio tras sufrir una terrible depresión, que tras los múltiples test psicológicos a los que se sometía a sus pilotos, ninguno fue capaz de detectar, cuestionando así la capacidad de la New York Airlines United.

Meses más tarde, una investigación, tapada de manera sospechosa, apuntaba a un ajuste de cuentas entre un narcotraficante residente en Estados Unidos y otro que iba a bordo del avión de los padres de Gabriel.

Una cantidad minúscula de C-3 en el interior de las hélices fue suficiente para parar los motores tras su activación bajo control remoto, una rudimentaria bomba casera, pero letal.

Se pagó una irrisoria indemnización a los familiares de las víctimas y se cerró el caso, nunca más se habló del tema.

Cuando la tía Mery lo acogió en casa, apenas tenía 9 años recién cumplidos, era el hijo de su hermana y no podía permitir que acabara en la calle o bajo la tutela de alguna mafia del mundo de la droga.

Un esfuerzo a destacar, que Khaled, siendo consciente de ello, intentaba compensar dejando un 50% de los ingresos que obtenía con su trabajo.

Su tía era una madre enviudada, que había sacrificado su juventud, procurando que no les faltara de nada ni a él ni a su hijo, una vida dedicada a ellos hasta que una leucemia impidió que pudiera estar al pie del cañón como siempre había estado.

Quizás ere duro varapalo fue lo que motivó a Khaled a romper las barreras morales y anunciarse en la red profunda.

Su primo Esteban, encargado de llevar las finanzas familiares, de vez en cuando recibía un pago, siempre firmado en concepto de servicios digitales, que no era más que el dinero manchado de sangre enviado por sus clientes.

CAPÍTULO 6

Habían pasado 24 horas desde que Martin despertó en una cama del hospital comarcal.

El gotero de hidratación había hecho su papel, su arrugada piel, volvía a tener el color y la elasticidad propia de su edad, la herida de la pierna evolucionaba de manera satisfactoria, por suerte, tenía orificio de entrada y de salida, causando una herida limpia, sin tocar ninguna arteria ni hueso, todo un milagro según el médico, a pesar del abundante sangrado de la misma.

Encamado, las horas, los minutos se hacían eternos, la habitación era pequeña, lo justo para una cama y un sillón de acompañante, que por sus características no parecía muy cómodo.

Intenta levantarse por primera vez tras el incidente de hacía apenas 3 días, los puntos le tiran, la primera impresión es de mareo, que tras unos segundos sentado en el borde de la cama desaparece al mismo tiempo que respira profundamente.

Asomado por la ventana, dirige, con mirada perdida, las montañas que habían de fondo, traspasando más allá la visión del hermoso valle de arrozales bañados por las aguas de la Albufera.

<< ¿Por qué Luis? ¿Qué hacías en esa casa?>>.

La tristeza le inunda, se ha quedado solo y la imagen de aquella mano sobresaliendo de la alfombra le va y le viene a la cabeza atormentándolo en un sinfín de interrogantes.

<< ¿Sería aquel grito que oí? ¿podía haberla salvado?>> preguntas que se hacía una y otra vez sin respuesta.

La puerta se abre.

—Hola ¿estás ya mejor?

—Sí, gracias —responde Martin algo sorprendido por la visita inesperada de aquel sanitario.

—Ah, perdón, no me he presentado, disculpa mis modales, soy Juan, el celador que te dejó el cargador.

—Hola Juan, me salvaste la vida, estar aquí encerrado, ajeno al mundo exterior, te aseguro que es peor que la herida de la pierna.

El celador sonríe sin ganas en un intento de conectar con el paciente.

—Tranquilo, somos generación 3.0, te entiendo perfectamente.

Martin, cojeando y todavía dolorido por el orificio dejado sobre su pierna izquierda, abre el pequeño armario empotrado que hay en la habitación, apenas un maillot lleno de tierra cuelga del perchero. Abre un pequeño cajón y saca el cargador que le había prestado el día anterior.

—Toma, te debo una —y se lo entrega.

—No, tranquilo, tengo 2 o tres más, estos de Apple llevan años colocándonos en mismo y desfasado cargador que por no tirarlos, los guardo en mi taquilla por si me hace falta, la cobertura aquí es horrible y siempre me toca ir buscando enchufes donde poder alargar la escasa vida de la batería unos minutos. Solo venía a ver como estabas, te has hecho famoso en el hospital.

—¿Famoso yo?

—Sí, tienes a las enfermeras loquitas —y abandona la habitación con una sonrisa de complicidad masculina.

Tras la visita de aquel peculiar personaje, entra el médico.

—Buenos días Martin, veo que ya te has puesto de pie, eso es buena señal.

—Sí, ya no podía más con la cama.

—Bien, quería saber como te encontrabas antes de dar permiso a los agentes para entrevistarte, parece ser que quieren hacerte unas preguntas.

—Bien doctor, estoy preparado — responde Martin temeroso de que los interrogantes de su cabeza no podría solucionarlos el médico.

—De acuerdo, redactaré un informe favorable. Antes de plantearnos el alta, me gustaría hacerte una tomografía computarizada, me quedaría más tranquilo si ese golpe de la cabeza no esconde nada tras la contusión.

—Claro doctor, lo que sea necesario, yo creo que el golpe fue al desplomarme cuando me atravesó el proyectil, el calor, la deshidratación. No recuerdo muy bien los últimos minutos de consciencia....

—Bien, llamaré a la enfermera para que avise a Rayos

—Disculpe doctor, me gustaría pedirle algo, me han dicho que hoy entierran el cuerpo de mi padre ¿podría darme su autorización para acudir al sepelio? Mi hermana está lejos, mi madre falleció el año pasado, ya no me queda nadie...—dice Martin con profunda tristeza.

—Por supuesto, abajo, en la puerta principal te pedirán un taxi, dame 5 minutos y preparo un permiso de salida.

Martin, entristecido por lo ocurrido, le invaden sentimientos contradictorios, por un lado, siente la perdida del que en el último instante le salvó la vida, la persona que lo había visto crecer, de no ser por él, Alfonso, sin ninguna duda, hubiera apretado el gatillo ejecutándolo de un disparo en la sien. Por otro lado, una repulsa ante aquella imagen en la finca, diluía todo sentimiento de anhelo como una gota de agua dulce en un océano.

Prepara sus cosas, baja a la entrada principal y en el mostrador de información, tal y como le había dicho el doctor, le piden un taxi que no tarda en llegar a la puerta del centro.

Ya en el cementerio, en un pasillo continuo en donde estaba enterrada su madre, Martin se despide de Luis dándole el último adiós.

Sus pensamientos, abstraídos en el recuerdo de sus últimas palabras <<Perdóname Martin, porque yo no puedo hacerlo>> actúan como capa envolvente secuestrándolo de la realidad. Quizás, inducido en el submundo de los recuerdos, no se da cuenta de que, a pocos metros, tras un árbol del campo santo, alguien lo vigila sin perder detalle de sus movimientos, el agente Marcial.

CAPÍTULO 7

Los más de 5 millones de habitantes convertían la ciudad en una de las más pobladas del condado Massachusetts. Boston era el centro económico y cultural de la región.

La casa vieja de Estado, un edificio que contrastaba con los grandes rascacielos, podía verse desde el despacho de Angie, una estudiante en prácticas de un pequeño pero conocidísimo buffet de abogados que había conseguido su fama por defender el derecho a la vida de los presos del corredor de la muerte.

<<Creo que es hora de dejarlo por hoy>> piensa Angie mientras recoge los últimos informes.

—Señor Smith, mañana traeré los informes del caso Royal Donald, necesito salir un poco antes, hoy tengo que presentar el recuento de horas firmadas en la universidad, el rector me espera —una buena excusa por no decirle que hoy era un día de mujer, de esos en los que la cabeza parece que te vaya a estallar y no paras de ir al baño y rezas para que no haya una mancha roja sobre la ropa y te de el día.

—Por supuesto, no te preocupes, dale recuerdos al viejo Tomas de mi parte.

Angie, coge su viejo, pero eficaz y fiel compañero, Ipad de primera generación (seguramente objeto de deseo de todos aquellos fanboys de la manzana) y lo guarda en una pequeña mochila que utiliza como bandolera.

Angie, al contrario de los jóvenes de su edad, era partidaria de que si algo funciona ¿por qué tirarlo? quizás, su cultura europea tuviera algo que ver en su afán por restaurar todo lo viejo.

Se levanta y se dirige hacia la puerta, no sin antes detenerse frente el dispensador de agua que había frente la salida, coge un vaso de plástico y se toma un antiinflamatorio, esperando que causara el efecto deseado durante el trayecto a casa.

Hoy no parece ser su día de suerte, el ascensor está estropeado, bajar las escaleras, a pesar de que, por fortuna, tan sólo estaba en un quinto piso, se le hace todo un mundo con el dolor de cabeza que tiene.

<<Ánimo Angie, te vendrá bien para el Ibuprofeno, cuanto más circule la sangre antes te hará efecto el antiinflamatorio>>.

Atraviesa el portal del edificio, el aire de la ciudad entra en sus pulmones como el primer soplo de aire que toma un neonato causando una sensación de plenitud que ayuda a disipar su malestar casi de manera milagrosa.

Durante apenas unos segundos se detiene en el cruce entre la calle Washington y State. Cierra los ojos e intenta visualizar los verdes campos de su ciudad natal Meersburg buscando la paz que le inspiran tales recuerdos.

A pesar de que le encanta el estilo de vida norte americano, no puede evitar sentir añoranza por el viejo continente. Hacía poco menos de un año que se había mudado, pero no conseguía hacerse con una cultura tan diferente, o tal vez fuera ella, que era un bicho raro incapaz de encajar fuera de su zona de confort. Este pensamiento melancólico, sin ninguna duda, venía tras la ruptura con Alfred, caracteres diferentes y una convivencia imposible que había provocado que se mudase, apenas hacía una semana, a su nueva casa, un piso compartido con una austriaca criada en España.

Tras esos instantes, cruza la avenida, deja atrás el emblemático edificio que se halla frente a ella.

<<Con esta migraña, creo que hoy cogeré un taxi>>.

Observa a su alrededor, alza el brazo y cuestión de segundos ya tiene uno de esos típicos coches amarillos de la ciudad a su servicio.

—A la intersección Longwood Ave con Brookline por favor.

El taxista, un hindú ataviado con su turbante persa, no tarda en introducir la dirección en el GPS y el taxímetro comienza a rodar de forma automática tras arrancar el coche.

Durante el trayecto consigue relajarse, hasta el punto de que por poco no se da cuenta de la enorme vuelta que pretende dar el conductor.

<< ¿Acaso piensa que soy una turista? >>.

Por fortuna, recrimina a tiempo la actitud del taxista viéndose forzado a recuperar la ruta inicial.

Relajada en el asiento trasero disfruta de las vistas de una ciudad viva.

Baja la ventanilla y el aire golpea su rostro, que como por arte de magia, relaja sus sonrojadas mejillas fruto de los días de sol que alegran la ciudad dándole una vida más propia del verano que de la época estival en la que entraban.

Su pelo rubio, dorado y algo rizado, si no fuera por el tinte, muy similar al de su nueva compañera de piso, ondea por el efecto del aire entrando a través de la ventanilla, dando una imagen similar a la de las portadas de las revistas de moda, un toque hermoso y desenfadado que no pasa desapercibido para el taxista.

Su piel clara, es fina y delicada, apenas toma el sol enrojece como la piel de un guiri que olvida su protector solar mientras disfruta de unas vacaciones inolvidables en la costa blanca.

En este sentido, envidia a Daniela, su compañera, que, por el contrario, su lechal tonalidad de piel es fuerte y apenas cambia ante los efectos del sol.

CAPÍTULO 8

—¿En peligro? Estoy harta de dar vueltas con tanto misterio, mi padre ha muerto, ayer fue su entierro y ni tan siquiera he podido despedirme de él, además, la llamada de Martin me ha dejado preocupada.

—Lo sé Daniela, pero no podemos perder tiempo, de camino a Barcelona te lo explicaré todo.

—¿Barcelona? Dios mío, necesito dormir algo, ya no soy capaz de discernir si estoy soñando o si todo esto es una pesadilla.

—Tranquila, en 7 horas de carretera tendrás tiempo de pegar una cabezada.

—¿Y mi hermano?

—Está allí

—No es eso lo que te he preguntado, quiero saber si mi hermano está bien, se supone que debería estar aquí, advirtiéndome de un gran peligro.

—Tu hermano, es testigo de la muerte de un individuo, cuyo examen de criminalística apunta su implicación directa a un terrible asesinato múltiple ocurrido hace más de 25 años.

—No entiendo la relación con la muerte de mi padre.

—Creo que tu padre, en un forcejeo acabó con su vida —respondió el inspector Castillo omitiendo la parte en la que su padre estaba implicado en la muerte y violación de una muchacha hallada muerta en una finca a apenas 1 km de allí—

El móvil de Ramón sonó, lo sacó del bolsillo, un número desconocido, tal vez el mismo que hacía unas horas había contactado con él. Había dejado un mensaje:

“Entrégnos a la chica, o será el final de tu carrera inspector Castillo”

La cara de preocupación del inspector pasa desapercibida para Daniela, que lo observa embelesada por su masculinidad.

<<Por lo menos vas a hacer un viaje con un tío bueno>> piensa intentando sacar algo positivo de toda esta locura.

Salen del hotel, el sol comienza a ocultarse en el horizonte bajo el manto de la ciudad de Madrid.

El calor ya no es tan sofocante como los días anteriores, la temperatura parece haber descendido bruscamente en cuestión de un par de horas.

—El cambio climático nos va a volver locos—exclama Ramón en un intento de aliviar tensión en el ambiente.

Pulsa sobre la llave del mando a distancia, unas luces se iluminan dando una señal inequívoca de que aquella preciosidad, allí aparcada, les esperaba, un Porsche 911 SC.

—Sí, es lo que estás pensando, le añadí un par de cosillas, también tiene aire acondicionado —dice el inspector en un acto imperioso por excusarse.

Daniela una vez dentro del coche, se acomoda, se descalza y extendiendo las piernas por el salpicadero, reclina el asiento hacia atrás y dice...

—Ya estoy lista, cuando usted quiera señor agente.

—Inspector —la corrige al tiempo que gira la cabeza en un movimiento de negación.

El motor suena tal cual había imaginado Daniela, un fuerte rugido mostraba la arrogancia

de los 450CV de potencia de aquel exclusivo modelo.

<<Si no fuera por el rojo hortera me casaba contigo>> piensa mientras una pequeña sonrisa se le escapa mostrando un rostro diferente al que tenía hace apenas un par de minutos.

—Sr. Inspector, va a usted contarme por qué debería temer por mi vida.

Ramón, sin pensárselo dos veces (es un hombre de pocas palabras) saca el móvil y se lo entrega a Daniela.

—Abre el Whatsapp de Martin ¿ves la foto?

Daniela, atenta a la imagen que tenía frente a ella no tarda en recordar ese día.

Es una foto de cuando vivían en Tortosa, en ella, Luis aparecía rodeado de unos amigos que habían hecho el servicio militar con él.

—Sí, claro que me acuerdo, se presentaron en casa en el cumpleaños de Luis, a mamá creo que no le hizo mucha gracia que aquellos hombres se plantaran en casa sin previo aviso, de hecho, si se fija bien...mire que cara tiene mi madre, pobre mujer...

—Daniela, esos hombres, son gente muy poderosa. ¿Qué hacía tu padre con ellos?

—Ya se lo he dicho, compañeros de la mili que habían decidido darle una fiesta sorpresa para su aniversario, no se donde ve el problema.

Sin causar el efecto que Castillo pretendía al mostrar la fotografía, Daniela se detiene leyendo la última conversación de su hermano. El rostro se vuelve serio.

El mensaje, una llamada de auxilio.

“Por favor, vaya al hotel Servicol, mi hermana corre peligro, no me llame, me están siguiendo”.

CAPÍTULO 9

Pasando el campo de fútbol del centro universitario Simmons, el taxi se detiene frente a una franquicia canadiense Freshii, un restaurante de comida saludable, un negocio en auge ante la avalancha de alimentos procesados que de manera constante eran instalados, al igual que un software malicioso, en nuestro hipotálamo a través de la constante publicidad.

—Pare aquí por favor ¿qué le debo?

El conductor, sin decir palabra, señala con su dedo índice el precio marcado por el taxímetro.

<<No entiendo la facilidad que tiene la gente para trabajar en un país extraño sin saber hablar el idioma>> piensa Angie mientras busca su monedero en su bolso de nylon que es utilizado como una prolongación de su cuerpo cuando cada vez que sale de casa.

La bandolera, repleta de folletos perdidos tras semanas sin que nadie los reclame pedían el auxilio de un alma caritativa capaz de apiadarse de ellos y así darles salida.

<< Tengo que ordenar el bolso, soy un auténtico desastre>> piensa al mismo tiempo que saca el monedero.

El trayecto apenas había durado 15 minutos, a esa hora, una gozada para los conductores cansados de los atascos de una gran ciudad. Apenas había el tráfico habitual que suele darse a esa hora punta.

Tras bajar y colocar los pies sobre la calzada, una sensación de paz la invade, el horrible dolor de cabeza ha cesado.

La gente pasea por las grandes y arboladas aceras, estudiantes que van y vienen, parejas que se dan encuentro tras las clases, runners corriendo alrededor de la zona universitaria...

Sin duda, una zona estudiantil siempre proporciona un dinamismo alegre al distrito, cosa que le permitía olvidarse de la añoranza por su tierra natal.

Alza la muñeca y observa la hora en su Casio vintage.

<<Las 12:30, hora de comer>>.

Mira a su alrededor, busca un sitio donde tomar algo rápido, la idea de comer en la cafetería de la universidad es tentadora, un buen menú a un precio competitivo, pero cansada de tanta pasta, plato que, por su bajo coste y fácil preparación, era obligado sí o sí en todos los menús del Campus, cambia de idea.

<<Ya lo tengo, un burrito y una ensalada>>.

La estratégica imagen de la puerta del Freshii causa el efecto esperado por sus mejores agentes de marketing.

Si quieres que el consumidor compre, dile qué es lo que quiere comprar y como un autómatas caerá en la trampa.

Tras pedir que se lo pusieran para llevar, se dirige al piso, apenas unos 300 metros distan de allí.

Una vez en el 135 de la avenida, ha llegado a casa, entra por el portal, coincidiendo con un vecino, se detiene un rato a charlar con la señora Miller, seguramente la única persona de la tercera edad de toda la finca, una adorable anciana que todo estudiante desearía tener como vecina.

Tras un rato de conversación en la entrada del portal, se dirige al ascensor y marca el duodécimo piso.

<<Qué ganas de quitarme los botines por Dios>>.

Al pasar la llave por la cerradura, duda unos instantes repasando mentalmente el cuadrante de su compañera.

<<¿Hoy salía de guardia o le tocaba esta noche?>>.

No está segura, Daniela tiene que hacer un par de guardias al mes para completar su Postgrado y despertarla después de 24 horas de trabajo es algo que por su cultura germana intenta evitar a toda costa.

La convivencia es sencilla, “me respetas, yo te respeto” una premisa llevada a cabo sin ningún problema desde el primer día.

A pesar del poco tiempo que llevaban juntas, habían congeniado, o más bien podemos decir que convivían, sin más.

Arrastra los pies sobre el felpudo de la entrada, una costumbre que adoptó desde bien de niña para evitar la entrada de suciedad al piso y con sumo cuidado entra a la casa.

Al igual que hacía todos los días nada más llegar, deja las llaves sobre un pequeño cofre de madera tallada a mano, toda una obra de arte que había dejado el anterior inquilino, quizás un obsequio o tal vez tan solo un olvido propiciado por el despiste que toda mudanza conlleva entre cientos de cajas listas para ser trasladadas.

Se dirige a la nevera, donde un montón de pósits imantados cubren gran parte de ella. Observa las guardias del mes de agosto y piensa...

<<Hoy hasta bien tarde tengo el piso para mi sola>>.

Sentada ya en el sofá con plena intención de relajarse, saca el móvil y comprueba la lista de mensajes no leídos.

<<Cómo odio estos chats del Whatsapp, 75 mensajes no leídos ¿la gente no se cansa de decir tonterías? Dices hola y tienes 7 u 8 mensajes saludando, dices adiós y otros tanto repitiendo con un hasta luego, adiós, Bye Bye, Ciao...y eso sin contar los incontables y originales emoticonos>>.

No tarda en ver el mensaje de su compañera. Tras escribirle una escueta respuesta, dado que no quiere molestarla, se dispone a comprobar el tiesto de comida de Tobias, aunque no es necesario ir a buscarlo demasiado lejos. Está justamente en la división de la puerta corrediza que daba acceso a una pequeña terraza, que más bien parece un trastero al aire libre, un balcón enorme mal aprovechado, siempre lo decía cada vez que lo veía...

<<Qué extraño, nunca nos dejamos nada abierto>> reflexiona Angie al tiempo que cierra.

Tras coger el cuenco y llenarlo de comida, lo deja en la cocina, el rincón de las delicias, así lo había bautizado Daniela.

—¡Tobi...Tobias...!

—Bonito...ven aquí!

El precioso British Shorthair, que les regaló el vecino de enfrente en señal de bienvenida, no respondió a la llamada de Angie.

<<Qué extraño, de normal, antes de abrir su delicioso y enlatado paté gatuno suele estar ronroneando bajo mis piernas al tiempo que reclama su premio entre maullidos>>

—Tobi....

Pero Tobias no responde.

CAPÍTULO 10

Martin ha llegado tarde, la lápida, una losa provisional de escayola, ya está colocada sobre el nicho. Tan sólo una pequeña placa metálica indica que allí yace el cuerpo de Pedro Luis Alcántara Monzó.

La frialdad de la escena le eriza el bello provocando una desagradable sensación.

<<Que triste es la muerte, tantos problemas, tantos sufrimientos, tantas historias...y todos acabamos en este maldito agujero>>.

Ensimismado en sus propios pensamientos, el recuerdo de las últimas palabras de su padre le viene a la mente.

Absorto en su mundo, revive la escena, allí tirado en tierra, con la pistola apuntándole la sien, a punto de ser ejecutado por aquel desalmado monstruo de piel blanquecina y dientes amarillentos, un color tan desagradable como llamativo, seguramente fruto del exceso de nicotina.

Alfonso, un despiadado asesino con el mismo brillo de ojos que el cazador que disfruta ante su presa al exhibirla ante sus compañeros de montería, lo mira, lo observa mientras se regocija en su dolor. Sujeta el arma con firmeza. Piensa que es el final, acorralado por aquel barranco, herido y sin esperanza. Pero ocurrió y gracias a ello está vivo.

La imagen se abría camino con paso tímido entre sus recuerdos.

De repente, recuerda a Luis, como salió de la nada, abalanzándose sobre su captor con un grito desesperado de rencor y odio “¡Vas a pagar por todos tus pecados!”

El nombre revelado por el inspector Castillo, “Alfonso” le resulta familiar, en alguna ocasión ha oído hablar a su madre quejarse del dominio que causaba sobre Luis en la típica conversación que los padres no creen que escuchas, pero los niños se dan cuenta de todo.

<< ¿Un viejo amigo de papá?>>.

La alarma del cementerio suena, indica el cierre del mismo. El envolvente sonido de los altavoces lo devuelve a la realidad, que más bien parece una sirena sacada de la Segunda Guerra Mundial ante un inminente ataque aéreo.

<<Debo salir pronto o me quedaré aquí encerrado y de cara a la noche... no es algo que me entusiasme estar rodeado de lápidas funerarias>>.

De vuelta a la puerta principal, se siente observado, una sensación de alerta que ya la había notado con anterioridad lo mantiene en alerta.

Se gira en diversas ocasiones, no consigue ver a nadie sospechoso tras él, tan sólo un par de ancianas que vuelven de limpiar, con total seguridad la placa de un familiar, a juzgar por el pequeño cubo que llevaban en sus esqueléticos y débiles brazos.

<<Estás paranoico>> piensa antes de levantar el brazo en una señal de requerimiento a uno de los taxis que se mantienen en la puerta a la espera de la llamada de algún rezagado cliente.

—Al hospital...— y de manera inesperada, en el último instante cambia de opinión.

—Lléveme a la Poblá por favor.

Antes de volver al hospital quiere comprobar si ese tal Alfonso era el mismo del que hablaba su madre, seguro que en el álbum de recuerdos aparecía en alguna fotografía.

El taxi arranca dejando atrás el cementerio.

A lo lejos, el agente Marcial corre dirección hacia su coche, no puede perderlo de vista, tiene clara sus instrucciones, no puede fallar, no debe hacerlo. Su ascenso depende de ello.

CAPÍTULO 11

Daniela, acomodada en su asiento se mantiene durante un buen rato sin decir palabra alguna.

El trayecto es largo y viajar de noche no facilita el paso del tiempo.

Sin poder observar el paisaje a través de las ventanillas, todo parece ralentizarse a cámara lenta.

Kilómetros de negrura son sus únicos compañeros de viaje en una solitaria autovía, donde las únicas luces que los acompañaban son las de la radio y la consola de comandos de aquel clásico del 77.

Pasa un buen rato sin que medien palabra, el cansancio y la tensión no facilita la comunicación, al fin de cuentas, tan solo son dos desconocidos en una peculiar situación, más bien sacada de una novela de ficción que de la realidad.

El sonido del móvil rompe aquel incómodo sosiego que por momentos amenaza con explotar en cualquier instante.

Ramón intenta desbloquear su teléfono sin éxito, da un torpe volantazo hacia el carril de al lado, por poco no golpea al quitamiedos, lo que hubiera provocado un terrible accidente.

—Trae anda, parece mentira que seas policía ¿no te han dicho que no se debe mirar el móvil mientras se conduce?

Avergonzado por la reprimenda de la joven acompañante y con gesto incómodo, le cede el móvil en señal de reconocimiento de su error.

—Marca el PIN, es 1234.

—¡Pero por favor! me sorprende como alguien con tan poca imaginación puede llegar a ser inspector.

Ruborizado por la respuesta de la muchacha, Castillo le dice que podía tutearlo y llamarlo por su nombre de pila, Ramón.

—Sí, creo que será mejor, me parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos— responde Daniela con mirada pícara.

A Ramón la idea de llevar a una joven y hermosa muchacha no le desagrada, quizás por ello no se siente lo incómodo que debería ante los improperios de la chica.

Introduce el código de 4 dígitos tal cual le había dicho. Al desbloquearse, un nuevo mensaje de un número desconocido podía leerse a media pantalla.

Hice doble clic sobre él, y para su sorpresa, es un video. Pulsa la tecla play con intención de visualizarlo cuando se detiene de inmediato. El coche frena apartándose de la vía, se detiene sobre el arcén.

Al instante, un chirrido de ruedas se escucha entre la solitaria oscuridad de la autovía.

El Porsche acelera con toda su potencia, va en dirección contraria a la que habían iniciado el viaje.

—Pero ¡Qué haces! exclama Daniela exigiendo una respuesta —menudo susto me has dado.

—¡Ya lo tengo! La foto que envió tu hermano, búscala ¿ves la llave con la numeración? en un principio no caí en la cuenta, pero ¿por qué la muestra junto a la fotografía? tenía interés en que la viéramos, es la misma que lleva Luis colgando del cuello ¿lo entiendes? —sentencia Ramón enérgicamente.

Hay que dar la vuelta, debemos ir a tu casa, cualquier pista es válida, tenemos que

encontrar una moneda de cambio antes de que sea demasiado tarde.

Las palabras del inspector Castillo alertan a Daniela que incorporándose sobre el asiento delantero se pone en guardia.

—¿A qué te refieres?

—Quizás haya algo que nos de alguna pista que incrimine a alguien. Tu padre, o tu padrastro, como prefieras llamarlo, era amigo, o por lo menos mantenía contacto con el principal sospechoso de un macabro asesinato ocurrido hace más de veinte años.

Por la autopsia que se realizó en su momento, el resto de miembros de la fotografía también podrían estar implicados. Hubo una especie de ritual o pacto sobre dos de los cuerpos y sabemos que participaron varias personas por el tipo de heridas causadas, ninguna mantenía el mismo trazo.

Viendo la cara de Daniela, Ramón opta por no seguir entrando en detalles, limitándose a ponerla al día con un escueto resumen.

Las primeras premisas, apuntaban a que varias personas habían participado, luego, a medida que avanzaban las investigaciones, todas las pruebas iban desapareciendo, como si una mano negra estuviera ayudando en su desaparición con el fin de evitar que otros asuntos surgieran a la luz.

Sobre el cadáver enterrado más en la superficie, se encontró un pelo canoso sin identificar.

—¿Qué quieres decir sin identificar?

— El individuo no había sido fichado, no podíamos tenerlo en nuestra base de datos, pero, tras el incidente del otro día, una alarma saltó al cotejar las muestras de ADN.

¿Comprendes la magnitud de la situación? Es posible que alguien de la foto participara en esta trágica historia, por ese motivo desaparecían las pistas, todos ellos son reconocidos personajes de la sociedad. Debemos encontrar alguna pista si queremos negociar.

—¿Negociar qué?

—Abre el video Daniela— responde Ramón con semblante serio.

Al pulsar sobre el icono del play, se ve una persona maniatada sentado sobre una silla, la sala parece amplia, un efecto visual fácil de conseguir con las condiciones idóneas, baja luminosidad y altos contrastes, a ser posible sin mobiliario alguno que distraiga la atención del espectador.

Un haz de luz interviene en la escena desde la parte superior, iluminando la figura de su hermano requiriendo su atención.

En un estado semiinconsciente, de pronto, un primer plano, desvela a un Martín lleno de moratones y un labio partido que no cesa de sangrar, quizás en una película de suspense, este tipo de prácticas es habitual, pero la imagen del video causa un fuerte pesar sobre una Daniela superada por una escena, de la cual sus ojos son incapaces de parpadear un milímetro, expectante a la espera de un mensaje a través de aquella diminuta pantalla.

Una voz, distorsionada electrónicamente se escucha de fondo, acompañada de un continuo zumbido, que bien podía ser un ventilador o simplemente un efecto acústico para dar un toque más siniestro al asunto.

“Inspector Castillo, se lo pondremos muy fácil, o nos entrega a Daniela, o iremos a por ella. Y por supuesto, no espere ningún trato de favor hacia usted”.

Apenas son 20 segundos los que dura la grabación, pero es tiempo suficiente como para comprender la gravedad del asunto.

En aquel momento, tal vez por el cansancio, quizás conmovida por la imagen que acaba de

visionar o un poco de ambas, Daniela no se pregunta ni duda un solo instante por qué le pedían que la entregara ¿qué vínculo tenía el inspector Castillo con los captores? Una pregunta que en otras circunstancias se hubiera replanteado.

De manera sorprendente, la actitud de Daniela, serena y con una frialdad que Ramón no había observado en ella con anterioridad, se gira hacia el asiento del conductor y dirigiéndose hacia él....

—Si quieren jugar, vamos a jugar ¿estás conmigo?

—Por supuesto —responde el inspector mirándola con cierta admiración inexplicable.

Ante aquellas palabras y sin perder tiempo, el motor vuelve a rugir con fuerza, esta vez en dirección a Valencia.

—Volvemos a casa —dice Daniela fijando la vista sobre un horizonte oscuro que se perdía a lo largo de la carretera.

CAPÍTULO 12

Era ya medio día cuando Khaled aparcó su Chevrolet cerca de la avenida donde residía su objetivo.

Antes de finalizar el trabajo encomendado por los compradores de sus de servicios, así le gustaba llamarlos, dedicaba 2 o 3 días a un exhaustivo, pero discreto, seguimiento de su víctima. Lo suficiente para conocer costumbres y hábitos que pudieran causar algún tipo de complicación en la ejecución de su plan.

Un trabajo mal finalizado, implicaba meterse en problemas que ni él ni sus clientes deseaban que saliesen a la luz.

En esta ocasión, se pagaba un plus por la urgencia del encargo, una cantidad estimable y jugosa que Khaled no es capaz de rechazar, a pesar de no ser partidario de las prisas, lo acepta sin objeción.

El email, apenas da datos detallados, una dirección, el nombre de la víctima, edad aproximada y una fotografía de hace años donde aparecía una adolescente con unos impactantes ojos azules y un cabello rubio ceniza que llama la atención.

Un contraste llamativo llama su atención, su tez blanca, dorada por el sol, choca con el pelo nórdico que, a ojos de un latino, despista sobre el origen de la muchacha. Por más que se esfuerza Khaled en averiguar su etnia, no consigue clasificarla.

Por los rasgos de las facciones, deduce que el objetivo era de raza norte europea. No se había ido muy lejos de la realidad, teniendo en cuenta que su padre era de origen finlandés y su madre austriaca.

Aparcado cerca del domicilio, sin salir del coche, espera a que cruzaran un par de estudiantes, para que en la solitaria avenida pudiera testar su arma. Verificó que el cañón estuviera bien conectado al silenciador, pieza clave para su trabajo, tras varias comprobaciones, está listo.

Mira de un lado hacia otro, comprueba que nadie le observa, vigila donde estaba cada cámara de seguridad, ubicadas a lo largo de la calle y observando con discreción cada bajo comercial enumera los posibles ángulos de visión de las mismas.

<<Todo controlado>> dice para sí mismo.

La tecnología de hoy en día siempre dificultaba este tipo de trabajos y no había que descuidar el más mínimo detalle.

Intenta esquivar las numerosas cámaras de vigilancia tapando parte de su rostro con una de esas gorras de béisbol que llevan los americanos con el logotipo de los Yankees y unas gafas de sol, al más puro estilo italiano, tapando la mitad de su rostro.

En cualquier otro lugar hubiera conseguido el efecto contrario, pero en una zona estudiantil, donde los diversos looks y diferentes culturas parecían competir entre sí, su aspecto era de lo más normal, típico latino fascinado por la cultura americana, tan solo le falta un rosario en el cuello colgado a modo de collar y daría completamente el pego.

Recorre parte de la avenida sin problemas y una vez frente al portal, duda si es mejor llamar por el telefonillo haciéndose pasar por el cartero o si esperar el descuido de algún vecino que saliera con prisas del edificio sin comprobar que la puerta se hubiera cerrado.

Elige la segunda opción, que no tarda en brindársele. Un barrio, donde la mayoría de residentes son jóvenes estudiantes, siempre marcados bajo la premisa de un mundo acelerado,

donde el tiempo es oro, es el lugar perfecto para aprovechar el descuido y así lo hace.

Es joven, apenas 20 años y con un look de Hípster urbano pijo, algo ridículo a su parecer.

Sale del portal, ajeno al mundo que le rodea, con teléfono en mano y unos auriculares inalámbricos carentes del sentido de su esencia debido a su enorme tamaño, pronto da la oportunidad que khaled ansiaba.

Apenas el muchacho se aleja un par de metros, Khaled corre hacia el portal impidiendo que la gruesa puerta de acero termine por cerrarse.

En otra circunstancia, cualquiera se hubiera percatado de la brusca carrera por intentar evitar el cierre de la puerta, pero por fortuna, el joven seguía ensimismado en su mundo multimedia, abstraído de la realidad y como un robot inalterable se pierde a lo largo de la avenida en un andar nada vigoroso, a pesar de su corta edad.

Khaled, en el interior del patio, analiza de manera minuciosa cada rincón, memorizar posibles vías de escape es algo primordial. Sabe como va a entrar, pero nunca como va a salir, cualquier variable no tenida en cuenta en su caos mental, podría producir una nefasta e indeseable resolución.

Toma el ascensor, marca el décimo cuarto piso para así despistar a cualquier vecino a la espera del ascensor y baja dos pisos a pie.

Como es habitual, a esas alturas, no se cruza con nadie.

Del bolsillo del pantalón vaquero, saca una fina lámina, que a juzgar por su apariencia parece la placa velada de una radiografía. Una rudimentaria pero eficaz herramienta utilizado por cientos de cerrajeros de prestigio.

Sigue al pie de la letra las instrucciones que había memorizado la noche anterior mientras visionaba un video de YouTube de ¿Cómo evitar llamar a un cerrajero si he perdido las llaves?

La gente, no es consciente del arma de doble filo que tenían este tipo de video tutoriales y por suerte, para Khaled, en más de una ocasión había aprendido de ellos como salir de un apuro.

Tras apenas 20 segundos peleándose en el más absoluto sigilo, consigue abrir la puerta.

Abre muy poco a poco la puerta del piso, procura no llamar la atención de su inquilino. No se oye a nadie en su interior, pero la prudencia y la cautela son su credo en el trabajo.

El apartamento no da justicia a la imponente fachada que se exhibe desde el exterior. Más bien es pequeño, apenas unos 60 m², pero coqueto, ordenado de una manera escrupulosa y decorado con un gusto exquisito, un toque pastel delata la juventud de la dueña. Se nota que allí vive una mujer, y si es estudiante, debía de serlo del último curso, pues los jóvenes no suelen caracterizarse por su pulcritud, al menos en cuanto al orden se refiere.

Inspecciona toda la casa con sumo cuidado de no dejar huella.

<<Mierda, no está en casa>> piensa decepcionado. Parece que lo que se iba a ser un trabajo rápido, 10 minutos a lo sumo, lleva camino de convertirse en una incógnita.

<<Tenía que haber esperado hasta más tarde>> se recrimina.

Un trabajo sencillo es entrar con especial cuidado evitando que la víctima se diese cuenta y “pum” un disparo rápido y preciso, sin capacidad de reacción, una faena sencilla, sin complicaciones, pero no, ahora le toca esperar, quizás esconderse para no perder el factor sorpresa.

Se sienta en el sillón del comedor, enciende la tele y está un rato viendo un programa de deportes, un resumen de la jornada del fin de semana.

<< ¡Putos Lakers, al final ganaran el campeonato!>>

De repente, sin saber de donde salía, el ruido de una pequeña figura cerámica cayendo sobre suelo provoca que se gire con la pistola en la mano, apunta a un fantasma.

Ante sus ojos, no hay nadie, tan solo los trozos partidos de la pequeña estatuilla que ha llamado su atención al romperse cuando cayó al suelo.

Con precisión robótica, gira dirección a la cortina, un leve movimiento capta su atención. Dos disparos han sido suficiente.

CAPÍTULO 13

Angie, tras varios intentos fallidos por llamar la atención de Tobias, da por finalizada la tarea.

<<Ya aparecerá cuando quiera, al fin y al cabo, los gatos no son como los perros>>.

Angie sabe que los felinos no son ni tan dóciles ni tan fieles como los caninos, sabe que pasan temporadas fuera de casa en una constante búsqueda por sofocar el celo, un instinto primario que, aunque de manera racionalizada algunos, otros no tanto, compartimos todos los mamíferos.

Pronto, olvida al desagradecido Tobias, su mente se traslada al día en que su profesor de derecho financiero llamó desde aquel sofá, engañando a su mujer con la hora en que terminaría la reunión del claustro, apenas hace una semana de ello, pero recordar la escena, alimenta la libido reprimido de los últimos meses.

La ruptura con su ex, el traslado a una ciudad nueva, la nueva compañera de piso...todo el estrés que ello conlleva ha permitido que se olvide por completo de ciertos placeres de la vida que, de manera especial, en aquella época estival, solían aflorar como cuando crece una amapola silvestre por primavera.

Se dirige al dormitorio, allí tiene un pequeño ordenador donde, con alguna imagen de internet, poder dar rienda suelta a sus fantasías. No es que tuviera necesidad de un triste ordenador, pero en estos momentos no tenía ganas de aguantar las idioteces de ningún tío, su dildo sabe dejarla satisfecha, su dildo no protesta, no habla.

De repente, un ruido rompe su concentración.

<<Tobias...>>

Se levanta de la silla y sale de la habitación, cruza el comedor y ve la puerta del balcón entreabierta.

<<Qué extraño, juraría haber cerrado>>.

Dispuesta a cerrar de nuevo, con la mano en la hendidura de la puerta que da a la diminuta terraza, unas pequeñas gotas de sangre en la parte inferior de las cortinas llaman su atención.

—Qué diablos es esto —exclama en voz alta con un tono de preocupación al límite del estallido.

Atraviesa la puerta corredera, sale al exterior, allí el pobre Tobias yace en un lateral, entre la tabla de planchar y unas mancuernas que utilizan en sus clases dirigidas de Instagram.

Antes de que emitiera cualquier sonido que alarmara a algún vecino, una bala atraviesa su occipital desplomándose sobre el terrazo del bacón.

Por suerte para Khaled, la víctima ha caído sobre un montón de ropa almacenada en una cesta pendiente de lavar, amortiguando todo sonido producido por la caída.

El trabajo apenas se ha demorado 35 minutos, tiempo estimable para sentirse satisfecho de su ejecución.

Limpia las huellas dejadas por el piso, recuerda cada rincón de la casa que ha tocado y pisado, dedica su tiempo a repasar con un spray desinfectante cada esquina, cada ángulo del apartamento, elimina cualquier muestra de ADN que pudiera incriminarlo. Sin duda, esta es la parte del trabajo que más odia, la limpieza.

Ahora toca uno de los puntos más importantes de la misión, desaparecer del lugar de los hechos sin cruzarse con nadie, si lo consigue, la operación sería un éxito. Si se topa con algún vecino debería pasar lo más desapercibido posible, nada que levante la atención o sospecha, nada

que recordar ante la policía, porque eso sí, siempre alguien acaba encontrando el cadáver y llamando a la poli.

Antes de abandonar el apartamento, Khaled saca su móvil, toma una fotografía del cuerpo que más tarde adjuntaría al email cifrado de su cliente como muestra del trabajo realizado. Se siente satisfecho y seguro.

El asunto, un simple “verificado”, el cuerpo del correo “vacío”.

En cuestión de segundos, el mensaje llegaría a los servidores europeos sonando un aviso en el Smartphone del cliente.

CAPÍTULO 14

Esa mañana en Madrid parecía refrescar, atrás quedaron los calurosos días del mes de agosto que levantaban el asfalto como si se fuera a derretir. Las nubes y una masa de aire fresco daban unos días de alivio a los habitantes de la capital.

La reunión había sido un éxito, a ninguno le importó la autoproclamación de Fernando como nuevo líder del clan.

Los años han pasado para todos, pero una cosa no cambiaba en ellos. El grupo sigue siendo un atajo de desalmados sin escrúpulos, demasiado ocupados por satisfacer sus egos como para cuestionarse las cosas. Fernando sabe que, si se impone con autoridad, todos estarían conformes sin mostrar objeciones.

Han estado años bajo la tutela de Alfonso, un psicópata estancado, atrapado en su propia red de mentiras, con un mundo imaginario, un escenario creado para que todos ellos transformaran cualquier ápice de su escasa humanidad en actos monstruosos que retroalimentan la unión, el secretismo y ocultismo de sus actos en beneficio del clan.

Solo así, a base de chantajes y pactos de silencio habían conseguido subir y ascender a la parte más alta de la cadena alimentaria de la selva en que se había convertido el mundo, su mundo.

Esa misma tarde, en el distrito del madrileño barrio de Salamanca, Fernando descansa tras una mañana de tensión e incertidumbre. Las objeciones que podían haber sido planteadas por sus compañeros lo agotan, lo encrespan.

Tal y como Belmonte había planteado la urgencia de la convocatoria, sabía que contaría con todo el apoyo del grupo, pero a falta de una correcta escenificación, las dudas, los temores aparecen. Fernando está agotado. Ahora descansa, es su turno de relax.

Las respectivas responsabilidades del clan apenas dejan tiempo para preocuparse de atar cabos sueltos, se limitan a aportar recursos y a confirmar sus votos en una orgía de placer, destrucción y terror que organizan todos los años coincidiendo con la lluvia de estrellas del periodo estival, más bien conocidas como “lágrimas de San Lorenzo”.

La casa de Fernando es una mansión en un exclusivo barrio continuo al centro de Madrid. Tradicionalmente, en el distrito, habían residido las élites políticas y empresariales del país, dejando en la actualidad numerosas joyas arquitectónicas de los que en su día ostentaban el poder y la riqueza de personajes ilustres de la capital.

Sentado sobre el sofá de piel de su despacho, disfruta de un vaso de Whisky, con dos hielos, como a él le gusta (siempre dos) y un habano cubano que tan sólo fuma en contadas ocasiones y ésta lo es.

Necesita relajarse con las hermosas siluetas producidas de la combustión del tabaco con el fuego. Se elevan hacia el techo en una fusión armoniosa con las abstractas figuras dibujadas, fruto de la exhalación del humo hacia el techo. Fernando se acomoda y deja la mirada perdida sobre el ventilador que gira sin cesar ante su cabeza, el movimiento le relaja.

El móvil suena, un aviso de correo nuevo ilumina sobre la parte superior de la pantalla con un diminuto led. Utiliza su huella dactilar, y tras introducir una contraseña de 12 dígitos accede a lo que parece una bandeja de correo. El mensaje está cifrado, sabe que, sin la contraseña de su remitente, el mensaje será inaccesible. Tan sólo puede haber una persona que lo hubiera escrito así.

Tecllea la clave que el día anterior le habían proporcionado y enseguida el archivo adjunto, una foto pixelada, comienza a dar señales de lo que se trataba.

La imagen, un cuerpo tirado en tierra de lo que parece un trastero, un trastero al aire libre ¿o es una terraza? No se sabe muy bien. Amplía la imagen, apenas distingue el rostro bañado por el charco de sangre de la escena.

De repente, libera un grito de rabia.

—¡Inútil, maldito inútil! —grita sin cesar.

Entonces, la puerta que había permanecido cerrada todo este tiempo se abre.

—Papá ¿va todo bien?

—Siéntate hijo, necesito que empieces a trabajar para nosotros, tu momento ha llegado.

Tras una larga conversación, Fernando se levanta, enciende el ordenador que hay sobre su escritorio y se dispone a responder al email.

“Cuando contraté sus servicios, me aseguró que sería un trabajo rápido y conciso, ha faltado a su palabra como profesional. El trabajo no es sólo que no está finalizado, sino que ha hecho una chapuza y como tal, le exijo enmiende su error y finalice el encargo”.

Una cosa que jamás podría olvidar Fernando es el intenso color azul de los ojos de Daniela que, a pesar de los años, no habían oscurecido como su dorado cabello.

Mira la foto con atención, la mirada perdida de aquella desgraciada chica le persigue. Vuelve a mirar detenidamente, sin duda, no corresponde con sus ojos. Ha sido un error, ha matado a la persona equivocada.

CAPÍTULO 15

El tiempo que duró el trayecto del taxi, fue un relajante paseo entre los verdes arrozales que pronto serían pasto de la quema, tras un año de trabajo al más puro estilo tradicional de los mejores maestros arroceros de la comarca, una tradición que pasaba de padres a hijos.

Por un corto periodo de tiempo, la cabeza de Martin no piensa en nada, se limita a observar el idílico paisaje con una canción de fondo que suena en la radio “time after time” de Cyndi Lauper.

El aire, a través de la ventanilla, acariciando su fuerte y denso cabello. Un aire puro, mezclado con el característico olor a yodo del mar Mediterráneo, toda esa amalgama causa un efecto relajante que duraría hasta el final del viaje.

—Ya hemos llegado— indicó el taxista a su cliente.

—¿Cuánto le debo?

—18.90€.

—Le pago con tarjeta, es que he estado ingresado en el hospital y no llevo efectivo <<demasiadas explicaciones le he dado>>.

—Claro, no se preocupe hombre. En los tiempos que estamos, casi que lo prefiero, no se crea que cuando me toca trabajar de noche me hace mucha gracia ir con el taxi lleno de billetes, nunca sabes quién se sube ahí atrás y más de un susto se ha llevado algún compañero.

Martin saca su Iphone, lo acerca al datafono y realiza el pago.

Casi de manera instantánea, un sonido avisa de la transacción mediante un mensaje, el pago está realizado.

—Me encantan esos cacharros, el próximo móvil que me compre llevará eso.

—Sí, hoy en día el NFC es necesario para casi todo

—¿NFC... qué?

—Nada, es una nueva tecnología de transmisión de datos sin contacto.

—¿Pero eso no es el Bluetooth? De verdad, no me aclaro con tantos conceptos —dice el taxista perdido entre tantos avances tecnológicos.

—No se preocupe, es sencillo. Gracias por el viaje —corta de manera cortés la conversación ante el incipiente diálogo iniciado por parte del taxista.

—A usted. ¡Que se mejore de la pierna! —grita el taxista al ver como cojea mientras se aleja del auto.

Plantado frente a la puerta de su casa, tira mano al bolsillo derecho, donde de habitualmente guarda las llaves. A la izquierda siempre el móvil, protegido con su correspondiente funda y cristal protector, a la derecha las llaves, monedas y demás objetos.

Por un momento ha olvidado que no lleva nada encima, ni tan siquiera la ropa que viste es la suya, una camiseta de algodón y un pantalón de chándal, dos tallas por encima de la suya, es todo lo que el hospital le ha podido proporcionar.

Es una práctica habitual, ropa que está en buen estado y que ha sido dejada por pacientes o familiares, bien por olvido, bien por fallecimiento, el hospital dispone de ella para este tipo de circunstancias, siempre y cuando, no fueran reclamadas durante un tiempo prudencial.

Tras un rato pensando como se las iba a idear para abrir la puerta, recuerda que su madre tenía la costumbre de guardar una copia dentro de una maceta que luce espléndida en una pequeña ventana enrejada junto a la puerta del garaje.

No es un sitio muy ortodoxo para esconder nada, y menos la llave que brinda acceso a tu hogar, pero ¿quién va a meter la mano en el tiesto de una maceta y rebuscar entre su árida tierra?

Sin mucha esperanza, Martin empieza a rebuscar entre el duro y seco sustrato que alimenta a la “espada de san Jorge”, una excelente planta si no quieres preocuparte demasiado de su mantenimiento, por eso estaba ahí con sus fuertes hojas alzándose desafiantes como si de los sables de un sultán se tratasen.

Consigue hundir su mano unos tres dedos y...

<< ¡Bingo, ya la tengo!>> grita en una catarsis de euforia desviando su atención por los dolorosos recuerdos que le venían a la mente.

Una bolsa de plástico transparente envolvía dos llaves, la entrada principal y la puerta del piso superior.

Mientras saca el preciado contenido de la bolsa reflexiona para sí mismo <<parece mentira que un trozo de hierro, tan pequeño, tan insignificante, esté aquí intacto, todavía recuerdo cuando lo dejó aquí mi madre y, sin embargo, ella, una mujer llena de vitalidad, ilusiones...>> y suspira profundamente cortando la respiración un instante en un intento por mantener la compostura y su equilibrio mental, le cuesta, pero lo consigue.

Gira la llave sobre la cerradura y en ese preciso momento se da cuenta, a través del cristal de la puerta, como una figura observa a lo lejos.

Martin tiene un mal presentimiento, otra vez la sensación de que está siendo vigilado le aborda.

Esta vez no hay duda, lo ha visto con sus ojos, el agente Marcial lo está siguiendo, rezagado bajo la protección visual que pueden ofrecer dos coches mal aparcados, ahí está, al acecho.

Durante unos instantes duda entre abrir la puerta o encararse a su perseguidor, no había hecho nada malo << ¿por qué tenía que seguirlo?>>.

Martin voltea sobre sí mismo quedándose observando al policía, que incapaz de mantener la mirada, agacha la cabeza con la esperanza de no ser reconocido.

Ese movimiento es interpretado por Martin como un punto débil. Esa inseguridad, le da una posición dominante a la hora de pedir explicaciones, si no está acusado de nada, no tenía por qué vigilarlo y Marcial debía ser consciente de ello.

Con paso firme, a pesar de la dificultad que la herida de la pierna le producía, se acerca hasta el coche aparcado en el que Marcial intenta esconderse.

—Espero que tenga un buen motivo para seguirme hasta mi domicilio.

Apurado por su falta de discreción y acorralado entre las cuerdas responde sin saber muy bien por dónde salir.

—Solo cumplo órdenes de mis superiores.

—Pues dile a tus superiores que, si no quieren que les denuncie, hagan una acusación formal o llámenme a declarar, porque esta es mi casa y está quebrantando mi privacidad.

Tras aquel intercambio de palabras, Martin se dirige de nuevo al portal, abre la puerta y cierra con un golpe seco olvidándose por completo de cerrar con llave.

Respira hondo antes de subir las escaleras que dan al primer piso del dúplex.

Se encuentra tenso por la conversación, intenta aparentar ser fuerte y controlar la situación, cosa que dista bastante de la realidad.

Martin siempre ha tenido dificultades para enfrentarse a la gente. A pesar de no agradaarle algo, solía ser diplomático evitando el confrontamiento con los demás, de manera que nunca queda clara su postura, cosa que le originaba algún problema que otro.

Una vez ha conseguido oxigenar lo suficiente, el temblor de piernas cesa. Sube, entra en el piso y lo primero que hace es ir a por una mochila donde guardar las cosas que le harían falta en su vuelta al hospital. Un pantalón, un par de camisetas y un par de mudas serán suficiente.

Coge la cartera que tenía en la mesita de noche, comprueba la documentación y la guarda junto con un billete de 50€ <<Con esto tendré suficiente>>.

Se dirige al comedor, da un repaso rápido con la mirada, repasa si se deja algo cuando de repente recuerda que su Smartwatch estaba sin batería.

Vuelve a su dormitorio y coge el cable con el cargador que estaba conectado al enchufe desde el día que salió de casa con la intención de hacer una ruta a la finca. Lugar donde todos sus problemas tuvieron inicio, sin duda, hoy no hubiera acudido y no porque no quisiera conocer la verdad, sino por evitar toda esta terrible situación que le carcome por dentro.

De nuevo, las imágenes vuelven a su cabeza, la mano que sobresale de la alfombra, Luis, aquel hombre de aspecto deleznable...

Tras beber un vaso de agua fresca, mira retando a las escaleras que daban a la parte superior, el estudio de Luis.

Como el que mira desafiando su destino, sube por ellas, entra en la buhardilla y abre el ventanal que da acceso a la terraza para ventilar la habitación.

El despacho de Luis, era caótico, nada estaba en su sitio, estanterías llenas de papel fotográfico, el escritorio lleno de libros escondidos entre papeles llenos de polvo acumulado durante meses sin que nadie los tocara. Bolígrafos por el suelo, ropa por el medio...a pesar de ello, Luis siempre se las ideaba para encontrar las cosas. A menudo nos decía que, a pesar del caos, había orden en su cabeza. Nosotros siempre nos reíamos de su frase.

CAPÍTULO 16

La mañana, había sido un fracaso, el intento de hacer una serie de preguntas a Martin había sido un intento frustrado gracias a aquel enfermero jefe de la coleta, un estúpido prepotente según las propias palabras de Marcial.

De camino a la comisaría el inspector Castillo invitó a su compañero a que se detuviera en una conocida cafetería de la zona.

—Marcial ¿te hace una horchata con los mejores fartons de Valencia?

—Inspector, la horchata no me entusiasma en exceso, pero no le diré que no a un café granizado, me incorporé al servicio nada más llegar de Madrid, en cuanto me llegó la noticia del cabello y el herido de bala le llamé para ponernos manos a la obra. Necesito cafeína.

—Entonces ya somos dos, horchata bañada de café, una auténtica delicia. No se diga más.

Marcial aparca en doble fila frente la tradicional cafetería a propuesta de su superior que como agente de la policía se cree con derecho a saltarse las normas civiles.

—Qué acierto tuvo el dueño en montar esta horchatería simulando una barraca.

—Ni que lo digas, hace años, los dueños de estas casitas típicas queriéndose deshacer de ellas y ahora...construyen imitando su estilo para dar un toque tradicional al lugar. El mundo se ha vuelto loco.

—¿Para llevar jefe?

—Sí, el comisario hace rato que ha llamado, quiere hablar conmigo, así que no le hagamos esperar.

Apenas 10 minutos de espera, un tiempo récord si se tiene en cuenta la cantidad de gente que podía verse desde afuera. Sale Marcial cargado con una bolsa llena de fartons sobre una pequeña bandeja de cartón con las refrescantes bebidas.

—Aquí tiene.

—Gracias, siempre que paso por aquí suelo detenerme para disfrutar de estas pequeñas delicias de la vida.

El coche continuó su camino en dirección a la comisaría de la que dependían, un viejo edificio en pleno centro del ensanche de Valencia.

—¡Inspector Castillo, venga a mi despacho inmediatamente!

Esas fueron las palabras de recibimiento nada más llegar.

<<Todo amabilidad, eh...>> dijo en un tono de complicidad casi inapreciable para su compañero Marcial, que con los ojos como platos observaba la incómoda situación a la espera de que le caiga un buen rapapolvo.

—Señor, dígame.

—¿Me puede decir qué hacía en el hospital comarcal interrogando a ese pobre muchacho?

—Señor, discúlpeme, pero ese pobre muchacho es testigo y pariente de uno de los fallecidos en el barranco de la Moreja que, para más inri, criminalística, tras cotejar las muestras de ADN, apunta a que el sujeto A, coincide con una muestra tomada hace más de 25 años en la fosa...

Sin dejar que acabara la frase, el comisario le replica.

—Ya estamos con la maldita fosa ¿cuándo va a olvidarse de ese caso?

—Ese caso es mi vida, he estado años estudiando cada pista archivada en la central y ahora tengo la posibilidad de tirar de un pequeño hilo, el cual no estoy dispuesto a soltar sin saber

hasta donde me puede llevar.

—En su día la cagamos, la investigación está llena de irregularidades que puso en entredicho la capacidad policial del país. La prensa nacional de aquella época se nos echó encima y emprendió una carrera de desprestigio hacia nosotros que no estoy dispuesto a revivir.

—Señor, permítame interrogarlo.

—Bajo ningún concepto. No va a seguir al mando de esta investigación. Ya me he comido un puro de los de arriba intentando excusarle. Esta orden que le estoy dando, viene desde el mismísimo Ministerio, así que retírese, tómese unos días libres o me verá obligado a retirarle el arma y la placa.

Ramón, atónito por la conversación con su superior no daba crédito a las palabras de su jefe, siempre había contado con su voto, a pesar de haberse saltado en más de una ocasión los protocolos, siempre había dado la cara por él y extraoficialmente, siempre le había tendido la mano dándole su apoyo. En esta ocasión, algo muy turbio tenía que cocerse en las altas esferas para que actuara así.

—Comisario....

—A casa, no haga que me arrepienta y le suspenda en empleo y sueldo.

Ramón, cabizbajo y abatido, sale del despacho, que no era más que una jaula hecha con mamparas de cristal, separando la estancia del mando superior a la del resto de subordinados.

Marcial, se acercó a Ramón y colocando la mano sobre su hombro, un “lo siento” fueron las palabras reconfortantes que su compañero pudo ofrecer.

—¿Qué va a hacer inspector?

—Marcial, olvida el caso, estoy de vacaciones desde hoy.

Tras aquella conversación, Ramón salió por la puerta de la comisaria y sin más obligaciones que las propias del hogar, se marchó a casa dando un largo paseo mientras meditaba todo lo ocurrido.

<<Caso cerrado, olvídale Ramón>>.

CAPÍTULO 17

Martin, entre aquel caótico espacio, donde Luis pasaba las horas inmerso en su estudio fotográfico tomando notas de Dios sabe qué, estuvo un buen rato hasta que una vieja fotografía llamó su atención.

La foto estaba tomada en la época en que vivían en Tortosa. Reconoció el salón en cuanto lo vio, en ella, aparecía su padrastro, rodeado de cinco hombres y mamá, con cara de pocos amigos <<algo debió suceder que no le hizo mucha gracia>> pensó Martin.

Él era muy pequeño, no relacionaba la imagen con el momento exacto en que se hizo ¿sería el cumpleaños de Luis?

De pronto, aquella cara sonriente, detonando un cinismo exacerbado, era un rostro que a pesar de los años no podría olvidar. Jamás olvidaría la cara de aquel hombre que, hacía menos de una semana, le había disparado con intención de ejecutarlo a sangre fría.

Hizo varios intentos por localizar a su hermana, allí debía de ser de madrugada, pero la gravedad del asunto, apremiaba sobre cualquier acto de civismo, y tal vez, ella fuera capaz de colocar la pieza al rompecabezas que faltaba.

Insistió en varias ocasiones, recibiendo siempre la misma respuesta, una locución de bienvenida invitando a dejar un mensaje de voz.

Continuó buscando pistas que despejaran sus incógnitas.

<< ¿Dónde guardaba el diario Luis?>> pensaba mientras revolvía entre sus cosas <<sé que escribías uno, recuerdo el recelo con que lo salvaguardabas de nosotros>>.

Tras buscar por toda la estancia, apareció una llave con un número marcado, parecía estar a buen recaudo de curiosos, entre un sinfín facturas y libros de cuentas, todos ellos de la época en la que tenían el bar.

Estaba guardada a conciencia, en un sobre acolchado que, a su vez, era separada del resto de trastos por una pequeña caja de madera perdida en el interior de un baúl repleto de papeles y ropa vieja. Todo indicaba que aquel descubrimiento escondía algo importante. Martin la observa, la mira, intenta recordar. La memoria le falla.

Vuelve a la fotografía, no ocurre nada, esa memoria que tanto se esfuerza por aflorar no se despierta, pero, un momento... se sienta, se concentra, acerca la fotografía a su cara, mira la llave, Luis la lleva como si fuera un colgante, ese número que parece un apartado de correos de Barcelona coincide con la llave sujeta por la otra mano, es la misma.

De repente, un escandaloso golpe seco hizo que cesara la búsqueda de pistas que pusieran un orden a sus alborotados recuerdos.

Sale a la terraza, se asoma y busca el origen del estruendo metálico que ha interrumpido su búsqueda.

En la calle no se ve a nadie, salvo al agente Marcial en su puerta, de pie, sin moverse, como el perro guardián que espera obediente a su amo.

<<Maldita sea, no van a dejarme en paz hasta que declare>>.

Lleno de furia, Martin busca en su bolsillo la tarjeta que esa misma mañana el inspector Castillo le había dejado.

—¿Inspector? —dice Martin al otro lado de la línea.

—Sí, dígame.

—Soy Martin, el chico del hospital.

—Hola Martin, me alegra escucharte.

—Hágame el favor de decirle a su compañero que me deje tranquilo, ha estado toda la tarde siguiéndome y si no estoy llamado a declarar, ustedes no tienen derecho a realizar el acoso al que me están sometiendo, estoy en mi casa y no tienen por qué invadir mi privacidad.

—¿Marcial?

—Sí, su joven y pedante compañero.

—Martin, no sé qué está sucediendo, pero tras volver del hospital, el comisario nos apartó del caso, bueno, me apartó para ser más exacto.

—Pues en la puerta de mi casa tengo a un agente de policía como si fuera mi sombra.

Mientras habla por teléfono, vuelve a asomarse por la terraza, no lo ve. Marcial ya no está.

—Escúchame Martin, no entiendo nada y mejor no entenderlo, ahora mismo... digamos que me han obligado a cogerme unas vacaciones ¿comprendes?

—Pero inspector....

—Mira muchacho, hay algo extraño en todo esto, extraoficialmente, han llamado desde el Ministerio a mi jefe. Algo muy gordo debe haber en este asunto para tomarse tantas molestias. Tu testimonio puede remover la mierda de unas cloacas incómodas y me temo que va a archivarse, sin más.

Martin, en un intento a la desesperada por hacerse escuchar, manda la fotografía que tenía entre sus manos en un archivo adjunto utilizando la aplicación del Whatsapp por la rapidez que permitía a sus usuarios el intercambio de archivos.

Tras el envío, otro golpe seco se escucha.

—Inspector, un momento, no cuelgue.

Con la llave en la mano y desconcertado por las palabras del inspector Castillo, Martin se acerca al escritorio, se agacha y alzando unos centímetros la mesa, oculta la misteriosa llave bajo una de las patas del escritorio.

El instinto, ante tanta incertidumbre, le dice que esa llave esconde un gran secreto y debe seguir ahí, en secreto, oculto ante los ojos de curiosos, escondido a la espera de ser descubierto por su merecedor rescatador.

—¿Inspector, sigue ahí?

—Martin, dame dos minutos, voy a llamar a Marcial.

La melodía de un teléfono rompió el silencio del piso inferior.

Martin, asustado por el devenir de los acontecimientos, deja un mensaje de voz desesperado, que más bien es un grito de auxilio intentando salvaguardar la integridad de Daniela.

—¿Marcial?

—Sí inspector.

—¿Podrías recogerme en el Starbucks de la esquina?

—Señor, ahora mismo me han prohibido el trabajo de campo, el comisario me tiene vigilado, no puedo salir de la oficina.

Sin responder a la excusa de su compañero, Ramón vuelve a llamar a Martin. Algo muy extraño está sucediendo, su compañero le ha engañado, sin duda, oculta algo.

—Escúchame atentamente, apenas hay tiempo, sal de ahí, sal ya!

—Inspector, anote esta dirección —dándole la dirección del hotel que hacía un instante había dicho a su hermana en un frío mensaje de voz —por favor, cuide de ella.

Si Martin estaba en lo cierto, Daniela tenía que reconocer a los hombres de la fotografía y eso la ponía en una situación delicada, ahora mismo todo eran hipótesis fantásticas, pero lo cierto

es que un tipo había intentado asesinarlo y ese tipo era amigo de la familia.

Pasaron unos segundos sin que el inspector Castillo escuchase nada y de repente, como al que le cuesta articular palabra, de la boca de Martin se escucha el feroz esfuerzo por pronunciar un vocablo inteligible —me... me...sa-abajo—.

—¡Martin...Martin...!

Reina el silencio.

Sin respuesta de retorno y todavía con el teléfono pegado a un oído que intentaba descifrar los sonidos sordos que se escuchaban al otro lado, un forcejeo y un golpe ponen fin a la llamada.

Martin no puede contra su atacante, tras unos instantes de resistencia, su oponente, con un impecable golpe en la nuca, lo deja inmovilizado, tendido sobre el suelo del estudio.

Ahora, la máxima preocupación de Marcial era sacarlo de allí con la máxima discreción posible y el hecho de que la vivienda dispusiera de un garaje privado, facilitaba la ardua tarea.

CAPÍTULO 18

Khaled sale del edificio con la máxima discreción posible, tal y como solía hacer siempre, extremando toda medida oportuna que pudiera poner en peligro un trabajo bien hecho que, a juzgar por la respuesta de su cliente, ya era fallida.

Baja los 12 pisos a pie, de manera que, si se cruza con algún vecino, tiene la posibilidad de esquivarlo, al contrario que en un ascensor de apenas 1 m², donde tendría que lidiar viéndose cara a cara con el testigo.

Abrumado por la contestación recibida minutos atrás, Khaled baja las escaleras haciendo un examen de autocrítica.

¿En qué he fallado? ¿por qué no tuve valor para explicarle a mi cliente que necesitaba más tiempo? ¿por qué tantas prisas?

Todas esas preguntas rondaban por su cabeza analizando los datos de los que disponía.

Una vez salió a la calle, tras comprobar su gorra y gafas en un ritual que ya era automatizado de forma natural, se adentró a lo largo de la avenida con la intención de llegar hasta el cruce donde tenía el coche aparcado.

Sentado al frente del volante, medita unos instantes sobre la situación.

Su cliente, notablemente enfadado, a juzgar por la exigencia por enmendar el entuerto, le exigía que acabara el trabajo.

Harto furioso, siente la necesidad de huir de allí, pero su profesionalidad, puesta en entredicho, le impide arrancar el vehículo en un acto de amor propio.

Enfadado, pero controlando la ira, deshace los pasos dados y vuelve al punto de origen.

Volvió a esperar el descuido de algún vecino para colarse en el edificio y siguiendo su protocolo, volvió a subir hasta el piso décimo cuarto, bajando dos alturas a pie como ya había hecho.

De nuevo, como si se tratara de un “dèjà vu” frente la puerta de la casa de aquella joven, saca la fina y delgada lámina con la que hacía apenas una hora había abierto la puerta y accede a su interior.

Tiene que encontrar algún detalle, alguna pista del error. Los datos proporcionados por el cliente habían sido confirmados, no era una equivocación, algo se le escapaba, una variante que no había estudiado había entrando en juego causando aquel fatídico error.

Recorrió los escasos 60 m² de la vivienda, habitación por habitación, hizo un análisis exhaustivo observando su alrededor.

Todo entra dentro de lo normal, salvo un detalle. En el baño, hay dos cepillos de dientes, ese matiz, le llevó al siguiente, dos albornoces debidamente separados con las iniciales bordadas le hicieron temer lo peor.

<< ¿Cómo no me di cuenta antes? >>.

Angustiado por el error, sale del baño y se dirige hasta donde está el cuerpo de la víctima.

Con los guantes puestos para evitar dejar cualquier tipo de huella, hurgó por los bolsillos hasta dar con el móvil de la chica.

<<Si algo quieres saber sobre la vida de una persona ¿qué mejor que acceder a su Smartphone? >>.

Lo tiene, lo ha sacado del bolsillo y con suma delicadeza y respeto, por un cuerpo al que hacía apenas unos minutos le había sido arrebatada la vida, coloca su dedo índice y accede a los

secretos que escondía el terminal.

Repasa las últimas fotografías, los últimos mensajes del móvil. Allí está, un Whastapp perdido entre tantos otros, un mensaje de Daniela.

Se había equivocado.

<<Mierda, está en España, la he cagado>> piensa en su interior mientras escribe a su contacto.

Tal y como había hecho con anterioridad, limpia todas las huellas de la casa, mimo spray, mismo método. Cierra la puerta y de la misma manera que había hecho, baja una vez más las escaleras.

Ya fuera del edificio, de vuelta al asiento delantero de su coche, un pitido suena en su vieja Blackberry.

“Estimado Khaled ¿o mejor debo llamarlo Gabriel? Estoy completamente convencido de que no querrá dañar la delicada salud de su tía.

¿Ha pensado ya en como solucionar este estropicio?

Me mantendré a la espera de su respuesta. Exijo una explicación y su enmienda”.

Khaled turbado ante la amenaza que acababa de leer piensa en una posible respuesta, no quiere hacerlo, pero lo hace.

“Lamento profundamente el error cometido, desconocía que compartía piso, ese dato no me fue facilitado.

Daniela está en España, tengo una fotografía actualizada del objetivo. A pesar de no ser mi radio de acción, estoy dispuesto a viajar sin gasto adicional, salvo los gastos ocasionados por el traslado”.

Tras aquel intercambio de emails, Khaled no puede contener la rabia y pisa a fondo el acelerador, nunca había errado de tal manera.

Cogió la avenida principal para salir por anillo circular que rodea la ciudad, una autovía con forma de circunferencia. Allí, de manera temeraria adelanta a un coche, luego a otro y así uno tras otro.

Está fuera de sí, la sangre le hierve, se ha equivocado y eso podría acarrearle problemas en el submundo de la red y quizás lo que es peor, otro sicario podía acabar con su tía o incluso con él mismo, en la red profunda no hay escrúpulos y los fallos se pagan con sangre.

Se consideraba escrupuloso con el trabajo, de manera minuciosa y casi religiosa, solía investigar a sus víctimas antes de llevar a cabo un encargo, esta vez, las prisas del cliente, propiciaron a errar cometiendo este gran fallo.

<<En realidad, no es culpa mía>> piensa en un intento de calmar su ira.

Como cualquier otro día, Khaled llega a casa, una pequeña casita de madera situada a las afueras de la ciudad, un lugar tranquilo si no se tiene en cuenta las peleas callejeras entre bandas del barrio, en este aspecto, el puertorriqueño había sabido lidiar con ellas, de tal manera que era considerada una zona neutral.

Sacó un trozo de pizza que llevaba Dios sabe cuánto en el frigorífico y junto con un vaso de leche fría colmó su apetito.

Tras una ducha relajante, se tumba en la cama, pegado al móvil lo deja bajo la almohada, espera la confirmación de su cliente.

Cierra los ojos y la tensión que había sufrido minutos atrás, da paso a una relajación que

lo sume en un sueño reparador.

No tardó mucho cuando un pitido lo rescata de los brazos de Morfeo.

Todavía medio dormido, palpa con torpeza bajo la almohada buscando el Smartphone que parece esconderse con vida propia.

“Confirmado, Sr. Khaled. En el archivo adjunto tiene un billete de ida, la vuelta se le enviará tras finalizar el encargo.

Así mismo, una transferencia ha sido enviada a su cuenta para la gestión de un nuevo pasaporte, estoy convencido de que no le será un problema obtener uno con la urgencia que merece el trabajo.

Una vez llegue, mi hijo le recibirá y le proporcionará todo el material necesario.

Pd: para reconocerlo, póngase una prenda con una mariposa”.

Tras leer el correo, busca entre su armario una camiseta hawaiana con palmeras y mariposas estampadas que se trajo de Puerto Rico y prepara una mochila con lo estrictamente necesario.

En apenas 5 horas su vuelo saldrá rumbo a Barcelona, no hay tiempo que perder.

CAPÍTULO 19

El viaje desde Madrid ha sido más corto de lo esperado, la potencia de aquel clásico rojo por una autovía de primera categoría, en una noche donde el tráfico era inexistente, había permitido hacer el viaje en un tiempo récord.

Cuando llegaron a la vivienda de Daniela, observaron que la cerradura había sido forzada, un golpe seco había hecho saltar parte del marco metálico de la puerta.

Los recuerdos afloraron en Daniela, recordando la felicidad con que se instalaron allí tras dejar atrás Tortosa, cuando todavía eran una familia.

—¿Te apetece un café? —dijo Daniela en un intento por evadir la melancolía que le sobrevenía.

—Sí, me vendrá bien, tenemos un duro día por delante.

Accedieron al piso, todo parecía estar en un orden dentro de la normalidad, una cama sin hacer, un par de platos en el fregadero....

—¿Te importa si mientras preparas en café doy una ojeada al estudio de Luis?

—Por supuesto, sin problemas, la escalera del final del pasillo da acceso a la buhardilla, allí es donde solía pasar la mayor parte del tiempo. Subo enseguida.

Ramón tras subir por las escaleras, observó con detenimiento aquella sala o despacho. No se sabía muy bien que era, una especie de estudio fotográfico con un somier que hacía el papel de dormitorio.

<<Lástima de habitación mal aprovechada, sin duda, la mejor de toda la casa>>.

Habían rebuscado por toda la estancia, el suelo, lleno de papeles, facturas, apuntes y ropa antigua cubrían la superficie, que más que una buhardilla parecía ser el campo de alguna famosa batalla.

El inspector Castillo, todavía incrédulo por la conversación que había tenido el día anterior, repasa la escena.

<<No puedo creerme que Marcial pueda estar involucrado en esto>> piensa con grave pesar.

—Aquí tienes —interrumpe Daniela.

—Gracias.

Y dando un sorbo a aquella aromática bebida continuó en su búsqueda por encontrar una pista. Revisó cada una de las fotografías tiradas a lo largo de la habitación.

Sin éxito, pregunta...

—¿Hay algo que eches en falta del estudio, algo que te llame la atención?

—No, salvo el desorden, diría que todo está en su sitio, yo tampoco es que subiera muy a menudo aquí arriba —se excusa mientras arrodillada sobre el terrazo los recuerdos revoloteaban libremente por su cabeza al observar la fotografía que hacía apenas tres semanas se hicieron en el chino del pueblo celebrando su despedida.

Ramón, abatido ante aquel frustrante registro repasa una y otra vez la última llamada con Martín, entonces, recuerda aquellas últimas palabras inteligibles ¿<<qué querría decir>>?

—Daniela, ayúdame, corre, necesito levantar el armario.

—¿Qué buscamos?

—Creo que tu hermano intentaba decirme algo, tal vez escondió la llave al oír como forzaban la puerta.

Entre los dos, alzan sin éxito el pesado armario. La decepción es tal que, sentados sobre el suelo, ambos dirigen un suspiro que se pierde entre los trastos desperdigados a lo largo de la buhardilla.

Ramón, que hacía años que no fumaba, coge una cajetilla que había guardado Luis con recelo y con unas cerillas que había sobre una pequeña mesa de terraza, cuyo papel parece ser el de un escritorio, sale al exterior con intención de fumar.

Las vistas eran agradables, al fondo, entre la oscuridad de la noche, las luces del puerto de Valencia lucen mostrando una ciudad que vive de noche. La luz de luna podía verse reflejada entre las aguas de una laguna que debía ser la Albufera, un paraje natural cercano a la costa mediterránea, que ya era descrito por los romanos como el gran pantano.

La estampa es preciosa, una escena romántica si no fuera por las circunstancias que les envolvía.

Daniela, sale a la terraza, se coloca junto a él con una extraña confianza, que bien podía ser dada por la situación que en estos momentos les unía o quizás simplemente porque conectaban en una misma onda donde sintonizaban sin interferencias. Estaban cómodos el uno con el otro.

—¿Me das una calada?

En ese momento Ramón, abrumado por la belleza de aquella joven, cae en la cuenta de las últimas sílabas que pronunció Martín antes de finalizar la llamada “me...me...a...ba...ba...jo”.

—¡Claro! ¿Cómo no he caído antes? ¡la mesa!

Sin tiempo para apagar el cigarrillo, lo tira al suelo entrando a toda velocidad al interior del estudio.

Alza las patas de la mesa y... ¡bingo! allí está, las mismas que había mostrado Martín en la fotografía.

La numeración sobre un icono indicaba lo que podía ser un apartado de correos que encajaba con el centro de Barcelona ¿qué escondería Luis con tanto esmero como para tener un apartado postal lejos de allí?

Durante un rato estuvieron comparando imágenes a través del móvil. El gravado de las llaves, tenía que corresponder con el logotipo de alguna empresa privada. Comparan cientos de fotografías sin éxito, es una ardua tarea y el tiempo juega en su contra.

—¿Estás seguro que la oficina postal corresponde a Barcelona? —pregunta Daniela mientras observa el techo con mirada dubitativa.

—Sí, no tengo duda, el 08013 es del centro. Antes de opositar a policía, estuve estudiando allí, turismo, ya ves, de guía de guiris por la ciudad, a atrapar delincuentes y guiarlos en su camino hacia los calabozos —dice mientras sonríe rebajando la extraña tensión que les produce el hecho de estar solos.

—Esta imagen me resulta familiar, la he visto antes.

—¿Estás segura?

—¡Claro, ya lo tengo! —exclamó con cierto grado de efusividad —es el escudo de Tortosa, donde vivíamos antes.

—Daniela, no tenemos tiempo que perder, volvamos al coche.

CAPÍTULO 20

La voz de una azafata de la compañía Iberia se escucha por todo el aeropuerto, es el último reclamo de aquellos viajeros despistados que no han pasado por la puerta de embarque con destino a Barcelona, España.

Entre aquel ir y venir de gente, Khaled se siente cómodo. Siempre le ha gustado la vida de los aeropuertos, tan llenos de vida, tan llenos de historia.

Cada persona, es una historia viva, un submundo dentro de su propio universo, un microcosmos, con sus problemas, sus alegrías y sus cosas.

Ensimismado en sus pensamientos, la imagen de un niño entusiasmado con subir a un avión, le hace recordar cuando sus padres lo llevaban a pasar la tarde para ver los aviones mientras se comía un helado de pistacho con nata, su favorito. Esas tardes, eran la recompensa por el esfuerzo en el colegio y por su comportamiento.

La megafonía lo devuelve a la realidad, al momento en el que un largo viaje le espera, ya no hay tiempo para unos recuerdos que se esfuman.

Apenas quedan 5 minutos para el cierre de la puerta, tiene que darse prisa.

Empieza a correr entre los pasajeros que no cesan de cruzarse despistados, embelesados con aquellos carteles escritos en varios idiomas, buscando cada uno el suyo, turistas que ya en el mismo aeropuerto han comenzado su aventura en un país extraño.

Khaled estaba en forma, todos los días solía salir a correr, se puede decir que era un “runner” como dicen hoy en día, el deporte de moda.

Muchísima gente, se había apuntado a esta modalidad durante los últimos años. La rápida pérdida de grasa que producía su práctica, era un reclamo para una sociedad donde sobraban las calorías y el sedentarismo iba “in crescendo”.

Este no era el caso de Khaled, que siempre había lucido un torso estilizado y fibroso, marcado por su tez morena de piel sureña.

Los 5 km que hacía a diario, le permitieron ganar un fondo extraordinario, cosa que agradeció tras la carrera emprendida en un intento titánico por no perder el vuelo.

Cuando llegó a la puerta de embarque, una azafata y su compañero, que más bien parecía una réplica del novio de la Barbie, Kevin, cerraban el paso con la cinta del separador situado al pie de la pasarela que daba acceso al Boeing.

—¡Por favor! —dijo con su característico acento inglés —¡esperen!

—Señor, lo sentimos, el vuelo está cerrado.

En esos momentos el mundo se le viene abajo, la tensión por haber fallado, el asesinato de quien no debería haber estado en aquel apartamento, las amenazas de su contacto... todo ello se apodera de él, generando un clima de malestar que se traduce en una acalorada discusión con aquellos modélicos azafatos.

Pronto y sin saber como ha llegado ante aquella situación, se ve acompañado a la salida por dos auxiliares de seguridad que le sacaban un palmo cada uno.

La impotencia es indescriptible, el avión todavía no había despegado, ni tan siquiera había tomado pista, estaba esperando la señal por parte de los controladores aéreos para posicionarse y, sin embargo, él estaba fuera, y todo por cuestiones protocolarias absurdas, o lo que es peor, cerraron el vuelo antes de hora porque no había cola y si podían despegar con un minuto a favor eso se traducía en dinero para la compañía aérea.

<<Tengo que hacer algo>> y de repente, allí está, la solución la ha tenido durante todo este tiempo delante de sus narices.

¿<<Cómo no se me ha ocurrido antes>>?

Saca unas pocas monedas del pantalón, las introduce en la cabina telefónica, y con una llamada anónima, deja un aviso de bomba. En cuestión de un par de minutos, los miembros de seguridad comienzan a desalojar el aeropuerto.

Lo ha conseguido, el avión permanecerá en la pista a la espera de ser inspeccionado, no sin antes sacar a todos sus pasajeros de allí.

En cuestión de unas horas, provocadas por aquel desafortunado retraso, volverán a embarcar, y para entonces, él estará allí, listo para emprender su viaje.

CAPÍTULO 21

Ramón en un intento de esgrimir su mejor caballerosidad, abre la puerta del flamante Porsche, Daniela, no acostumbrada a tal gentil acción, no puede evitar clavar sus azules y deslumbrantes ojos sobre la mirada pletórica del inspector, provocando un momento mágico y extraño ante las amargas circunstancias que están viviendo. Un momento que, quizás en otra ocasión, hubiera acabado volviendo a casa en un arrebatado de pasión, fundiéndose ambos entre abrazos y caricias, dando rienda suelta a aquella atracción que parecía haber despertado con aquel generoso acto de hidalguía. Un hecho tonto, pero que a mujeres como a Daniela, les sigue gustando aquel trato de delicada elegancia.

El rugir del motor suena a lo largo de toda la calle, no pudiendo evitar la curiosidad de algún vecino alarmado ante aquel estruendo, más propio de un circuito de carreras que de un tranquilo pueblo acostumbrado al ruido de los tractores calentando para ir al campo.

A la salida del pueblo, antes de incorporarse a la autovía, hay una pequeña gasolinera de autoservicio, de esas que solo puedes pagar con tarjeta y hablas con una máquina. Ramón odia este tipo de negocios, siempre dice “¿qué va a pasar con las personas? estas máquinas van a acabar con el poco trabajo que nos queda en este país”.

A pesar de lo que él considera “principios de responsabilidad social” para el vehículo, se coloca delante de una de esas máquinas, que pronto serán sustituidas por robots imitando la fisionomía humana, y marca la opción llenar el depósito. No es momento para manías, lo sabe. El tiempo apremia sobre sus principios y la verdad es que el precio invita a apurar la capacidad del depósito.

Daniela se pone cómoda, se descalza, reclina el asiento y deslizándolo hacia atrás todo lo posible, sube sus pies descalzos sobre el salpicadero. En otra ocasión, quizás hubiera mantenido una postura más apropiada para viajar con un desconocido, pero una extraña conexión de familiaridad y el cansancio acumulado de casi dos días viajando, le permite relajarse hasta el punto de sumirse en un renovador sueño que apenas dura media hora.

—¿Sabes? —dice Daniela mientras se desperezaba en el asiento.

—¡Vaya! la bella durmiente se ha despertado.

—Mientras soñaba, he recordado que Luis, cuando apenas era una adolescente, siempre me decía “si alguna vez desaparezco, ¿ves aquella oficina? ahí escondo un tesoro que os garantizará todo lo que necesitáis para vivir durante años sin trabajar”. Siempre había pensado que lo decía con la intención de maravillarse al pequeño y fantasioso Martín, que le encantaban este tipo de historietas.

—Pues... parece que de cierta manera consiguió asombrarnos a todos ¿no crees?

Daniela, incorporándose y con cara de guardar un as en la manga....

—¿Pero sabes lo mejor de todo?

—Sorpréndeme.

—Mientras seguía inmersa en mis sueños, he visto el logo de la llave, xerografiado en la famosa caseta del tesoro escondido de Luis.

—Entonces ¿tienes localizado el local?

—Es una vieja oficina que utilizábamos como trastero, donde por un cómodo alquiler, guardábamos trastos viejos.

Entonces, cargado de energía ante aquel revelador descubrimiento, Ramón acelera pisando

a fondo el acelerador, rumbo a la capital del Bajo Ebro.

La esperanza de encontrar lo que buscan aumenta por segundos, si la llave esconde un secreto, su sitio, está allí.

CAPÍTULO 22

De pequeño siempre ha seguido las normas, en el colegio, un alumno aplicado, lo que los maestros llaman un niño ejemplar, un niño que no genera problemas y que cumple por encima de la media de la clase.

Apenas tiene amigos en clase, es considerado un bicho raro, el hijo tímido y bobo de un nuevo rico, al que su papá, lo ha enviado a un exclusivo centro escolar de la sierra madrileña con la esperanza de que aprenda a relacionarse con la Jet.

Sacar todo sobresalientes es una tarea compleja que requiere un esfuerzo y disciplina no propias para un niño de 11 años, sobre todo si no tienes esa capacidad natural.

A pesar de ello, su enfermiza admiración por su padre y el intento continuo de estar, a lo que él creía, a su altura, le permite llevar a cabo una obligada rutina para exprimir al máximo su rendimiento, que añadido a sus dificultades para relacionarse con los demás, lo convierte en un ser antisocial cada vez más encerrado en su mundo de libros y sueños frustrados.

Las palabras de su progenitor, clavadas a fuego en su cabeza “debemos ser responsables de nuestros actos y nuestro estatus conlleva una gran responsabilidad, recuerda estas palabras hijo, no lo olvides”, le atan como el que tiene un contrato y teme romperlo ante las posibles consecuencias.

Jamás olvidaría aquel 22 de diciembre en el que las vacaciones de Navidad le permitían pasar unos días en casa.

Como todas las tardes, el autobús del colegio, lo deja en el punto de recogida del barrio Salamanca, apenas a 300 metros de su casa, una bonita mansión, objeto de deseo de muchos en el vecindario por su construcción recta y minimalista, rodeada de un bonito jardín urbano.

Esa tarde, más contento de lo habitual por las felicitaciones de todo el claustro, atraviesa la puerta con las notas en la mano, se siente satisfecho por el trabajo y ansía el momento de mostrárselas a su padre.

Allí, como de costumbre, encerrado en su despacho no sale con los brazos abiertos como cualquier otro padre, nadie sale a recibirlo.

En ese instante, no puede evitar sentirse solo y desdichado, echa de menos a su madre, que según dicen los niños del colegio, había huido de casa porque no soportaba al prepotente de su padre ni al desastre que tenía por hijo, los niños son crueles y éstos lo fueron.

Toca la puerta que da acceso a donde pasa la mayor parte del tiempo su padre. Fernando se había encargado bien de que llamase siempre antes de entrar.

—Adelante.

—Papá, tengo las notas —dice en un tono contenido de alegría.

—Siéntate, acabo esto y estoy contigo —responde el padre sin alzar la vista del ordenador.

Pasan unos 15 minutos cuando Fernando se digna a ver aquel sobre que traía su hijo que, arrebatándoselo de las manos, abre sin darle la bienvenida.

Ante la falta de cariño, que teñía de gris su día a día, sus esfuerzos por agradar a su padre iban creciendo, pensaba que si recibía ese frío y distante trato era culpa suya, no se lo había ganado, era un desastre y por lo tanto tarde o temprano acabaría abandonándolo al igual que su madre.

Tras una ojeada por encima del boletín de notas, a pesar de la felicitación por parte del

tutor, Fernando le propina un bofetón que le hizo sangrar por la nariz.

—¿Un notable en gimnasia? Debes esforzarte más, me ridiculizas con tu torpeza.

Aquellas palabras retumban en sus recuerdos mientras Marcial espera en el aeropuerto de Barcelona a un individuo con una camiseta llena de mariposas.

Está nervioso, mira el reloj constantemente, lleva ya 4 horas de retraso, tiempo que Martin está en una nave, atado y sedado sobre una silla. No sabe cuánto tiempo le hará efecto el midazolam inyectado, eso le pone nervioso, la idea de que esté solo, sin vigilancia, no le acababa de convencer.

Por su trabajo, ha visto como el ser humano se las ingenia para escapar en situaciones de extremo peligro y Martin lo está.

La megafonía interrumpe en el bullicio del Prats, una voz cálida anuncia la llegada del Boeing A330-40.

<<Ya está aquí>> piensa al tiempo que se dirige hacia la recepción de viajeros.

Se abren las puertas, una docena de turistas salen con su peculiar indumentaria delatando que vienen a la ciudad condal en busca de sol, playa y fiesta, mucha fiesta, lo que se llama turismo de calidad.

Ante la multitud de guiris recién llegados, allí está, un varón, de tez morena y una llamativa camiseta, repleta de mariposas, con unas horribles gafas de sol que apenas dejaban distinguir su rostro, debe de ser él.

<<No hay opción a duda, es él>>.

Con paso decidido, Marcial le hace un gesto llamando su atención, pronto, Khaled, cansado por el ajetreado día que ha tenido, se acerca a su contacto a la espera de algún tipo de instrucción.

—Bienvenido —le dice Marcial al tiempo que le entrega una pequeña bolsa de aseo —en el neceser, tienes una HK USP Compact, es la que utilizamos en el cuerpo, el número está borrado, cuando hagas el trabajo tienes que devolverla.

—¿Y ahora dónde vamos? —pregunta Khaled sorprendido por las palabras de Marcial.

Si había un policía implicado en todo esto, es porque el asunto debía ser muy grave, de eso no le cabía la menor duda.

Llegan al parking del aeropuerto, allí un coche negro, de un estilo europeo, del que Khaled desconoce la marca, les espera.

—Sube al coche, de camino te pondré al día.

CAPÍTULO 23

Comenzaban a aparecer los primeros destellos de luz, el amanecer lucía radiante sobre los edificios próximos al hospital, a un lado la Murta, al otro la claridad de la “marxal”, alardeando ante su competidora pictórica, en medio de ambas, un complejo hospitalario que, durante años, había sido referente del nuevo modelo de gestión sanitaria de la Comunidad Valenciana.

Como cada mañana, Pascual es de los primeros en llegar al parking destinado al personal, pero en esta ocasión, llega algo más temprano que de costumbre.

La reunión tenía cita antes de las ocho de la mañana, hora en que comenzaba su jornada laboral.

Sabe que apenas duraría cinco minutos, era una sesión informativa, pero estaba obligado a asistir, al menos si no quería tener problemas.

Se acerca con su magnífico coche, un 4x4 híbrido de última generación, un Lexus plateado que parecía sacado de una película futurista. Se dirige hacia la garita del guardia de seguridad.

—Buenos días don Pascual —dice el vigilante mientras su rostro denota una irremediable admiración por el tipo de gente que es capaz de poder comprarse esta clase de vehículos y llevar una vida tan sencilla.

Si algo había conseguido Pascual, a lo largo de todos estos años de dedicación a los servicios públicos, era, conseguir ser un trabajador más y no un jefe. Un empleado con vocación de servir a los ciudadanos, y eso, tenía su recompensa y admiración por parte del resto de personal.

Desde su traslado forzoso, había conseguido hacerse un hueco entre los trabajadores del centro, a pesar del duro comienzo que tuvo en su día, pues un nuevo jefe, trasladado desde otra Comunidad, nunca había sido bien recibido por el gremio y su caso no iba a ser menos.

—Hola don Miguel ¿la noche bien? —preguntó sin bajarse del vehículo.

—Sí don Pascual, todo tranquilo, en urgencias hubo algo de lío, lo típico, unos familiares se liaron a gritos en la sala de espera contra el médico. No se tomaron muy bien eso de solo un acompañante por paciente, pero quitado eso, la noche muy tranquila.

—Me alegro Miguel.

En ese momento, la barrera de seguridad se levantó permitiendo el pase.

—¡Que vaya bien la mañana jefe!

Aparca en su plaza asignada, una plaza que tan solo tenían los altos cargos del centro, pero a pesar de ello, Pascual siempre madruga dando ejemplo de su humildad envía un mensaje, el puesto de directivo no le hace diferente al resto de mortales que cada mañana se apelotonaban en la entrada para conseguir una plaza antes de que el parking acabe cerrando la entrada con el letrero de “completo”.

Sale al exterior, contempla el amanecer como hacía años que no lo había hecho y bajando la escalinata trasera que da a la parte trasera del edificio, accede a su interior.

<<Tengo que poner fin a esta locura>> piensa mientras atravesaba los largos pasillos que lo conducían a su despacho.

No sabe como hacerlo, pero sabe que ya era momento de romper el pacto, demasiadas vidas se habían cobrado ya, vidas de inocentes, como las de Martín y Daniela.

¿Qué sabrían esos pobres desgraciados sobre Luis y el clan?

Luis siempre había mantenido al margen a su familia y eso es algo de lo que Pascual

estaba bien seguro, de hecho, en ocasiones había sentido una irremediable envidia sobre como era capaz de llevar aquella doble vida.

Si él hubiera hecho lo mismo, quizás Elena seguiría con vida, tal vez en un lugar lejano, pues era consciente de que los hechos vividos habían acabado con su relación desde hacía años, pero seguiría viva, que es lo que cuenta.

Fernando parecía empeñado en seguir la estela de dolor y sufrimiento que había impartido Alfonso a lo largo de tantos años, con la diferencia de que Alfonso era un sádico que disfrutaba causando dolor y Fernando es un meticuloso maniático con mucho poder, siempre rodeado de grandes personalidades que no dudarían en ayudarlo si veían en peligro sus secretos, una personalidad peligrosa con una sed inagotable de alimentar un ego insaciable.

Pascual, estaba convencido de que Martin y Daniela no sabían nada, y en caso de que Martin hubiera presenciado algo que no debía... a estas alturas no comprendería las imágenes que su retina había captado presas del desconcierto y el pavor del momento, pero la única manera de ayudarlos, si podía, era estando allí, como en tantas otras ocasiones había hecho, escuchando y asintiendo.

Se sienta en su cómodo sillón de piel y enciende su ordenador, mientras el sistema operativo se pone en marcha, aprovecha para sacarse un café de vainilla, su preferido, en la máquina que hay justo al salir del despacho.

Dando pequeños sorbos de café, escribe su password de acceso, accede al programa de videoconferencias que, el día anterior, le había llegado a través de un mensaje por Telegram.

La aplicación era un pequeño archivo autoinstalable que no requería saltarse los permisos de seguridad del hospital, por lo que la instalación es sencilla.

Ha llegado la hora, introduce la contraseña, que en su caso era “mariposa 7” en referencia al lugar que ocupaba al fundar el clan cuando todavía eran unos niños, y de repente, se encuentra ante un chat room, la reunión está a punto de comenzar.

En el centro, la imagen del organizador de la charla, Fernando, a su alrededor, formando un círculo concéntrico, el resto de miembros.

—Buenos días compañeros —inicia Fernando la conversación —hoy os he reunido para poneros al día en el asunto que nos acontece. Martin pronto dejará de ser un incordio.

Mi hijo, tras un exhaustivo seguimiento, lo sorprendió con una fotografía donde salimos todos nosotros, rodeando a Luis en una fiesta familiar que, si la memoria no me falla, nos presentamos en su casa el día de su cumpleaños para recordarle que siempre formaría parte del clan, que escapar de nosotros no era una opción, ni para él, ni para su familia.

Anticipándome a los hechos, sabía que solo era una cuestión de tiempo que indagara sobre el pasado de su padrastro, encontrando pruebas que nos relacionasen directa o indirectamente con Alfonso. Recordaros, que el cabello encontrado en la fosa correspondía con la muestra tomada de su cadáver.

—¿Y sobre Daniela, llegó a contactar con ella? —pregunta Manolo.

—Sí, por supuesto, es su hermana, era de esperar, pero, soy previsor y encargué que acabaran con ella antes de que viniese para España.

—¿Entonces por qué no ejecutamos a Martin y nos olvidamos del caso? —expone Tomás con un tono que denota las prisas por acabar.

—Hubo un error de cálculo y Daniela consiguió llegar a España, ahora mismo está de camino a Barcelona con el inspector Castillo, un añadido a esta historia del cual, en caso de no querer colaborar, también tendremos que hacernos cargo, ya me entendéis.

—¿Dónde está Martin? —pregunta Pascual.

—Querido amigo, me temo que ese dato es irrelevante.

—¿Irrelevante, me dices irrelevante tras el desastre en que se está convirtiendo esta locura? —seguía Pascual en tono acusador, sabe que Fernando no llevaba bien las presiones y si lo ponía entre las cuerdas ante el resto del grupo, lo tendría justo donde quería llevarlo, a un rincón sin escapatoria del que no sabría salir airoso.

Fernando conteniendo la ira, a pesar de los esfuerzos por evitar que se apoderase de su calmada apariencia responde...

—Martin está en una vieja nave, una antigua central térmica cercana al puerto de Barcelona, unos terrenos abandonados pertenecientes a un socio de la compañía que nos da un control absoluto sobre el lugar. Mi intención es que el inspector Castillo nos traiga a Daniela y junto a una succulenta oferta convertirlo en uno de nuestros lacayos, aunque conociendo su trayectoria, quizás debamos votar si eliminarlo más adelante.

—¿Crees que es de fiar? —interviene Marcos.

—Pronto lo comprobaremos.

Tras aquella corta, pero intensa conversación, se dio por finalizada la reunión aplazándola para el día siguiente a la misma hora.

Pascual, satisfecho de su intervención, cierra la aplicación sin apagar el ordenador, abre Google Maps y se dedica a buscar centrales térmicas cercanas al puerto de Barcelona sumido en una placentera sensación de victoria.

<< ¡Lo tengo! es la vieja central de San Adrián! >>.

CAPÍTULO 24

Khaled había prestado especial atención a cada palabra de Marcial, tenía que enmendar su error, y volver a casa cuanto antes era una prioridad. Algo turbio le hacía adoptar una postura incómoda en todo este asunto, tantas molestias y un policía implicado le inducía a ir con cautela. Cuando cuerpos de seguridad se implican en asesinatos es porque algo muy gordo hay detrás del asunto en cuestión, y eso es algo de lo que Khaled, al igual que el resto de sicarios, sabía.

De normal, prestaba sus servicios por motivos muy similares, siempre era un ajuste de cuentas, un marido celoso, una mujer cansada de aguantar a su pareja y recelosa de cobrar el seguro...cosas sencillas. Recibía el email, aceptaba el encargo y en cuestión de pocos días recibía el ingreso, sin preguntas, sin más contacto con su interlocutor que el justo para firmar un contrato ético, si algo de ético tenía aquel trabajo.

Sentado frente al volante pone la llave en el contacto del vehículo, un Toyota que, minutos atrás, le había proporcionado Marcial para cumplir con el cometido.

Arranca el motor, comprueba los testigos de la consola de mandos y poco a poco desaparece de aquel solar semiabandonado dejando atrás, lo que parece una antigua fábrica, una vieja central térmica que, por problemas burocráticos, no había obtenido el permiso de derribo por parte del ayuntamiento.

A lo lejos queda aquella figura fantasmagórica de un edificio en ruinas que, en el siglo XIX, debió de ser una de las industrias más prósperas de toda la zona, a juzgar por la recatada fachada y las enormes chimeneas que se alzan hacia el cielo en un reto desafiante de lo divino.

Las instrucciones son sencillas, ejecutar a Daniela y a cuantos se opusieran a ello.

Ese extra, fue acordado tras una dura negociación, no sin las correspondientes amenazas. Marcial sabe que para Khaled la familia lo es todo, así que, con una cantidad de dinero atractiva y dejando caer que su tía era una persona de delicada salud, no tardó en convencerlo para realizar el trabajo. Era la mejor solución para todos.

El trabajo no parecía complicado, tan solo debía seguir la señal de un pequeño localizador que había sido instalado con anterioridad en el móvil del inspector Castillo.

Un mensaje con un troyano había permitido conocer la geolocalización en tiempo real de Ramón, un software malicioso, camuflado tras una combinación de caracteres debidamente ordenado que, con solo abrirlo, se ejecutaba un pequeño programa dando acceso a ciertos permisos del terminal infectado. Así es como con el primer mensaje recibido tuvieron acceso a sus datos.

Una vez estuviera cerca del objetivo, su misión era acabar el trabajo que tenía que haber realizado en Boston, aunque el hecho de que la muchacha estuviera acompañada de un policía dificultaba la tarea. Nada que no pudiera solventar extremando las precauciones pertinentes, al menos, eso pensaba Khaled, confiado en la USP compact que llevaba escondida bajo la riñonera, un arma que en cuanto la palpó, supo que le quedaba como anillo al dedo, inspirándole la confianza que necesitaba para ejecutar a su víctima.

Conduce por la AP-7 dirección Valencia, guiado por el GPS de un móvil que le ha sido proporcionado por Marcial donde podía consultar, en tiempo real, el lugar exacto donde se hallaban, toda una revolución de la tecnología.

Su plan, poco elaborado, era localizarlos antes de que llegasen a Barcelona, seguirlos y forzarlos a parar en alguna área de servicio, de esas que llevan años abandonas dando paso a una

de las nuevas áreas de descanso con su correspondiente cafetería. Allí, apartado de la mirada de curiosos, podría disparar, un disparo limpio, rápido y sin testigos. Boston parecía algo más cerca.

En cuanto al inspector Castillo, tenía orden de esperar un mensaje con las instrucciones, en un principio, no entraba dentro de los planes de Fernando, pero si ofrecía resistencia, tendría que eliminarlo junto a la chica, un daño colateral asumible si quería volver pronto a casa.

Apenas llevaba hora y media de viaje cuando la señal del GPS llamó su atención. Un punto rojo al que llevaba observando durante largo rato, se había detenido.

Por algún extraño motivo, habían parado en Tortosa, una parada curiosa, teniendo en cuenta la urgencia con la que viajaban a la capital catalana.

Sin apartar la mirada de la carretera, calcula el tiempo que tardaría en llegar a ese punto, 20 minutos, quizás 15 si pisa a fondo el acelerador, así que, sin dudarle un instante, acelera, casi al ritmo de su corazón que bombea como si quisiera explotar.

Está ansioso, tantos kilómetros y tantos problemas, pronto finalizarán y volvería a estar sentado su vieja mecedora, sobre la tarima del porche de su casa, tomando una deliciosa y fría cerveza mientras observaría, como la mayoría de tardes, las peleas de las bandas del barrio por un pedazo de territorio ficticio, que no era más que una delimitación marcada por la droga y la sangre.

Enciende la radio, busca una emisora que pusiera música animada y durante los 15 minutos que dura el trayecto evade sus pensamientos dejándose llevar al ritmo de los éxitos musicales del momento, gesticulando la cabeza y tateando una canción que le ha chocado de manera especial, “Coincidance”, una canción pegadiza que ayuda a relajar su tenso estado dando paso a una euforia inusual.

<<No hay duda, los europeos son diferentes>> piensa al ritmo pegadizo de la música.

Cruza un puente, y un letrero le da la bienvenida, está en un idioma que desconoce, una mezcla entre castellano y francés, sabe que en aquella región hablan otra lengua, así que de manera acertada la bautiza como catalán.

Parado en el semáforo de una rotonda, al inicio de la ciudad, un mensaje de su interlocutor llega.

“El inspector debe ser ejecutado”.

Recoloca sus gafas de sol, mira al frente, respira hondo y en cuanto el semáforo cambia a verde, toma rumbo hacia la dirección que indica el punto rojo, que permanece inmóvil ante la pantalla del GPS.

Están cerca, un par de calles a la izquierda y se vería cara a cara con ellos.

Debía de tomarse su tiempo y diseñar la estrategia adecuada, no podía matarlos en plena calle, a una hora en que la gente comenzaba a salir para ir a sus respectivos trabajos. Hacerlo en plena luz del día sería un suicidio si quería salir de allí sin ser visto.

A pesar de que apenas había cámaras de seguridad en los locales adyacentes, la costumbre de tomarse un café tocado a primera hora de la mañana era la mejor cámara de seguridad que podía haber, y más hoy en día que todo el mundo lleva un ordenador de bolsillo con cámaras de alta resolución.

Aparca el coche, se mira en el espejo retrovisor esperando tener el cabello bien arreglado, recoloca su camisa de mariposas estampadas y revisa, tal y como tiene costumbre de hacer, el seguro de la pistola, sintiendo la seguridad que le proporciona un arma que parecía haber sido diseñada con un molde para su mano.

De repente la adrenalina corre por sus venas, todo esta a punto, ahora no puede fallar, hoy no podía fallar.

<<Ha llegado el momento de la verdad>> y sale del vehículo dirigiéndose con paso firme hacia su objetivo.

CAPÍTULO 25

El inspector Castillo conduce por la autovía del Mediterráneo, dos grandes carriles le permiten disfrutar de la potencia de su flamante deportivo.

Mientras fija su vista en el horizonte, concentrado en la conducción, su cabeza no puede evitar trasladarse a las últimas vacaciones con Susan, su ex mujer, una inglesa que conoció durante su destino en Málaga, por suerte, ella lo dejó por un norteamericano, y digo por suerte porque Ramón cada día se sentía más atrapado en una farsa que no sabía cuanto tiempo sería capaz de aguantar.

Lo que en un principio era sexo y diversión había dado paso a una vida de orden y monotonía que no entraban de ninguna manera en sus planes de futuro.

Se casaron fruto de la locura del momento, de la impulsividad de la juventud.

Se atraían con un fuerte deseo y en aquella etapa, eso lo era el todo, eso y la fiesta.

El rubio liso y su delicada piel rojiza fruto del sol español le daban una tonalidad que contrastaba con el moreno y rizado pelo de Ramón. Ese contraste extravagante quizás fue lo que en un principio le atrajo de ella o a ella de él, porque siempre son ellas las que eligen.

Dicen que los polos opuestos se atraen, y ellos no eran una excepción, pero con la atracción no basta, y así fue, no fue suficiente.

Al poco tiempo, empezaron las discusiones y reproches que no eran más que un intento por cambiar a la persona que habían conocido. Como si creyeran que las personas pueden cambiar y moldearse al antojo de uno mismo.

Para emprender una vida, donde el día a día cuenta como el agua que alimenta al manantial, debe haber otros factores de los que ellos carecían y tardaron, más bien poco que mucho, en darse cuenta de ello. Tal vez por ese motivo, la huida de Susan, con el que había sido su mejor amigo en Andalucía, no fue tan extraña ni tan dolorosa.

Las últimas noticias que obtuvo de ella fue una carta de despedida sellada en Utrera, un municipio cercano a Sevilla que antaño fue cuna de grandes personalidades. De su amigo, jamás supo.

—Ramón, Ramón —dice Daniela mientras Castillo parecía poseído por un extraño y lejano recuerdo que lo mantenía ausente.

—¿Me estás escuchando?

—Disculpa, se me fue la cabeza, hacía tiempo que no viajaba solo y... no se lo que me ha pasado, discúlpame.

—La siguiente salida es la de Tortosa, deberías ir reduciendo la velocidad.

Ramón, ya centrado en la misión que se había adjudicado a llevar a cabo, cruza el viejo puente y se adentra en la capital del bajo Ebro.

Reduce la velocidad siguiendo las indicaciones de las señales de tráfico, en carretera le gustaba pisar el acelerador, pero en circuito urbano, las normas de circulación son sagradas.

—¿Recuerdas dónde está el trastero?

—Hace mucho que nos marchamos de aquí, pero si mi instinto no me falla, girando a la derecha entrarás en la vía principal y en el tercer o cuarto cruce debería de estar. Recuerdo que antes de girar hacia la calle del garaje, había una fuente donde en verano Martín y yo jugábamos a tirarnos agua.

—Bien, iremos despacio...

—¡Ahí está, la fuente! —exclama Daniela sorprendida de que después de tantos años estuviera tal cual la recordaba.

Buscan un sitio cercano donde aparcar, salen del vehículo y se dirigen apresuradamente ante un bajo, cerrado a cal y canto, con una persiana metálica, que a juzgar por su estado llevaba años sin abrirse.

—“Voilà” —exclama Daniela contorneando sus caderas en un movimiento orquestado por la emoción del momento.

Observan con esmero la entrada, una reja oxidada, un local que llevaba Dios sabe cuánto tiempo cerrado, tiene que ser ahí.

Ramón, saca del bolsillo la pista que les había conducido hasta el lugar, observa el logo xerografiado en el lomo de acero de la llave y viendo que coincide con el dibujo de la persiana piensan que van por buen camino.

Se miran con la emoción de quien encuentra su recompensa y Ramón, agachado sobre la puerta, abre el candado que daba acceso a su interior, cediéndole el paso a Daniela, otro gentil gesto que sumaba y seguía en su lista de puntos de caballerosidad.

Un vecino curioso, al ver que después de tantos años subían de nuevo la persiana no dudó en bajar a la calle con la intención de enterarse si habían comprado el local y si llevaban idea de montar un negocio.

Deseoso de recibir una respuesta afirmativa se presentó en la puerta. Un bajo cerrado quitaba prestigio a cualquier barrio, y en uno humilde como era ese, todavía más.

Ante tal entusiasmo se presenta ante aquella extraña pareja.

—Buenos días, soy Andreu, el vecino del primer piso.

Sin saber muy bien qué responder, Daniela hace las presentaciones oportunas.

—¿Van a montar algo? —insistía el vecino intentando continuar una conversación cuya naturaleza forzada no daba para más.

—No, es una larga historia, el local era de mi padre y tras su fallecimiento hemos venido a recoger algunas cosas.

—Entiendo —responde Andreu al tiempo que le da el pésame.

—Ahora si nos permite, tenemos un poco de prisa —interviene Ramón en un intento de dar por finalizada la conversación, el tipo le molesta, no le gustan los chismosos.

Una vez en el interior, pulsan el interruptor de la luz, sin mucha fe de que funcionase después de tanto tiempo.

De repente, ante sus ojos, un montón de cajas apiladas se muestran ante ellos, entre muebles viejos y sacos llenos de ropa que parecen burlarse de ellos dándoles la bienvenida.

—Buff... va a ser más complicado de lo que pensaba.

—Sobre todo si no tenemos claro lo que buscamos.

—Daniela, tu padraastro guardaba esta llave con sumo cuidado, nadie se toma tantas molestias si no esconde algo tras ello.

—Lo se, pero....

Interrumpió la frase el pitido del móvil de Ramón, un mensaje en la bandeja de entrada con número desconocido;

“Inspector Castillo, me consta que se dirigen a Barcelona a la espera de instrucciones por parte de un viejo conocido, imagino que agradecerá una ayuda en esta macabra partida de ajedrez en que se ha convertido su vida. Tome nota: 41°25'37.2"N 2°14'09.4"E.

Como podrá comprobar, son las coordenadas de una vieja central térmica. Fernando Castillejo Montesol es su hombre. Martin les espera, dese prisa”.

Un amigo.

CAPÍTULO 26

Tras pulsar el interruptor de la luz, ante sus ojos atónitos, una pila de cajas viejas, muebles y bolsas repletas de bolsas se muestran ante ellos dándoles la bienvenida. El trabajo parecía que iba a ser más duro de lo que pensaban, y más si no sabían qué buscar.

Daniela había comentado que Luis era una persona muy metódica, por lo que, para un policía con años de experiencia, eso era una pista para seguir con detenimiento. Raro sería que alguien tan meticuloso con sus cosas no dejara algún documento escrito, y si estaba en lo cierto, ese era el lugar perfecto para encontrarlo.

Revolvieron el local de arriba abajo, removiendo sentimientos de una Daniela entristecida a medida que avanzaba en su búsqueda entre los recuerdos del pasado, unos recuerdos que creía enterrados.

Bajo una estantería llena de cajas de cartón apareció su antigua muñeca Lisa. Estaba intacta, con algo de polvo por el paso del tiempo, pero se encontraba tal cual la metió en aquella caja de mudanzas antes de marchar hacia Valencia.

—¿Sabes? hace apenas dos años éramos una familia feliz, mi madre rebosante de felicidad, pintando sus cuadros y con una vida rehecha tras todo el calvario que pasó con mi padre en Viena.

—¿Viena, sois de allí?

—Es una larga historia —suspiró con una añoranza incitada por una melancolía que la come por dentro.

—Sabía que esa piel y esos ojos tan azules no eran españoles, pero me despistaba el acento, ni tú, ni tu hermano tenéis. Incluso me atrevería a decir que Martin tiene ese fuerte deje valenciano propio de la Ribera Alta.

—Son muchos años Ramón, vinimos cuando éramos muy pequeños, yo creo que tenía nueve años y Martin tres, tendría delito mantener el acento alemán—sonríe abatida con su respuesta.

Seguían buscando ese documento que serviría de intercambio con Martin, un papel del que ni tan siquiera estaban seguros de su existencia, pero esa perspicacia y los años de experiencia del inspector Castillo señalaban que debían de continuar. Iban por el camino correcto.

Esa intuición policial era todo lo que tenían para hacer frente a una situación, que sin saber el porqué les había salpicado engulléndolos en una historia más propia de thriller de Netflix que de la vida de una chica que hasta hace 48 horas vivía tranquilamente en Boston mientras hacía las prácticas en uno de los mejores hospitales del mundo en su especialidad, la psicología clínica.

—Hay algo en esta historia que no me cuadra ¿por qué os buscan si no hay pruebas de que Luis participara en el crimen de la fosa?

Tras las dudas de Ramón coge su móvil con la intención de realizar una llamada, de esas que hacen los policías de manera extraoficial, pidiendo un favor como compañero esperando una respuesta sin demasiadas preguntas.

—¿Lucas? soy el inspector Castillo, necesito un favor personal ¿podrías pasarme parte del informe de criminalística del caso del barranco de la Moreja?

—Inspector, sabe que de muy buen gusto lo haría, pero por una extraña razón que desconozco, el comisario ha requisado todos los expedientes.

—¿Quieres decirme que no tienes nada?

—Tan solo lo que mi cabeza recuerda de la instrucción, que por fortuna no es poco, Dios me maldijo con una excelente memoria.

—¿Recuerdas si las muestras de ADN de ambos individuos habían sido cruzadas con la de otros casos?

—Claro que lo recuerdo, tomamos muestras de ambos, se enviaron a laboratorio y ahí se perdió la pista ¿alguien te ha llamado para decirte algo? a mi tampoco.

—Me estás diciendo que no sabemos nada sobre las muestras tomadas ¿en serio?

—Así es, el comisario ha decidido llevar el caso en persona, en todo el departamento sabemos nada.

—Gracias, cuídate.

Tras colgar, Ramón no daba crédito ¿su jefe llevando el caso?

Sabía que los de arriba habían metido mano en el asunto, pero que su jefe lo apartara del caso escudándose en el Ministerio y que haya clasificado el caso llevándolo personalmente no se lo esperaba.

Mientras intentaba poner orden a sus ideas, otra duda se le planteó ¿cómo sabía Marcial que la muestra de Alfonso coincidía con el cabello encontrado en la fosa? hace un momento, el jefe de criminalística le había dicho con sus propias palabras que las muestras fueron enviadas al laboratorio y requisadas por el comisario.

<< ¿En qué coño andas metido Marcial? >>.

Furioso y con un sentimiento inevitable de traición se arma de valor y llama al que había sido su compañero de campo, sabe que estaba metido en algo, pero en qué. Tras la conversación de Martín, tenía claro que lo estaba siguiendo, pero siempre mantuvo la esperanza de que estuviera llevando el caso junto a otro compañero y que por lealtad hacia él no quisiera revelarlo en un acto de honor entre compañeros.

<<En ningún momento pensé que pudieras ser tú el del forcejeo con Martín, maldita sea, que ciego he estado, tú lo secuestraste>>.

El teléfono de Marcial sonó rompiendo el sueño de un Martín magullado por los golpes.

Durante los primeros tonos duda si responder o no, era su compañero y el miedo a que el inspector hubiera descubierto su tapadera lo había conseguido bloquear por completo.

Recordando la figura de su padre y todo lo que se esperaba de él, se arma de valor y descuelga.

—Marcial, maldito hijo de puta, me has engañado todo este tiempo ¿quién cojones eres?

—Inspector, creo que no debería hablarme así, ahora mismo su situación es delicada.

Un grito de dolor se escucha al otro lado de la línea.

—Como verá, tengo algo que, a juzgar por su llamada, está buscando.

—Como lo vuelvas a tocar te juro que te mato.

—Veo que no vamos a llegar a un entendimiento.

Tras aquel desencuentro telefónico cuelga.

Ramón, fuera de sus casillas, poseído por una rabia contenida a punto de explotar, golpea una de las cajas, cayendo al suelo lo que parecía ser un bloc de notas forrado con unas delicadas tapas lisas de cuero negro.

Rápidamente, ambos dirigieron la mirada hacia la libreta. Ramón, movido por la adrenalina que corría por sus venas se adelanta a Daniela cogiendo el cuaderno en sus manos.

Lo ojea con cuidado durante unos instantes y mirando a Daniela a los ojos, dice; lo tenemos.

Tras aquel repentino hallazgo, Ramón se desploma al suelo, detrás de él, un joven de tez morena con una ridícula camisa repleta de mariposas y palmeras se alza con una pistola en la mano izquierda y una vara extensible en la derecha, con toda probabilidad, el arma con la que ha golpeado la cabeza del inspector Castillo que yace en el suelo sobre un pequeño, pero escandaloso, surco de sangre.

CAPÍTULO 27

Khaled ha medido el momento idóneo para entrar al bajo donde Ramón y Daniela buscan una pista que les diera una ventaja ante los secuestradores de Martin.

Un momento de quietud en su interior fue aprovechado como cuando el depredador espera paciente al acecho y salta sobre su presa para darle caza.

Estaban de pie, uno en frente del otro, distraídos mientras Ramón, atónito, sujetaba un diario en las manos. Al otro lado de la persiana semiabierta está Khaled, observa resguardado por un obtuso ángulo de visión, que apenas da visibilidad al otro lado, esperando la ocasión y de repente ahí está, mostrándose ante él como si el destino estuviera confabulado de su parte, un golpe seco entre la nuca y la cabeza le permitiría dar por finalizado su trabajo.

Apenas tiene tiempo de pensar, tiene que ser rápido, un chillido o el sonido de la pistola puede alertar a los vecinos, que no tardarían en asomarse escudriñando lo que él solía llamar “el perímetro de trabajo”.

Se abalanza sobre la puerta y antes de que se dieran cuenta, una vara metálica golpea la cabeza de Ramón en su parte trasera.

Daniela, sin asimilar lo que acaban de presenciar sus ojos, cae hacia atrás al tropezar con una de las cajas esparcidas sobre los azulejos.

Sentada en el suelo, observando a aquel individuo, piensa que es el final y sin ofrecer resistencia cierra los ojos en un intento por mantener una calma que tan solo le serviría para abandonar aquel mundo con la dignidad suficiente como para no mostrar la debilidad del miedo ante la satisfacción de su verdugo.

Khaled sospesa entre si asestar un golpe mortal con la vara metálica o un eficaz disparo, pero la belleza de aquella joven, paralizada ante el terror que causaba la escena que acaba de presenciar, le hace optar por un disparo rápido e indoloro.

Se acerca a la chica y agachándose a su altura alza el brazo y a escasos diez centímetros de la sien, apunta con aquella preciosidad semiautomática que le había prestado su contacto tras recogerlo en el aeropuerto.

Daniela cierra los ojos resignada a la llegada del final, su final, cuando de repente escucha un golpe que le devuelve una esperanza que no estaba dispuesta a dejar escapar.

El vecino del primero, que apenas hacía cinco minutos había salido tras presentarse, sin obtener el beneplácito por parte de Ramón, había derribado al joven ejecutor propinándole un fuerte empujón.

El golpe asestado ha sido suficiente para dejarlo K.O a la primera, ruedan por el suelo en un intento por hacerse con el arma, es una lucha feroz donde solo podía quedar uno.

Khaled, con su esbelto y entrenado cuerpo, y con veinte años menos que Andreu, consigue zafarse de su adversario colocando todo su peso sobre el heroico, pero rendido, vecino.

El arma apunta sobre el pecho de Andreu, que lucha con énfasis por librarse de su enemigo, un intento sin éxito pero que le da unos segundos de prórroga en el forcejeo, cuando por sorpresa, Daniela se abalanza sobre el puertorriqueño, propinando un fuerte golpe con una antigua plancha de vapor, que como por arte de magia asomaba sobre la caja de cartón tendida a su lado, sobre el cráneo de khaled.

El joven cesó de ofrecer resistencia cayendo sobre el suelo sin sentido.

Andreu, todavía con la respiración agitada, se incorpora y tiende la mano a

Daniela ayudándola a levantarse.

—Gracias, si no llegas a atizarle creo que ahora el que caería muerto sobre este maldito suelo sería yo.

—¡Dios mío, lo he matado! —dice Daniela exaltada y temerosa de que así fuera.

Ramón, aturdido por el golpe se levanta taponando la herida de la cabeza que no cesaba de sangrar.

—Este maldito hijo de puta casi me mata —apunta Ramón sujeto para no caer con la ayuda de unos estantes repletos de polvo.

—¡Ramón, estas vivo! —exclama Daniela sin poder evitar gritar por la emoción.

—Sí, ya sabes el dicho; “mala hierba nunca muere”. Ahora debemos centrarnos en este cabrón, comprueba su pulso —dijo Ramón mientras en un acto de agradecimiento tendía la mano hacia a Andreu —si no llega a ser por ti esta historia sería muy diferente a la que estamos viviendo.

—Bueno, mi deber como buen vecino es cuidar del barrio y ese tipo no me daba buena espina. Estuve un rato observándolo, rezagado desde mi portal, hay muchos robos últimamente y pensé que esperaba el descuido para llevarse algo.

—¡Todavía respira! —exclama aliviada Daniela—¿qué hacemos con él?

—Ayúdame, hay que atarlo.

Unas bridas de plástico bien apretadas sobre las muñecas y la vieja cuerda, con la que Daniela jugaba a la comba de niña, bastaron para reducir el cuerpo inmóvil de Khaled.

—Andreu, te voy a pedir un último favor —decía mostrando su placa de policía —necesitamos que avises a los Mossos, ellos sabrán que hacer, pero por favor, no les cuentes nada de lo ocurrido, mi compañera y yo llevamos meses en una investigación de narcotráfico a nivel europeo y revelar nuestra identidad podría arruinarla ¿lo harás?

—Sabía que erais de la secreta, desde el primer momento os caté —dice emocionado el vecino, como el niño que sale del cine de ver una película de Indiana Jones y se encuentra con Harrison Ford a la salida —¿y qué les digo?

—Que la oxidada persiana hizo un ruido escandaloso tras años sin abrirse, el estruendo llamó tu atención mientras estabas viendo tu serie favorita, te asomaste por la ventana y vistes salir corriendo a un individuo que no fuiste capaz identificar. Bajaste a ver lo que había sucedido y te encontraste este panorama. Si haces esta declaración, no creo que te hagan muchas más preguntas.

—De acuerdo, no se me da bien mentir, pero lo intentaré.

—El CNI creo que le estará muy agradecido por sus servicios, quizás consiga un pase para una visita guiada —guiñó el ojo Ramón mientras pronunciaba estas palabras.

Andreu, ilusionado por el ofrecimiento, accede quedándose en la planta baja a la espera de que llegue la patrulla de Mossos.

<<Son del CNI, tela...>>piensa emocionado en la aventura que acababa de vivir.

—Daniela, vamos a un sitio más tranquilo donde podamos leer con cautela el diario, antes de negociar nada debemos saber qué tenemos, de lo contrario nos estaríamos apostando todo a la misma carta y eso en el póker es una mala jugada, a no ser que guardes un as en la manga.

Salen del local, buscan el clásico 911 SC y montados en él, tras mirar el GPS, toman rumbo hacia un parque natural cercano “Els Ports” un lugar donde Daniela solía ir con la

familia a pasar el día cuando todavía tenía una vida convencional y no el sin sentido en el que se había convertido su existencia en estas últimas 24 horas.

CAPÍTULO 28

Martin, con las manos maniatadas a la parte trasera de una vieja silla de oficina, aguanta estoicamente el batallón de preguntas y golpes que recibe cuando no responde lo que su captor desea escuchar.

Marcial, con los nudillos doloridos decide hacer una pausa dejando solo a Martin ante aquel foco de luz cegador que ilumina la zona central desde la parte superior de la nave.

La sala es grande y diáfana, escondida entre las ruinas de lo que queda de la antigua central térmica, entre el pabellón uno y dos, accediendo por una larga escalera metálica adosada a una enorme chimenea.

Hacia tiempo que Fernando esperaba los permisos de demolición para ampliar su red de telecomunicaciones.

La central es el lugar perfecto para un potente despliegue de antenas 5G, alejadas lo suficiente de la población, como para recibir las pertinentes denuncias de cuatro naturistas que aseguraban sufrir grandes dolores de cabeza tras su instalación, y lo suficientemente cercanas al núcleo de población como para abastecer los repetidores de una ciudad que abriría camino hacia el resto de la comunidad con el llamado efecto puente.

Marcial detesta aquel lugar, lleno de polvo y escombros, pero contradecir a su padre es algo que todavía odia más, quizás por sus miedos no superados de su dura y fría educación recibida cuando todavía era un niño.

El empeño por contentar a su padre rozaba lo enfermizo, a pesar del sentimiento de aversión que causaba en su persona el solo hecho de nombrarlo.

Marcial no olvidaría aquella tarde, en la mansión del barrio de Salamanca, encerrados en el despacho de su padre, cómo había sellado el pacto, un pacto que no podía romper, a cambio obtendría el beneplácito de su mentor ofreciéndole el puesto el acceso a la escala superior de mando, donde con los contactos adecuados, el clan de las mariposas dispondría de total impunidad ante los cuerpos de seguridad del estado.

Un movimiento más en el ascenso imparable de poder de aquel grupo depravado.

Martin, cabizbajo, agotado, repasa toda su vida aflorando recuerdos, que creía olvidados.

<< ¿Quién era Luis? ¿qué querían saber con tanto anhelo?>>.

Sabe que va a morir, pero ¿qué sería tan importante como retenerlo y torturarlo de aquella manera? ¿qué sería lo que debería saber como para merecer tal castigo?

De nuevo, cegado por la intensidad de la luz, escucha como se acerca su cruel torturador, su característico andar golpeando los refinados mocasines sobre el pavimento lo delata de manera inequívoca.

—¿Qué quieres de mi?

—Martin, te lo vuelvo a preguntar ¿de qué conoces a los hombres de la fotografía? — pregunta acercando la imagen a su rostro ensangrentado.

—De nada, te lo he dicho cientos de veces.

Otro golpe sobre la cara se escucha.

—Está bien, por favor, para...te contaré lo que sé. Ese Alfonso, era amigo de mi padre, recuerdo que cuando era niño había aparecido por casa en un par de ocasiones.

—¿Y del resto que aparecen en la foto?

—Te lo juro, no tengo ni idea, bueno...quizás el de la cara manchada de viruela, me

resulta familiar, como si lo hubiera visto hace poco, pero te juro que no sé quienes son.

Tras aquel nuevo intento por sonsacar algo de información Marcial llama a Fernando.

—Padre, el chico no sabe nada.

—¿Estás seguro de ello? No podemos permitirnos dejar cabos sueltos, a esta historia se le debe poner un punto y final.

—Padre, su hermana debe estar ya en manos de Khaled, lo mejor que podemos hacer es deshacernos de ellos.

—Confirma con el portorriqueño que el trabajo está finalizado.

Tras la conversación, Marcial teclea el número de Khaled, cuál su sorpresa cuando una voz desconocida descuelga.

—“¿Digui?”.

Andreu, mientras espera la llegada de los Mossos no pudo evitar responder ante aquel desagradable tono de llamada temiendo que despertara al indeseable individuo que minutos atrás intentaba matarlo a punta de pistola.

Marcial, dudando si continuar la conversación o colgar, analiza las posibilidades que existen de que un asesino a sueldo permita coger su teléfono a un desconocido. Tras aquel corto, pero sólido planteamiento, pone fin a la llamada ante el desconcierto.

<<No me lo puedo creer ¿cómo han podido escapar? ¡Maldito Castillo!>>.

Temeroso por la reacción de su padre, vuelve a contactar con él, la conversación es breve, tan solo una respuesta, firme y con dureza.

—Ejecútalo.

Un sudor frío recorre la frente de Marcial, hasta el momento nunca había matado a nadie a sangre fría. A pesar de ejercer de torturador, con una impecable actuación, no es una cosa con la que disfrutase.

Mira a Martín de arriba abajo, analiza la situación.

<<Yo solo quería estar a la altura de mi padre, no puedo hacerlo, no quiero hacerlo, pero no puedo defraudarle>> piensa atormentándose una y otra vez golpeándose la frente con la mano derecha.

Mientras tanto, sentado en su sillón en Madrid, Fernando escribía un mensaje al inspector Castillo.

“Sr. Castillo, su tiempo se agota, le pedí que nos trajera a Daniela a Barcelona pensando que usted era un hombre de los de antaño, de palabra, un hombre que sabe hacer un trato sin mirar hacia atrás. Me equivoqué y por lo que me informan, ha tomado la errónea decisión de estar en el otro bando, el de los perdedores”.

El mensaje no tardó en ser contestado, la fotografía de un trozo de papel, que parecía haber sido sacado de un blog personal, se mostró ante la mirada atónita de Fernando, no podía dar crédito a lo que sus ojos leían.

Descolgó el teléfono con la agilidad de una persona treinta años menor y tecleó el número de su hijo con la habilidad de un adolescente versado en redes sociales.

—Detente, no lo hagas, hay un cambio de planes, volvemos al inicio.

—¿Cómo? ¿a qué te refieres?

—El inspector Castillo tiene un documento que narra y expone con exactitud los hechos del crimen de la fosa. Ha encontrado el diario de Pedro Luis, ese maldito imbécil lo escribió todo con absoluta precisión. Quizás por eso Alfonso lo tuvo separado del resto del grupo tantos años.

Martín, sin saber lo que tramaban, escucha parte de la conversación, hilando cabos, llega a

la conclusión de que estaba en lo cierto, su padre escribía un diario y qué mejor donde guardar un oscuro secreto que en las páginas cerradas de un cuaderno que era cuidado con esmero.

Aliviado por el descubrimiento, cierra los ojos unos instantes, hecho que le ayuda a recobrar parte de la fuerza que hacía unos instantes parecía haberse esfumado como por arte de magia.

CAPÍTULO 29

El inspector Castillo conduce por la estrecha carretera comarcal hasta llegar a un desvío donde indica el acceso al parque natural de “Els Ports”.

No muy lejos de allí, Daniela recordaba el merendero donde solían pasar el día de picnic. Su madre y ella, solían pasear por sus alrededores mientras Martín y Luis se adentraban por la montaña en una corta excursión que el pequeño de la familia solía recordar con el cariño de un escalador que ha coronado el Everest.

—Un poco más adelante para. Hay una zona recreativa donde puedes aparcar, cuando era una cría, solíamos venir, siempre y cuando Luis no desapareciera por quien sabe qué problema surgido en el bar. Siempre le surgía un imprevisto y acababa arruinándonos el día.

—Sí, ya he visto que en los escritos menciona en diversas ocasiones algo de un bar, el... ¿cómo se llama?

—El Ibérico, un bar de carretera entre Benicarló y Tortosa.

Se adentraron con el coche hasta un punto donde a mano izquierda había una gran explanada llena de mesas de madera con sus correspondientes bancadas.

Entre pinos mediterráneos, protegiendo a la sombra del calor de la zona, unos paellers, separados por pilas de ladrillo, se alzan esperando a que unos domingueros prendan una barbacoa.

—Podemos sentarnos allí, tenemos sombra —propone Daniela.

Bajan del vehículo, caminan por la senda que da acceso al merendero y sentados el uno frente al otro escudriñan aquel libro de cuero negro.

Entre sus hojas un sinfín de desagradables detalles podían leerse, era como si Luis, en aquellas páginas, espicara todo sentimiento de culpabilidad, a la vez, daba la ubicación exacta de aquellas desgraciadas víctimas, como si quisiera que no quedaran olvidadas en olvido del tiempo.

Daniela no es capaz de continuar leyendo, la imagen de su padrastro se encuentra completamente distorsionada en relación con la que ella había construido a lo largo de tantos años. De un hombre bueno que se había hecho cargo de una familia a un hombre siniestro bajo las órdenes y servicio de un clandestino clan de perversión y maldad.

—Dios mío, Luis estaba atormentado por todo lo que vivió, pero ¿por qué no hacía nada por evitarlo?

—Daniela, a veces, las personas, por el simple hecho de estar en el momento equivocado y el lugar equivocado se meten en una espiral de dolor y sufrimiento quedando atrapadas en un bucle tenebroso del que son incapaces de salir. Unos por no tener el valor suficiente de enfrentarse a ello, otros por no saber gestionarlo, pero lo cierto es que, en todos los casos, acaban destrozando sus vidas. Lo he visto cientos de veces en mi trabajo.

Daniela, entristecida por la farsa de familia con la que había crecido, se arma de valor, se alza sobre aquella mesa de madera de pino, y con una voz firme dice...

—Vámonos, mi hermano nos espera, si esos depravados asesinos buscan este libro, démosle lo que buscan, pero no sin antes hacer justicia.

—¿A qué te refieres?

Saca diversas fotografías del diario, tan solo un fragmento donde Luis narraba el momento en que parte del clan de las mariposas debatía sobre los cuerpos inertes de dos niñas y una Elena que Daniela recordaba con cariño y que un día desapareció de su vida sin dejar rastro. Un

fragmento donde narraba una conversación entre Alfonso y Fernando sobre el lugar idóneo para ocultar sus cuerpos.

—Con esto tenemos suficiente.

Ramón, sin comprender lo que Daniela lleva en mente...

—No sé qué pretendes, pero he de reconocer que me encantas.

Daniela al escuchar aquella confesión no es capaz evitar sentirse alagada, atraída por aquella voz masculina y solitaria pero que emana una sensibilidad hasta el momento no mostrada.

Inclina su cabeza acercándose al inspector de manera peligrosa, está generando tensión, ella lo sabe, una tensión de la cual Ramón solo supo salir airoso besándola en aquellos labios carnosos que pedían a gritos un poco de amor.

—Lo siento —se disculpa Ramón —no sé que me ha pasado.

Daniela, sin medir palabra, se abalanza sobre él fundiéndose en un pasional beso cargado de una sensualidad que pronto fue interrumpida tras golpearles una pelota.

—Disculpen —se escucha la voz de un niño, el hijo de unos campistas que han acudido al lugar con la pretensión de hacer una carnívora barbacoa.

Ambos se miran a la cara y con una sonrisa de complicidad echan a reír ante el rostro desconcertado del pequeño de 6 años que se disculpaba ruborizado ante ellos.

Daniela nunca había tenido una relación seria, quizás, involucrada en sus estudios, en su carrera profesional nunca había tenido tiempo para esas cosas.

Su primer beso fue cuando tenía 17 años, en un campamento de verano, allí se enamoró de un chico que le rompió el corazón tras la vuelta a casa.

Promesas y castillos en el aire quedaron en el campamento de verano con un sufrimiento emocional que quizás intentó racionalizar y entender estudiando psicología en los años venideros.

Ese día juró no volver a caer en amoríos, y no por falta de ocasiones, pero encerrada en su mundo de libros y pensamientos escritos, no había sentido la necesidad de estar con alguien para sentirse feliz, pero Ramón había conseguido tambalear todos sus pilares y muros prefabricados atravesando todos ellos.

Desde el primer instante que lo vio, algo sin sentido le atraía, y no por ser el estereotipo de tío bueno inteligente con look de aventurero, algo intangible le permitía tener una conexión que no había tenido con nadie más.

Ramón, por su parte, tras el divorcio se había convertido en un hombre que evitaba las relaciones, no estaba hecho para la convivencia, así que su regla de oro había sido rota aquella mañana “no te liarás con una tía con la que lleves más de 12 horas hablando, y si no sabes nada de su vida, mejor”.

Ruborizados por lo ocurrido deciden emprender el viaje rumbo a Barcelona.

CAPÍTULO 30

Belmonte, está preocupado por como se estaban desarrollando los acontecimientos. Conoce bien a Fernando, una persona exigente consigo misma y aun más con los demás, pero que ante las presiones de grupo siempre acaba dudando en la toma de decisiones. A veces se pregunta como había conseguido mantenerse como director general durante tantos años, aun siendo el heredero del fundador de la mayor empresa de telecomunicaciones de España, los accionistas tenían que proponer una candidatura cada 6 años según sus estatutos ¿acaso nadie ve que es un incompetente?

Sin duda, el trabajo de Alfonso había dado resultado, pero ahora debían de caminar sin él, y Fernando, no parecía su mejor sucesor.

Tras aquellas reflexiones una llamada de Pascual suena a través del ordenador que todavía sigue encendido tras la reunión.

—Hola Belmonte.

—Dime Pascual ¿todo bien?

—No, y tú al igual que yo lo sabes. Fernando es un patán, va a llevarnos a la ruina en su obsesión por vengar a Alfonso.

Belmonte, que no quería reconocer que compartía los mismos pensamientos, asiente mientras escucha con especial atención la videoconferencia.

—Hay que detenerlo y acabar con esta locura, durante años hemos escalado hasta lo más alto, hemos chantajeado a todas las clases sociales, tenemos contacto en prácticamente todos los sectores políticos y económicos ¿hasta cuándo vamos a seguir?

Sus palabras hicieron replantear la postura de Belmonte, que tras un silencio eterno para su interlocutor responde...

—Pascual, sabes que hicimos un juramento, y Alfonso se encargó de perpetuarlo, si uno de nosotros cayera, si uno de nosotros mostrara uno de los videos que guardamos, el resto caería causando un efecto dominó sin precedentes.

Con los años, me he arrepentido de muchas cosas, cosas que no puedo cambiar, cosas que están enterradas en el pasado y que es mejor que sigan ahí, bajo el olvido de la tierra arenosa de un país que crece ignorante y ajeno a su parte más siniestra y oscura.

—Belmonte por Dios santo —exclama Pascual exacerbado por el cariz de la conversación.

—Fernando jamás permitirá que el clan de las mariposas desaparezca ¿acaso no ves que busca nuevos sucesores que lo mantengan vivo? —pregunta alterado Belmonte en un intento de que Pascual entre en razón.

—Maldita sea, tú eres su mejor amigo, tú eres el mejor posicionado de todos nosotros para parar todo este sin sentido.

—Aunque quisiera, sabes que no puedo. Revelar ciertos secretos podrían generar una inestabilidad en el país de la que no me puedo responsabilizar, la monarquía entera caería conmigo ¿comprendes por qué no puedo?

—Ya no aguanto más con esto.

Tras la última frase sentenciadora, Pascual cierra la pantalla del ordenador con un manotazo al mismo tiempo que alza la cabeza hacia el techo de su despacho. Respira hondo en un intento fallido de aliviar la tensión, abre el cajón superior de su escritorio, cerrado bajo llave, y saca una pequeña pistola de corto alcance.

Como si estuviera hipnotizado ante la nobleza de aquel artefacto fabricado en acero fundido, busca las coordenadas de la central térmica que había comentado Fernando hacía tan solo unos instantes y envía un mensaje con la ubicación exacta al inspector Castillo.

Una lucha interna se abre paso sobre lo que es o no correcto. Ganando la batalla la sed de venganza, revela el nombre completo de Fernando confiando en que sus dotes como policía harán el resto.

Tras las líneas que caben en un SMS, Pascual empuña la diminuta arma, coloca el cañón bajo el mentol, apunta hacia la parte superior del cráneo, entre el Occipital y el Parietal, asegurando así una rápida e indolora muerte que expiará sus pecados y así le libere de su pesada carga. Año tras año había arrastrado la culpabilidad de la muerte de Elena, ya no podía más, el dolor, la culpa lo asfixiaban sin remedio.

Un destello acompañado de un estruendo alertó al guardia de seguridad que, como cada mañana, antes de que comenzara el turno de mañanas, hacía la última ronda de la jornada.

—Oh Dios, el director de enfermería se ha suicidado, Alfa 03 para Alfa 01 —daba así la desagradable noticia al jefe de seguridad, con una radio y palabras entrecortadas debido a las paredes plomadas que impedían traspasar las ondas a través de ellas, impidiendo así, escuchar con claridad la totalidad del mensaje.

CAPÍTULO 31

El inspector Castillo conducía dirección Barcelona mientras Daniela, en una postura de total confianza, descansaba apoyada sobre su hombro con los pies extendidos por el salpicadero, una actitud que ya no le parecía tan dantesca y que no se había atrevido a criticar con anterioridad dadas las circunstancias por las que estaba pasando la muchacha.

La sensación de ir subido a una nube era algo que había leído y visto en películas romanticonas, nunca hubiera imaginado que la realidad superaría con creces la ficción.

A pesar del trance vivido y todo lo que le quedaba por pasar, una sensación de calma y confianza le abordaba. Tan solo una cosa quebrantaría tal estado y como quien no quiere la cosa, la mente en un acto de revisión de conciencia, lo traslada a la llamada que tuvo el día anterior por parte de Fernando, un extraño individuo que le ofrecía un trabajo, un intercambio a cambio de muy poco. No era la primera vez que un delincuente de los de alta alcurnia intentan sobornar a un policía, pero ¿cómo sabía cuán de importante era ese caso para él?

El trato era sencillo <<tu me das a la chica, yo te doy lo que más ansías, la verdad sobre el caso de las chicas de la fosa, más una cuantiosa cifra de dinero que te permitirá vivir el resto de su vida alejado de toda esta mierda>>.

La oferta parecía tentadora, su caso, todo por lo que había trabajado, se prestaba a ser resuelto a cambio de llevar a una joven hasta Barcelona, una vez allí, recibiría las instrucciones del intercambio.

Al principio la respuesta fue instintiva, un no rotundo ¿quién se había pensado ese loco que era yo? el inspector Castillo jamás se ha vendido. Pero un segundo, tal vez menos, una pequeña voz se escuchaba en su interior como si del mismísimo diablo se tratara ¿de verdad no entregarías a la joven y te olvidarías de todo empezando de cero en un país asiático? ¿no te das cuenta que todos te han dado la espalda?

En la oficina había sido forzado a tomarse unas vacaciones, su compañero, el único en toda la comisaría que le respetaba tras el accidente del teniente Carlos en una desastrosa operación diseñada y llevada a cabo por él, le había puesto en el punto de mira del resto de compañeros.

No era su mejor momento, ni laboral, ni personal.

Ese instante de duda, de debilidad, de ganas de mandar todo a tomar por culo, le producía un sentimiento de enorme rechazo, le hacía sentirse como un ser deleznable y cargar con esa culpa solo tenía un camino hacia la expiación.

Poco después, la llamada de aquel muchacho asustado, que en el hospital un estúpido cargo directivo del centro había puesto toda clase de trabas a su interrogatorio, le hizo atar cabos. Daniela, la muchacha del intercambio era la hermana de aquel joven que pedía auxilio a gritos escondido tras una voz firme y decidida que se esforzaba por no parecer desesperado.

Durante un instante aparta la mirada de la carretera para mirar aquel rostro cálido que había caído rendida tras los dos días de viaje, contemplar tal belleza le producía una extraña sensación de paz, de bienestar.

El sentimiento de culpabilidad le embargaba por haber dudado ante la propuesta telefónica de aquel desconocido prepotente. Tan solo fue un segundo de fragilidad, nunca le había pasado nada igual, pero cuando una persona recibe un hachazo tras otro, cuando uno está harto de todo, llega un momento en que ya no sabe ni qué es lo que está bien ni que es lo que está mal y eso es lo

que le pasaba al inspector Castillo en aquellos momentos de debilidad.

La única manera de enmendar la condena de su conciencia era expiar su falta, con la vida si era necesario, un sentimiento que se vio acrecentado tras fundirse bajo la agradable sombra de un pinar en aquel beso interrumpido por la inocencia de un niño jugando a la pelota.

Un volantazo hizo serpentear el coche en un zigzag peligroso, con la velocidad a la que conducía, en cualquier otro vehículo, hubiera dado la vuelta de campana, pero gracias al ancho eje de las ruedas del deportivo rojo y algo de destreza por parte del piloto, enderezó la dirección volviendo a tomar el control del bólido.

—¡Ramón! —grita Daniela incorporándose con el corazón en la boca.

—Disculpa Daniela, no quería asustarte, me despisté un instante viendo como dormías.

—¿Te parece normal conducir así? dos puntos menos por hablar con el móvil y otros dos por este volantazo, más otros cuatro, siendo benévola, por la cantidad de veces que has excedido hoy los límites de velocidad creo que no te dejan en una situación ventajosa ¿no crees?

—Y si cuando termine todo esto te recompensó con una cena romántica y una noche de hotel con vistas al mar mientras me convierto en tu esclavo sexual... upss, no quería decir esto último, porque lo he dicho ¿verdad?

Daniela no evita reír tras aquel comentario alargando el brazo para acariciar su nuca, masajeando un cuello en tensión por las horas de conducción que comienzan a pesar.

—Debes estar cansado ¿paramos en la próxima vía de servicio y tomamos un café?

—¿Café, estás loca? Casi nos mata un sicario ¿y quieres una dosis de cafeína?

—Bueno, pensé que estarías cansado, se te ve la vista agotada.

—Estaba bromeando, además, quiero inspeccionar en el Google Maps la zona hacia donde nos dirigimos.

Paran en una gasolinera que, a juzgar por su aspecto, no disfruta de la clientela deseada por su dueño. Al parecer, ha hecho una importante inversión en adaptar la tienda de su interior en una especie de cafetería con autoservicio abocada al fracaso tras la apertura de aquel mastodonte de las franquicias, muy de moda a lo largo de la autovía del Mediterráneo, que se había alzado a escasos 300 metros de la gasolinera. Los justos, ni uno más ni uno menos para que la ley permitiera tal aberración.

—¿Por qué no vamos al otro? —pregunta Daniela en referencia a la franquicia con un cartel luminoso a su entrada que atraía la atención de todo viajero.

—Aquí estaremos mejor, más intimidad nos dejará diseñar mejor la estrategia —responde Ramón intentando ocultar su aversión hacia las grandes marcas en decremento de la pequeña y mediana empresa.

Sentados sobre unos incómodos taburetes toman un café, más bien parece aguachirri, su insípido aroma y color aguado no lo hacen muy apetecible. Hace horas que no toman nada sólido, por lo que, acercándose al mostrador, Ramón coge unos donuts que parecen llevar meses esperándolo. Al primer bocado no puede evitar ser crítico con el dueño de la estación ¿cómo quiere atraer a la clientela si solo vende mierdas? Y volviendo a la pequeña pantalla de su móvil comienza a diseñar una estrategia para el rescate a Martín.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —pregunta Daniela sin saber por dónde empezar.

—De momento iniciaremos la negociación —dice Ramón mientras pide una de las fotografías hechas por Daniela de un fragmento del diario.

Tras recibir la fotografía, busca entre los últimos mensajes recibidos y adjunta el archivo al número desconocido con el cual le habían contactado.

—Esperemos que la localización de nuestro misterioso amigo sea correcta. Empieza el

juego, vamos a ponerlos nerviosos.

CAPÍTULO 32

Martin, aturdido por una situación que no acaba de comprender, medita aliviado tras unos minutos de tregua por parte de su captor.

El gran foco que iluminaba desde la parte superior se apagó dando una tregua a la tensión de unas pupilas dilatadas debido a los diversos golpes recibidos.

Está agotado, sin fuerzas para intentar si quiera escapar. La herida de la pierna se ha abierto, dejando un pequeño hilo de sangre abriéndose paso hacia el suelo en un continuo goteo.

La luz natural que entra por las claraboyas del edificio aun hacía el lugar más siniestro si cabe.

Marcial, retirado de aquella sala principal en lo que hace años sería el despacho de algún capataz, un habitáculo separado por lo que quedaba de una cristalera, habla por teléfono.

—Padre, el rastreador dice que están parados en un área de servicio, a apenas 100 kilómetros de aquí, llevan ya un rato sin moverse.

—Tranquilo, tengo el helicóptero preparado, en una hora y media estaré allí. Una vez lleguen a Barcelona se pondrán en contacto con nosotros en busca de un trato para liberar al muchacho, tú límitate a ganar tiempo, y sobre todo mantén a Martin en las mejores condiciones posibles.

Finalizada la conversación, un chófer esperaba a Fernando tras la reja de la mansión del barrio de Salamanca, preparado para llevarlo a su andén privado del aeropuerto.

En cuanto el conductor ve asomar a Fernando, lanza la colilla que fumaba tan lejos como puede, el jefe odia que sus empleados se permitieran ciertas licencias que, a su juicio, no son propias del servicio.

—Señor...—saludó el chófer cediendo el asiento trasero de un Audi A6, el vehículo oficial de los altos cargos directivos de la empresa.

—Oliveiro, necesito ir lo más rápido posible al aeropuerto.

—Por supuesto señor.

Mientras tanto, Fernando se dispuso a organizar un viaje urgente pagando un sucumento extra al piloto que estaba de guardia aquel día.

Martin se encuentra sediento, sin esperar compasión por parte de aquel animal que lo había golpeado una y otra vez pide un vaso de agua.

Para su sorpresa, tras aquellos sollozos reclamando piedad, aparece Marcial ofreciéndole un trago de agua embotellada.

Observa que atado se atragantaba, por lo que, siguiendo las pautas de su padre, lo desata aflojando la cuerda que sujetaba sus brazos a la parte trasera de la silla.

Este acto de benevolencia hace pensar a Martin que quizás se ha establecido un vínculo secuestrador-víctima, que le facilitará a partir de ese momento su estancia como secuestrado.

Algo parecía haber cambiado << ¿tendrá alma este delincuente?>>.

Aliviado por la movilidad de sus brazos cogió la botella y alzándola, bebe como el que encuentra agua en el desierto <<jamás un trago de agua me ha estado tan bueno>> piensa a cada trago. Está sediento.

Al otro lado, en el centro de la Península, Fernando llegaba a su andén, el piloto lo esperaba con aspecto agradecido, no todos los días le pagan a uno un extra por preparar un vuelo de manera tan acelerada.

Ya subido en la cabina, se coloca los cascos de vuelo. No eran más que unos auriculares aislantes del ruido externo producido por la fuerza que ejercía el movimiento de las hélices, unidos a un micrófono, cuya función era la única para la que habían sido diseñado, la comunicación entre los diferentes miembros de la cabina.

—¿Todo bien señor?

—Sí, adelante, dese prisa por favor.

En cuestión de segundos se alzaba sobre los cielos del aeropuerto a la espera de obtener la altura necesaria para poder salir de la zona de despegue.

Una señal lumínica desde la torre de control da vía libre al helicóptero saliendo del punto de partida a toda velocidad.

Fernando, asomado por la ventanilla del aparato, observa la ciudad de Madrid, siempre que vuela no puede evitar pensar en esa sensación proporcionada por la ventajosa altura. Debía ser algo similar a lo que sentía Dios desde los cielos, si es que existía.

La capital parecía una maqueta de juguete con vida propia, las casas, diminutas figuras ordenadas por una simetría matemática, los coches, parecidos a con los que juegan los niños en un scalextric, se movían de un lado a otro, la gente paseando por los verdes parques llenos de color que, desde abajo con total seguridad, no encontraría camuflados entre el gris del hormigón y el color terracota de los ladrillos.

Un escenario que, visto desde las alturas parece idílico, se contraponía a todo sufrimiento y problemas que cada persona vivía en su micromundo personal de ahí abajo.

Una vez se alejaron lo suficiente como para no disfrutar ensimismado en sus pensamientos al observar aquella visión, saca su teléfono móvil, vuelve a leer el último mensaje enviado por el inspector Castillo y piensa en una respuesta que le devuelva una ventaja dominante.

“Señor Castillo, me equivoqué con usted. Dados los últimos acontecimientos, doy por hecho que ha elegido un camino diferente al nuestro. Marcial, en cambio ha demostrado una astucia y fidelidad que sin duda lo catapultará en una carrera brillante.

Lamento su desacertada decisión y esperamos algún hecho de buena voluntad por su parte en querer zanjar este asunto”.

CAPÍTULO 33

Todavía en la cafetería de aquel híbrido entre tienda de gasolinera y autoservicio de comida rápida, un coche destartado aparca frente a ellos.

Al principio todo entraba dentro de la normalidad, un vehículo que se detiene con la intención de repostar o para que su conductor estire las piernas mientras toma un tentempié. Es algo dentro de la normalidad, algo que entra en la planificación de cualquier viaje de carretera, pero que aquel individuo, sentado frente al volante, se quedara ante la cristalera sin intención de bajar del coche, llamaba la atención de una persona entrenada y preparada para situaciones inverosímiles.

Ramón no quita ojo al coche mientras continuaba desgranando el plan con Daniela, la mejor defensa se suele decir que es un ataque, pero Ramón, después de años de servicio, había aprendido que el efecto sorpresa era el mayor aliado de toda ofensiva.

El mayor problema que se le planteaba en toda esta historia era decirle la verdad mirándola a los ojos, decirle que recibió una llamada ofreciéndole un trato, una oferta, una locura que cualquier buena persona no hubiera dudado ni un instante en rechazar.

Avergonzado por aquel segundo de fragilidad, dejó de prestar atención al vehículo aparcado en el exterior para contarle toda la verdad, sincerarse mirándola a los ojos, no era tarea fácil.

—Daniela, ayer, el individuo que tiene retenido a tu hermano, me ofreció entregarte a cambio de una recompensa. No sabía de que iba todo este asunto, ni tan siquiera sabía que eras la hermana de Martín. En ocasiones, recibimos llamadas de desconocidos sobornándonos con cantidades astronómicas de dinero con la intención de olvidar un caso, perder una pista o incluso entregar un chivato para un ajuste de cuentas de las mafias. Al principio no le di importancia, pensé que estarías relacionada con el operativo cerrado la noche anterior, no sé, una antigua novia del cerdo que atrapamos o quien sabe Dios, el caso es que sin saber por qué me eligieron a mí, durante un instante me planteé en responder al mensaje, pero de pronto, la llamada de auxilio de tu hermano lo cambió todo y enlacé historias, convirtiéndote en un valioso activo si quería esclarecer el caso de mi vida.

—¿Ibas a aceptar el trato?

—No, pero me pilló en un momento de flaqueza, cansado del cuerpo, harto de todo. Jamás lo hubiera hecho, pero créeme, me ha costado perdonarme el hecho de haber dudado.

—¿Lo hiciste?

Ramón, sorprendido por la respuesta ante la confesión realizada, no supo qué contestar.

—Quiero decir que es lícito dudar, no somos robots que podemos discernir del bien y el mal sin su correspondiente análisis, tus dudas o, mejor dicho, tu duda, tan solo fue parte de ese proceso analítico de nuestra compleja mente, se te planteó algo que llevas años deseando, entremezclándose con una situación personal, que por lo que veo...no es tu mejor momento, y la respuesta de tu psiquis fue un dilema que supiste solventar.

No tengo nada que perdonar Ramón, tan solo agradecer que acudieras a aquel hotel de Madrid con intención de cumplir la petición de mi hermano.

Mientras decía aquellas palabras, Daniela acariciaba las manos de Ramón, un Ramón tembloroso ante una confesión que avergonzaba todo su ser.

De repente, cientos de cristales saltan por los aires, por fortuna el vidrio laminado evita

una sangría, al menos, el dueño en este sentido no había escatimado en material, piensa Ramón sin comprender lo que está sucediendo.

Desconcertados, ante aquella lluvia de pequeños cristales rotos, se tiran al suelo buscando la protección que ofrecía la mesa donde minutos antes tomaban un donut bañado en café.

Asoma Ramón la cabeza buscando el origen de tan espantoso golpe, cuando vio encenderse el reflejo de una llamarada desde el interior del coche aparcado frente a ellos. Al mismo tiempo, un ruido seco, fruto de una detonación, produce un movimiento inconsciente forzando a agachar la cabeza en un intento de ponerse a cubierto, el instinto de supervivencia se ha activado.

Ramón no da crédito ¿cómo había llegado hasta ahí el maltrecho herido de Khaled?

Khaled baja del vehículo, a cada paso, un disparo abre camino hacia la gasolinera permitiendo acercarse a sus objetivos que, escondidos bajo una mesa del local, aguardan su fatal destino.

Quizás tengan una oportunidad, el momento en que su atacante vacíe el cargador les proporcionará el margen suficiente para que puedan salir de su escondite y ponerse a salvo.

En otras circunstancias, Ramón no se hubiera separado de su arma, guardada con recelo en la guantera de su Porsche, pero en esos momentos, sentirse a salvo hizo que cometiera el mayor despiste de su vida, bajar la guardia.

El inspector mira su coche, piensa en la guantera, no puede llegar a ella.

Khaled avanza con paso decidido, el ángulo de tiro es el adecuado.

Ramón y Daniela, acorralados bajo aquella diminuta mesa no ven posibilidad de escapar.

De repente, el dueño del local aparece en escena disparando un viejo rifle de caza que guardaba bajo llave a la espera de ser requerida para el cometido para el que fue creado, matar.

El disparo rozó a Khaled, la vieja escopeta lanzó cientos de pequeños balines de plomo que, a pesar de no estar calibrada, impactaron sin el éxito deseado sobre el cuerpo de Khaled.

Sin dudarle, con la frente ensangrentada por aquellas diminutas bolitas, descarga el cargador sobre el cuerpo envejecido del gasolinero cayendo al suelo con la mirada fijada en su asesino. Sus ojos, concedores del desenlace final, se intercambian con los del inspector Castillo que no puede evitar culparse ante su despiste.

Ahora o nunca, debe de pensar Ramón cuando con toda su fuerza se abalanza sobre el estilizado cuerpo de Khaled.

Forcejean golpeando con todo lo que hay a su alrededor.

Daniela, atemorizada intenta controlar sus emociones evitando cualquier tipo de distracción, retrocediendo, paso a paso, buscando ponerse a salvo cuando un extintor chocó contra su espalda.

Como si se iluminara una bombilla en su cerebro, una luz de esperanza se enciende ante ella, una oportunidad que no duda en aprovechar.

Lo coge y se acerca hacia ellos que, rodando por el suelo, mantienen su encarnizada lucha de vida a muerte.

Khaled, sacando una fuerza inhumana consigue zafarse de un empujón. Se coloca con una habilidad sorprendente sobre su atacante, inmovilizando su cuerpo con su propio peso.

Sus fuertes brazos golpean sobre la cara de un Ramón que da la lucha por vencida.

Khaled se incorpora, coloca la rodilla sobre el cuello de su oponente provocando una asfixia que no tardaría en dejarlo inconsciente, y lo que es peor, si no consigue liberarse, su última imagen sería la de un tipo grueso, tendido sobre el suelo de una gasolinera de carretera, con un cargador vaciado sobre su pecho y una mirada perdida que parece recriminarle lo ocurrido “es

culpa tuya, tú debías protegernos”.

Cuando ya todo parecía estar perdido, un extintor golpea el cráneo de Khaled produciendo un sonido escalofriante, Ramón, con el rostro todavía sangrante coge uno de los lápices que ruedan por el suelo y con toda su fuerza lo introduce en la yugular de su agresor.

La sangre sale a borbotones, Khaled intenta taponar la fatídica herida sin éxito y cae a tierra sin oportunidad de escapar. La muerte ha llamado a su puerta y esta vez la guadaña se ha cebado en él como protagonista, su hora ha llegado.

—Definitivamente hoy no es mi día, este tipo ha estado a punto de matarme dos veces.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí?

En ese momento cayeron en la cuenta que uno de los dos móviles debía de estar intervenido por algún tipo de virus que facilitaba su geolocalización en todo momento.

—¿Cuánto nos queda para llegar a las coordenadas? —preguntó Daniela.

—Según el GPS una hora, si le aprieto...quizás menos.

—Rápido, déjame el teléfono.

Y con un breve discurso Daniela inicia una grabación inculcando con nombre y apellidos al clan de las mariposas del horrible crimen de la fosa ocurrido hacía más de 20 años.

Como prueba de ello, un primer plano aparece enfocando la localización exacta del enterramiento y el lugar donde se cometieron los atroces crímenes.

A pesar de los años, con la tecnología actual y un poco de ganas, sabían que podrían reabrir el caso y verificar el testimonio ofrecido sumando pistas que, en su día, pasaron desapercibidas a los ojos de los investigadores.

Las redes sociales se encargarían del resto. De no pararse la subida del archivo, miles, millones de cibernautas de todo el mundo se harían eco de una justicia social que no existía y que no dudarían en reclamar, siempre lo hacen, siempre se ha hecho.

Tras la grabación, dejan los dos móviles en tierra, el culo del extintor cae con fuerza sobre los teléfonos dejando esparcido por los suelos restos de pantalla y un montón de chips que debían formar parte de la placa base, el cerebro de los Smartphones.

Están hecho añicos, ahora no pueden localizarlos, son invisibles, pero saben que también están solos.

Daniela preocupada por el pobre vecino que les había ayudado pregunta a Ramón;

—¿Crees que Andreu estará vivo?

Ramón, consciente de que en esta partida de ajedrez no vale seguir las normas, no tiene intención de responder lo que en realidad pensaba, evita la respuesta...

—Tenemos que darnos prisa, no podemos perder el factor sorpresa.

CAPÍTULO 34

—¿Tiene las pruebas?

—Sí señor, me ha costado hacerme con ellas, el departamento no ha quedado muy convencido.

—Usted es un gran patriota, este acto, esta labor realizada por su país será recompensada, no tenga la menor duda.

—Ilustrísima, sabe que por la unidad de España haría cualquier cosa, para mí es un placer y un deber.

Tras la llamada telefónica, vuelve al despacho cedido por los Mossos, e intenta poner algo de orden ante unos papeles que parecen desbordar su escritorio. Lee con esmero el expediente del inspector Castillo y solicita una unidad de asalto. El plan está en marcha, la suerte echada.

Martin sigue sentado sobre la incómoda silla. No sabe cuantas horas lleva en la misma postura, sus piernas entumecidas por la falta de movimiento, sus brazos agotados tras intentar deshacer los nudos sin éxito, su mirada fatigada ante el haz de luz cegador de aquella sala oscura, le pone en una difícil situación, sin duda, las posibilidades de escapar son ínfimas en aquel deplorable estado, es consciente, se hunde...

Rendido y sin esperanza de salir con vida de allí escucha el ruido de un helicóptero cercano, tan próximo que parece estar aterrizando sobre la misma azotea.

Piensa que son los cuerpos y fuerzas de seguridad que, alertados por alguna pista, por algún error de su captor, han dado con su escondite.

Marcial camina en un sentido y el otro de la sala, al igual que haría un tigre enjaulado deseoso de salir de su prisión. Aquello le da fuerzas para creer que no aguantaría la presión y acabaría soltándolo, escapando del lugar y poniendo una distancia de por medio suficiente como para no volver a coincidir con él el resto de sus vidas.

Se vuelve a escuchar el helicóptero, se aleja ¿qué sucede? Se pregunta.

La decepción es tal que al ver un nuevo individuo entrando en escena, se derrumba sumido en el silencio de una víctima que ha aceptado su destino.

La edad, el impoluto traje, la manera de gesticular apuntan a que es un importante hombre de negocios. Por lo que ve, Marcial parece tener un respeto encomiable, impropio de un salvaje que lo ha torturado en busca de una respuesta, que ni víctima ni verdugo conocían.

Intenta escuchar la conversación sin éxito, pero algo le dice que no estaban saliendo las cosas como habían sido planeadas.

Marcial sale de aquella habitación y golpea unas antiguas latas de refresco abandonas, la ira es patente, necesita descargar una tensión que alivia con una patada.

—Por favor... —dijo Martin intentando llamar la atención de Marcial —por favor, suéltame, prometo no decir nada.

—¿Soltarte? —respondió en forma de pregunta mientras de acerca hacia él.

—Mira, puedes desapretar las cuerdas, aprovecharé cualquier descuido, jamás podrá culparte de mi huida.

Martin es consciente del respeto y presión de Marcial hacia ese individuo de traje de marca. Si consigue hacerlo dudar en un plan venido abajo, quizás pudiera aprovechar la flaqueza que denota sus gestos y su impotencia.

—¡Cállate desgraciado! —y propina otro golpe sobre el rostro de Martin.

En ese momento, con semblante serio sabe de que no hay escapatoria y sumido en un mar de preguntas sin respuestas, adopta una postura firme incorporándose lo más recto posible, con cabeza alta y preparado para seguir en aquel sinsentido hasta que las fuerzas le fallaran.

Fernando se acerca hacia Martin, que por más que intenta reconocer el rostro, el contraste de luz del techo con la oscuridad de la sala le impide visionar.

—Muchacho, esta fotografía... ¿de dónde la has sacado?

—Señor, esa foto estaba en el estudio de Luis.

—¿Y qué buscabas?

—Cuando el inspector Castillo apareció por la puerta del hospital me reveló el nombre del hombre que intentó matarme. Alfonso, ese nombre me trasladó a unos recuerdos que mi cabeza necesitaba ordenar.

Mi padrastro, el hombre que se había casado con mi madre, el hombre que se había hecho cargo de mi, de mi hermana, cuando apenas éramos unos niños, no podía ser un asesino, tenía que haber una explicación y entonces la imagen de aquel rostro despreciable asomó entre mi retentiva sin yo apenas darme cuenta de ello.

Necesitaba buscar algo que corroborase esa asociación de imágenes que volaban sin control por mi cabeza.

—Entonces... ¿por qué llamaste por teléfono al inspector? ¿qué recordaste?

—Supe que tarde o temprano los hombres de la fotografía vendrían a por mí o a por mi hermana, recordé que Luis anotaba todo en un diario y que nuestros recuerdos podrían suponer un peligro.

Fernando mira a Marcial con la convicción de que el muchacho dice la verdad. Saben que es demasiado tarde para echar marcha atrás.

Se retiran apartados del lugar donde estaba Martin...

—Padre, no sabe nada.

—Pero su hermana sí, no podemos dejar cabos sueltos, juntos, serían capaces de descubrir el origen de todo.

Fernando cortó la conversación, sacó el móvil y mostro una grabación con un mensaje de texto que decía...

“Oh sueltas a mi hermano o este video llegará a la red sin que puedas hacer nada para pararlo, tú decides loco de mierda”.

En las imágenes se veía a la joven Daniela mostrando unos papeles, el audio estaba desactivado, pero podía descifrarse sin demasiado esfuerzo el contenido del mensaje.

La ira de Fernando iba en aumento, el clan esperaba recibir noticias contando los avances de la situación, una situación descontrolada con difícil desenlace.

—Padre ¿qué vamos a hacer?

—Lo que siempre debimos hacer, reunir a los hermanos y entonces.... pum, un disparo segador de vida sobre sus sesos.

Aturdidos por la tensión, deciden dejar a solas a Martin ¿a dónde iba a escapar herido y maniatado?

Una vez en el exterior, toman algo de aire fresco, todo lo fresco que se puede respirar en una gran urbe que, a pesar de estar a una prudencial distancia de la ciudad, la contaminación cae sobre ellos.

Marcial saca su dispositivo móvil, conecta la aplicación de seguimiento y su sorpresa...no

ver el punto rojo que durante horas había señalado con precisión el posicionamiento de su antiguo compañero, el inspector Castillo.

En ese preciso instante fue cuando supo que la situación se les había escapando de las manos.

El estúpido y torpe puertorriqueño no había sido capaz de cumplir su trato, y ahora, juegan con la ventaja de que eran invisibles ante los ojos de ellos sin que pudieran hacer nada por evitarlo.

¿Sabrían donde escondían a Martín? De ser así una nueva pregunta surgía ante la duda ¿quién les está ayudando?

CAPÍTULO 35

Nunca había sido un niño como los demás, desde muy pequeño tenía el don de dominar a la gente de su alrededor sin que ni tan siquiera fueran conscientes de su manipulación.

Su padre, durante la guerra, había mostrado unas dotes de mando propias de su alto rango militar, sus acciones despiadadas, conocidas con admiración por el bando nacional y temerosas en el bando republicano, no tardaron en captar la atención del Generalísimo.

Su despiadada crueldad ayudó a recuperar territorios que los rojos, como así los llamaba de manera despectiva, habían tomado en su avance por la Península. Era todo un héroe de guerra.

Tras el sinsentido de aquella deplorable lucha entre hermanos, el coronel Narbona obtuvo un marquesado, un título nobiliario como obsequio a sus servicios prestados y exclusiva dedicación en la reconstrucción de un país destrozado, un papel y un reconocimiento ante la alta sociedad que daría vía libre a su matrimonio con una de las grandes de España, la infanta Griselda.

Nunca supo si sus padres llegaron a casarse por amor o si fue una unión pactada, las muestras de cariño eran escasas en el domicilio familiar.

La monarquía necesitaba un impulso ante una sociedad devastada que clamaba a sus héroes y abucheaba a los traidores.

Narbona era la persona indicada si la Casa Real quería recobrar el esplendor de siglos pasados. La República había dejado en una maltrecha situación a tan honorable entidad para los nostálgicos que, en su empeño por instaurar un nuevo orden, verían con buenos ojos tal unión.

Tras la boda, cebrada en un secreto cantado a voces, no tardaron en tener descendencia, un hermoso varón fruto de aquel ficticio y convenenciero amor.

Así, Belmonte se convertiría en el segundo en la línea de sucesión.

Los monárquicos, es sus maquiavélicos planes por dominar el país, no dudaron en plantear un nuevo dilema, apoyar al heredero legítimo, descendiente de un rey que años atrás fue expulsado ante las presiones por parte de la sociedad o si dar un aire nuevo a la Corona con el joven y preparado hijo de la infanta Griselda, que para más inri era la hermana mayor del príncipe, la auténtica heredera al trono de no ser por esa ley, machista y anticuada de sucesión.

Era una época convulsa, con dos candidatos, se emprendería una simultánea carrera por la Corona de España, seguidores de unos contra incondicionales del otro.

La diferencia de edad no distaba en exceso ¿qué son cuatro años para un régimen que duraría más de treinta años?

Había tiempo para preparar a ambos, y sus partidarios inclinarían la balanza hacia un lado o hacia el otro según sucedieran los acontecimientos, lo que es lo mismo que decir según convenga.

Pasaban los días y con ellos los meses. Las estaciones se sucedían en plena armonía al igual que ambos varones crecían.

Los dos candidatos, sanos y fuertes, los dos, desde un principio mostraron grandes aptitudes para el puesto, pero había algo que inquietaba a los partidarios del más pequeño.

Desde sus inicios su gran inteligencia fue notoria, pero que el pequeño Belmonte dominara y consiguiera siempre salirse con la suya preocupaba a sus más allegados. Tenía una capacidad innata para manipular, siempre conseguía lo que quería creando una sólida base de mentiras que a medida que pasaba el tiempo más consistente se hacía en su maraña de enredos.

En ocasiones, sus tutores tuvieron serias dificultades para defender situaciones de las que eran acusados astutamente por el pequeño.

Si esa inteligencia, si ese don lo hubiera utilizado en favor de hacer el bien, de construir y aportar en lugar de deshacer y destruir, seguramente estaría sentado en el trono como jefe mayor del estado. Pero no fue así, su picaresca maldad crecía a medida que pasaban los años, con una habilidad de cinismo poco común en una persona de su corta edad.

Su educación fue estricta, pero ante la cantidad de problemas generados en el colegio mayor, donde habían estudiado generaciones de reyes, fue encomendado al hermano Emilio con la intención de enderezar al pequeño en el camino de la rectitud.

Emilio, un sacerdote versado en letras, aceptó la difícil tarea de dirigir un centro, convirtiéndose en el rector del que pronto sería referente del régimen en materia de la educación y reconducción de conflictos.

Todo un proyecto educacional con la intención de ganar puestos en una trastocada imagen internacional que se asfixiaba ante la prensa continental.

El país sufría un constante desprestigio por parte de las grandes potencias europeas, que al parecer se habían empeñado en instaurar un mundo abierto a la democracia y el progreso, siguiendo las directrices de los Estados Unidos de América en pro de los intereses del Caudillo.

Belmonte apenas tenía 7 años cuando sus padres, aconsejados por sus asesores tras el altercado con su primo el príncipe, se despedían de él en aquel viejo internado, apartado de la capital y de todo lo que hasta entonces conocía.

Bajó tímidamente del coche familiar, su madre, dándole la mano lo acompañó hasta la puerta, donde agachada a la altura de su cabeza se despedía con un profundo dolor mientras lo abrazaba.

Narbona, en cambio, frío y distante, como de costumbre, ni tan siquiera salió del vehículo, un simple ademán con la mano fue toda su despedida mientras tiraba el humo del cigarrillo a través de la ventanilla.

La escena no solo conmocionó al pequeño que, a pesar de su maldad, de la que no era consciente, tan solo era un niño consentido y malcriado.

El chófer que casi era de la familia, pues ya cuando nació el pequeño ya prestaba sus servicios a la casa, sintió una gran empatía por el pobre niño que lloraba sin cesar en un intento de frenar su internado. La escena conmovía a cualquiera que no lo conociese.

El padre Emilio, con una actitud magistral, se acercó al pequeño Belmonte tendiéndole la mano que su padre no había sido capaz de dignarse a dar.

El niño, no acostumbrado a un trato tan cercano accedió de buena gana, cogió la mano del rector y como el que asume su papel, se adentró entre los muros de piedra del internado maldiciendo en su interior a toda su familia.

CAPÍTULO 36

Daniela está contenta, una sensación de optimismo le hace sentirse confiada, por una vez en la partida, van un paso por delante, una confianza que les da fuerzas para seguir, a pesar de llevar 48 horas entre penurias y sin apenas descanso.

El Porsche rojo deja la C32 para adentrarse en la ciudad por el acceso este.

Desde la carretera que les conduciría a la plaça de les Drassanes, puede verse una curiosa montaña llena de lápidas con vistas al mar, una construcción extraña teniendo en cuenta lo poco que iban a disfrutar de aquellas esplendidas vistas sus huéspedes, piensa Ramón mientras sujeta el volante con firmeza.

Continuaron su camino adentrándose en una Barcelona repleta de turistas, a la derecha la gente paseaba por el puerto perdiéndose entre un pequeño mercadillo de antigüedades, a la izquierda una avalancha de turistas esperando el verde del semáforo para cruzar en dirección al puente elevadizo, y si te detenías lo suficiente para fijar bien la vista sobre la majestuosa estatua de Colón, decenas de guiris sentados sobre los leones guardianes, todos ellos a la espera de ser immortalizados con una cámara fotográfica.

—Me encanta esta ciudad —se pronuncia Daniela rompiendo el silencio que les invade desde hace ya un rato.

—Sí, es tan vanguardista... tan cosmopolita... tengo muy buenos recuerdos de cuando estudié aquí. Lástima que el turismo haya acabado con el encanto natural que poseía, hoy en día es una urbe casi inaccesible para la mayoría de mortales.

—¿Tan cara es?

—Oh sí, o más...

—Me entristece ver como ciudades tan hermosas pierden su esencia para convertirse en un parque temático de turistas. Cualquiera día podremos ver un documental en Netflix... así vivían los catalanes antes del gran éxodo urbano.

—Por fortuna Valencia no ha llegado a ese punto, todavía podemos sentarnos en la plaza del mercado central disfrutando de un café con algún autóctono octogenario hablando en su lengua materna.

—Pues habrá que disfrutarlo cuando todo esto acabe, porque al ritmo que crece la ciudad, no creo que acabe siendo una excepción.

Volviendo cada uno a sus pensamientos, continúan su trayecto a través de la ronda litoral, dejan atrás el puerto náutico disfrutando del hermoso contraste de colores de las diferentes embarcaciones amarradas a la espera de que sus dueños las liberen para dar un paseo por la costa.

—Cuando todo esto acabe alquilaremos una ¿te parece?

—Sería fantástico —responde Daniela sin mucho entusiasmo.

—¿Qué te sucede?

—¿Crees que saldrá todo bien?

—Por supuesto, no tengas la menor duda, hoy habrás podido comprobar que el inspector Castillo es inmortal —y echa a reír por la absurdidad de su comentario, cosa que causa el efecto esperado en la joven, que aprovecha las risas para liberarse de sus miedos y dudas.

Han llegado a las afueras de Barcelona, una zona limítrofe entre Badalona y la capital.

Ramón ha memorizado la ruta antes de dejar el móvil hecho añicos, recuerda haber visto un campo de fútbol antes de llegar a un solar por el cual accederían al recinto de la central térmica.

Había llegado la hora de la verdad, después del accidentado viaje, el destino se mostraba ante ellos.

Aparcó el coche tras dejar atrás el campo de fútbol, donde un equipo cadete disfrutaba de un partido que, a juzgar por la tensión de las gradas, debía ser la final de algún torneo.

Aparcados en el solar continuo al complejo deportivo, Ramón abrió con suma delicadeza la guantera, cogió el arma y verificó su estado en una puesta a punto, más propia de un ritual que de una revisión protocolaria.

<<Esta vez pequeña, no vas a fallarme>>.

Se miran a los ojos, la tensión es evidente, no hacen falta palabras para saber en qué piensan ambos.

—Daniela, antes de nada, quiero que sepas que hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir así.

La muchacha, a sabiendas de lo que quería decir, se hice la tonta esperando escuchar lo que sus oídos ansiaban, la frase no llega...

—Si algo fallara, recuerda, coge a tu hermano y huye lo más lejos posible de aquí, nunca mires atrás.

—No te preocupes, todo saldrá bien ¿acaso no estoy con el mejor inspector de país?

Aquellas palabras alivian la preocupación de Ramón que, atraído como cuando el efecto magnético de un imán atrae a su polo opuesto, la besa con dulzura inusitada.

Abren la puerta del vehículo, y dispuestos a lo que habían venido, se disponen a atravesar el descampado que se extendía ante ellos.

Llegaron a unos enormes generadores que, para su sorpresa, seguían en funcionamiento, a pesar del degradado estado de conservación del edificio principal.

Con sumo sigilo, escondiéndose a cada paso que avanzan, se encuentran ante la entrada principal. Una enorme puerta metálica les da la bienvenida.

El edificio es rectangular en su base, con tres grandes chimeneas que desafían los cielos con su altura.

Aquella imagen les hace sentir insignificantes ante un mastodonte de hormigón que seguramente sería visto desde diversos puntos de la ciudad condal.

Atraviesan el portón, no hay nadie en su interior, tan solo una sala de máquinas que de manera autónoma funciona a 1/3 de su capacidad.

A medida que se adentran a su interior, la oscuridad iba in crescendo dando un toque siniestro, perfecto para una película de terror.

Con el cuidado de no pisar escombros y que el eco de las pisadas resonara por toda la estancia, avanzan en su operación de rescate, conocedores de que, en cualquier momento, los despreciables causantes de toda esta situación saldrán a la luz.

Ramón ha estudiado, todo lo que Google Maps permite, la estructura externa del edificio mientras tomaba el desaborido café minutos antes de que Khaled les diera caza destrozando parte del local.

A vista de águila, parecía que la central se dividía en seis grandes habitáculos adosados a la megaestructura de chimeneas.

Martin podía estar en cualquier rincón, pero Ramón si de algo está seguro es que, si él fuera el secuestrador, hubiera buscado un lugar de difícil acceso y con mucho ruido, por lo que la

idea de que estuviera en una de las estancias principales se disipaba a medida que se adentraban en las diferentes salas.

—Aquí no está Daniela.

—Pero qué dices.

—Aquí podría entrar cualquiera, mira a tu alrededor, incluso hay botellas de Jack Daniels por los suelos, aquí viene la gente a hacer botellón.

Observando a su alrededor no pudo evitar rendirse ante la evidencia.

El desánimo es notable en su rostro.

—Daniela ¿recuerdas el video que te enseñé?

—Sí ¿por?

—Cuando lo visioné no caí, pero de fondo se escuchaba como el ruido continuo de unas turbinas, era leve, pero podía distinguirse entre...

—¡Mierda, están en las chimeneas!

CAPÍTULO 37

Los primeros días en el internado resultaron difíciles, Belmonte, acostumbrado a un ejército de complacientes asistentes tenía que enfrentarse a la soledad de aquella fría institución, allí era un niño más entre tantos otros.

Los sacerdotes nunca tuvieron un trato a favor por su condición de aristócrata, educado como uno más, con los mismos privilegios y las mismas obligaciones que sus compañeros, pasaba los días entre los fríos muros de piedra del centro.

No pasó mucho tiempo sin que el pequeño supiera ganarse al padre Emilio, que en sus ratos libres le permitía tomarse un tipo de licencias que con los demás no tenía.

Le prestaba libros de su biblioteca personal, le permitía pasar la tarde en su despacho frente a una pequeña chimenea que caldeaba la sala creando un ambiente hogareño de la que carecían los pabellones donde se alojaba el resto de alumnos.

Allí, sentado frente al fuego, solía escuchar historias de caballeros, fantasmas... cuentos populares. Al padre Emilio, conocedor de todo tipo de fábulas, le gustaba sentarse junto al pequeño y narrar historietas que, en su mayoría, eran libros que había leído en su infancia, las mil y una noche, los hermanos Grimm y otros tantos cuentos populares.

Quizás, de esta manera, el rector se sentía reconfortado con el pequeño, y Belmonte, a su vez conseguía el cariño del que había sido privado, el calor de una familia.

Esta relación simbiótica de afecto, no privó al pequeño de su instinto más innato, su capacidad de manipulación que, con la paciencia adecuada, le permitió tomar una posición realmente favorable facilitando su estancia en el centro.

Al inicio, siendo de los más pequeños sufrió el rechazo de cuantos alumnos había en el internado, todos ellos hijos de familias adineradas que, cansados tras los inútiles intentos por enderezarlos, los confiaron al internado como último recurso bajo la promesa de reconducir sus vidas en virtud del honor, el sacrificio y la oración.

Habían pasado tres años desde su llegada al centro, con diez años empezó a ser consciente de sus dotes manipuladoras, por lo que no tardó en rodearse de lo que el consideraba ovejas descarriadas, un grupo reducido de niños que no encajaban con el resto y que fácilmente utilizaba en su favor.

Sin ser el líder del grupo, supo hacerse un hueco de vital importancia, se podría decir que era todo un estratega. Si cometían alguna travesura, la privilegiada mente de Belmonte siempre estaba detrás, pero con su habilidad, siempre acababa distorsionando la realidad declinando su parte de culpa sobre los demás.

A los doce, tomó conciencia del por qué sus padres lo habían desterrado en aquella cárcel, privándole de todos los lujos que su condición de segundo en la línea de sucesión debería haberle asegurado.

Los partidarios de instaurar la monarquía, siguiendo muy de cerca a los dos candidatos, no tardaron en ver un problema en la capacidad de Belmonte, tuvieron claro que no sería fácil de dominar para sus propios intereses, por lo que tomaron la acertada decisión de alejarlo del trono internándolo en un lugar apartado de la civilización, donde creciera ajeno a la Corona y siempre observado de cerca por el padre Emilio, tutor que tenía encomendada la misión de sus cuidados.

Con trece años, iniciaría el complejo diseño de un grupo, que más adelante, le aseguraría el poder y el reconocimiento que sus detractores se habían empeñado en borrar, el clan de las

mariposas.

Alfonso apenas tenía dos años más que él, una personalidad realmente fascinante y compleja. Sus dotes de liderazgo eran innatos y eso llamó su atención desde los inicios.

A veces, Belmonte tenía serias dificultades para manejarlo, su inteligencia lo convertía en una difícil tarea que haría que se lo tomara en un reto personal.

Su punto débil, captado desde el primer día en que lo vio disfrutando mientras martirizaba a aquel pequeño conejo indefenso, le permitió canalizar su comportamiento agresivo en su propio beneficio. Por fin tenía claro como manejarlo.

Finalmente, el influjo de Belmonte sobre Alfonso fue el mismo que el de un lazarillo adiestrado por su amo sin que éste sea consciente de ello, había conseguido dominarlo.

Desde el inicio vio en él a la persona mística y extraña que necesitaba para iniciar su plan, convirtiéndolo en el líder fundador del clan. Todos ellos, herederos de grandes fortunas, formaron un grupo fuerte y sólido que se mantendría unido hasta nuestros días, siempre bajo la premisa de que, si uno caía, el resto iba detrás. Chantajes y sobornos no se hicieron esperar, asentando los cimientos de aquella sociedad secreta.

Quizás, su error fue dejar entrar a Pedro Luis en aquel círculo de poder, un don nadie sin nada que ofrecer que tan solo traería problemas más pronto que tarde, pero Alfonso se encaprichó de él.

Para ser malo, hay que nacer malo y Pedro Luis, solo era una marioneta sin la suficiente personalidad y coraje como para abandonar un lugar que no era el suyo.

Alfonso, disfrutaba humillando y dominando a un chiquillo asustadizo con poca autoestima. De manera curiosa, se engolosinó de él envolviéndolo en un rocambolesco plan que formaba parte del ritual de iniciación, hacerle creer haber matado al torpe de Andrés fue una obra de total genialidad, eso es algo que Belmonte supo reconocer.

A partir de ese momento, Pedro Luis no sería capaz de desvincularse, cosa que causaba un enorme placer en la sádica personalidad de Alfonso.

Suena el teléfono, al otro lado se escucha una voz sofocada por una interrumpida respiración.

Otro peón en toda esta historia que se suma a la partida.

—Khaled ha sido liberado, el individuo que lo custodiaba ha sido eliminado. Mis hombres están preparando el cuerpo, vía libre para el plan.

Sin esperar respuesta cuelga. Todo va como había planeado.

CAPÍTULO 38

Marcial siempre ha ansiado el cariño de su padre. Desde niño, se había esforzado por agradarle en una carrera continua por conseguir su aprobación.

Un sentimiento incapaz de controlar le conducía hacia una falta de seguridad en si mismo que tan solo superaba tras el beneplácito de su padre. Tal vez las burlas en el colegio sobre el abandono de su madre habían hecho mella en su personalidad o quizás simplemente era así.

Cuando ingresó en la policía, no lo hizo como la mayoría de sus compañeros, él no tenía vocación por la profesión, pero inducido por su padre se sentía en la obligación de opositar.

Las pruebas físicas nunca fueron su fuerte y no porque estuviera gordo, pero no entraban dentro de sus cualidades a destacar. Donde realmente era bueno era en la resolución de problemas, los números siempre se le habían dado bien, por lo que con un poco de esfuerzo no tuvo demasiados problemas para obtener una de las mejores notas en la academia de Ávila.

Cuando su padre le pidió acceder al cuerpo, fue reacio en primera instancia, la arquitectura parecía su pasión, pero Fernando tenía planes mayores, al menos, bajo esa premisa le convenció.

<<Después de todo lo que he hecho por ti... me lo debes Marcial>>.

Aquellas palabras lo dejaron tocado y tras una semana sin apenas hablar con nadie, accedió a la petición de su padre.

—Maldita sea, si ese vídeo llega a la red, mi carrera policial puede darse por perdida.

—¿Estás bromeando?

—¿Quién va a elegir al hijo de un...?

Y sin dejar terminar la frase Fernando se impone como cuando Marcial era un niño asustadizo.

—Déjate de lloriqueos, tenemos que conseguir detener la subida del video a Youtube.

Cuando lleguen aquí, déjame a mi, tú mantente a la espera de mi señal, y, sobre todo, no abras la boca. El inspector Castillo buscará tu provocación, no caigas en su trampa.

Es importante que mostremos la debilidad del derrotado, tocados será más fácil que nuestros oponentes bajen la guardia y en ese momento... acabaremos con ellos.

Un sonido metálico se escucha en la sala.

—Deprisa, están aquí, dale un golpe en la nuca—dice observando al desvalido Martin que apenas puede mantenerse erguido —si piensan liberarlo siempre nos dará cierta ventaja que tengan que trasladarlo al brazo, no podrán bajar las escaleras con él a cuestas —una sonrisa maquiavélica se dibuja en el rostro de Fernando.

Las escaleras de metal que dan acceso a la antesala suenan como el tic tac de un reloj, a cada paso, los zapatos transmiten la onda de la pisada a lo largo de barandilla metálica. Alguien esté subiendo por ellas, pronto no estarán solos, los habían encontrado.

CAPÍTULO 39

Ramón hubiera preferido pasar el día en la cama de su piso en Valencia, la temperatura había bajado y el cansancio acumulado hubiera sido el aliado perfecto para un retiro de descanso que sin duda necesitaba.

Las últimas semanas habían sido convulsas, el operativo del narco, la muerte del compañero, el rechazo de toda la comisaria...y ahora, el caso Martin y la fosa, un cóctel explosivo que no le dejaba pensar con claridad.

Observan la larga escalera que se alza hacia el piso superior, una escalera metálica, vieja y oxidada, una de esas que se ven en las películas americanas para los casos de emergencia.

Tres caminos diferentes se muestran frente a ellos, un acceso que les conduce a las alturas por cada chimenea.

—¿Cuál tomamos? —pregunta Daniela intentando adivinar la altura que subirán hasta llegar a Martin.

Ramón, en un estado dubitativo medita.

—Las coordenadas distaban de la central en dos grados, por eso pensé que el extraño mensaje quería indicarnos que estaba en el pabellón dos, creo que lo que quería indicarnos en realidad era que cogiéramos la escalera más orientada al norte. Tiene que ser por ahí.

—¿Seguro que en la academia no estudiáis psicología? —dice Daniela asombrada por la capacidad de análisis de Ramón ante tan inverosímil argumento.

Decididos, comienzan su ascenso, es probable que una altura de más de 50 metros les esperase y teniendo en cuenta el sonido que producían sus calzados ante aquella estructura metálica, tardarían más de lo esperado en completar el recorrido, debían de ir despacio y con cuidado de no ser descubiertos.

No pueden dar un paso en falso, el factor sorpresa, que quizás ya no lo era tanto, debía mantenerse.

Sin prisa, pero sin pausa, comienzan a subir con el máximo sigilo que el escenario les permitía y con la firmeza y seguridad del que quiere llegar a su destino continúan en su ascenso.

Las turbinas de los extractores cada vez suenan más cerca, un sonido que se asemeja al escuchado en el video.

—Daniela, déjame a mi primero.

Sin mayor resistencia, le cede el puesto colocándose tras él.

Están llegando, Ramón se detiene un instante, observa el entorno, una altura que daba vértigo por abajo y a escasos tres metros hacia arriba una plataforma de hormigón se alzaba adosada a la enorme chimenea.

Se gira y observa a Daniela durante un instante, su cuerpo contorneándose mientras sube las escaleras luce hermoso, su rostro, una mezcla de excitación por la adrenalina y miedo por oxitocina le da un aspecto sexy que no pasa desapercibido para el inspector.

<<Cuando salgamos de aquí, tú y yo vamos a hacer una escapada inolvidable>> piensa mientras sube los últimos peldaños dirección al objetivo.

Con sumo cuidado asoma primero la cabeza, apenas lo justo para una toma de contacto de la zona.

Al fondo, una sala diáfana, a la izquierda, pegada al material de construcción de la enorme

chimenea, lo que parecían unos antiguos despachos, quizá una sala de control de máquinas.

Poco a poco fue asomándose para así distinguir mejor el escenario. La gran sala, iluminada por una claraboya, lanzaba un haz de luz sobre una silla, como si su intención fuera captar su atención.

En cuanto las pupilas se adaptaron a la luz, pudo distinguir el cuerpo de una persona atado a ella.

Habían encontrado a Martín.

—Ya lo tenemos, Daniela —dijo Ramón con una voz que más bien parecía un susurro.

La chica, que no pudo contener la emoción, se dirigió de inmediato a ver a su hermano, fue un acto de puro instinto.

La imagen era deplorable, el pobre Martín, con la cabeza gacha, inconsciente y lleno de moratones permanecía inmóvil sujeto por unas cuerdas que, sin duda, habían sido colocadas con el esmero propio de alguien que ha hecho un curso y quiere poner en práctica sus actitudes marineras.

Ramón, algo más retirado, en la retaguardia, observaba atento la escena siendo consciente de que sus secuestradores aparecerían en cualquier momento, demasiadas molestias para un rescate tan sencillo, algo no cuadraba.

Daniela, nerviosa, no consigue deshacer los nudos, pide la ayuda de Ramón que, dejando el arma en el suelo, junto a la silla, se arrodilla en un intento de liberar a Martín de aquellos aparatosos nudos.

De repente, una voz se escucha tras ellos.

—Por fin queridos amigos...

Alertados por aquella voz familiar no tardan en reconocer a su interlocutor, un famoso alto directivo de una de las empresas del Ibex.

—Sr... ¿Fernando se llama?

—Inspector Castillo, usted no comprende la magnitud de la situación, le ruego reconsidere mi oferta y nos entregue a la muchacha.

Ramón mira los ojos azules de Daniela, que cristalizados amenazan con asomar una lágrima.

—Lo siento Daniela.

La muchacha, con la mirada de una persona traicionada, abatida, se sienta junto a su hermano, en el suelo como el que se rinde ante su cruel destino.

—¡Alto! —interviene Marcial a pesar de que su padre le había pedido mantenerse retirado en el más discreto silencio.

Fernando, irritado por su intervención aprieta los puños hasta que el blanco de los nudillos, delatan su disconformidad.

—Conozco al inspector, jamás traicionaría sus principios. Si ha llegado hasta aquí con la chica, te aseguro que se irá de aquí con ella, padre.

Ante aquella situación imprevista, Ramón hizo la intención de coger el arma que había dejado en el suelo con anterioridad.

El movimiento, a pesar de su sutileza, fue observado por Marcial que no dudó en disparar con su arma reglamentaria mandando una señal inequívoca de que la cosa iba en serio.

Fernando, nunca había visto así a su hijo, se siente orgulloso de que años y años de dureza intentando sacar algo de provecho hubiera dado sus frutos, por fin tomaba la iniciativa en algo.

Ramón retrocede, Daniela, que parece aturdida por la sucesión de hechos no quita ojo a los dos despiadados secuestradores, sus estudios de psicología clínica deberían de servirle de

algo, y ahora era el momento de ver si tanto master servía para algo.

Estudia de manera meticulosa el comportamiento de ambos intentando descifrar sus puntos débiles mediante el lenguaje corporal, una técnica aprendida durante sus años de carrera universitaria.

Sabe que Fernando, muestra un placer exaltado al tomar Marcial las riendas, al mismo tiempo, es consciente de que, si tenían un plan, con su intervención se ha ido al traste. Fernando, con un movimiento repetitivo de manos, indica su improvisación al son de los acontecimientos. Pero con eso no basta, si querían salir vivos de allí debía de buscar su debilidad y hondar en ella.

CAPÍTULO 40

La furgoneta va a gran velocidad, en su interior los movimientos son continuos, cada bache, cada curva parece la montaña rusa, tal vez deberían repasar la amortiguación y los ejes.

De no ser por los agarres de los asientos traseros todo el equipo iría rodando por los suelos, Jaime es consciente de ello.

Los chicos no muestran su preocupación, están serenos, es un día más en su rutina de trabajo ¿por qué iban a estar nerviosos?

<<Ahora entiendo por qué son un cuerpo de élite>> piensa sentado en su asiento mientras intenta controlar los nervios por dirigir un operativo de tal envergadura.

<<Yo no estudié para esto, joder>> afloran sus dudas.

Suena el teléfono, Jaime descuelga con voz trémula, a pesar de su esfuerzo por mantener las apariencias.

—¿Ya ha llegado?

—No excelencia, el GPS dice que llegaremos al punto exacto en 5 minutos.

—Recuerde que deben limpiar la zona. Los Mossos no tardarán en recibir la llamada y en 20 minutos toda la central estará rodeada de periodistas hambrientos de carnaza para sus redacciones.

—No se preocupe ilustrísima, el cuerpo del sujeto está frente a mi, las instrucciones son precisas señor.

—La monarquía de este país depende de ustedes, mis hombres están a su servicio, no me haga arrepentirme de haberle confiado la tarea de limpieza.

La furgoneta reduce la velocidad, y a juzgar por los continuos saltos en la maltrecha amortiguación debe de estar aproximándose a la zona atravesando un solar que hay en las inmediaciones.

Jaime abre una pequeña rendija por la que puede ver el paisaje exterior, el blindado apenas deja ángulo de visión, no es un vehículo de disfrute.

Un descampado, arbustos secos y un coche que reconoce, el Porsche del inspector Castillo <<Ya he visto suficiente>>.

El furgón se detiene, ha llegado el momento.

Los chicos se colocan el casco de intervención sobre los pasamontañas, todo a juego con la negra uniformidad del equipo que como si se tratara de un baile sincronizado, comprueban el material de asalto.

—Muchachos, hoy la Casa Real nos necesita, hoy España os requiere.

Armados con material de primera, la imagen de todos ellos frente a Jaime impone.

—¡Viva España, arriba España!

—¡Viva! —gritan todos ellos como un equipo de rugby antes de saltar al campo.

Jaime, abre la puerta trasera y a medida que salen va dándoles una palmada en la espalda, todo forma parte del juego, se siente como un entrenador de fútbol en la final de la Champions animando a sus chicos, la adrenalina, la euforia invade cada poro de su piel y con la suya, la de todos ellos.

El equipo de operaciones salta de la furgoneta a ritmo ligero, se adentran hacia el interior de la central, tan rápido como el sigilo les permite.

Jaime se siente satisfecho, los hombres asignados no hacen preguntas, no cuestionan, se limitan a cumplir las órdenes.

CAPÍTULO 41

Marcial se acerca hacia Daniela, Ramón todavía arrodillado junto a la silla permanece inmóvil ante el temor de que su antiguo compañero cometa una locura.

La situación es tensa, el arma no deja de apuntar al inspector que mira con recelo los escasos centímetros que lo separan de su pistola.

—Lánzame el arma —dice Marcial dominando la situación.

Fernando permanece expectante, disfruta con la situación.

Ramón hace intención de lanzar el arma...

—Sin hacer tonterías —espeta Marcial haciendo referencia a que lance el arma con el pie.

Si tenían una posibilidad, con la entrega de su HK Compact todo está perdido, están desarmados.

Fernando en su situación dominante interviene...

—Darnos el diario, rápido y sin tonterías.

—¿Crees que somos tan imbéciles de venir aquí con él?

El semblante de Fernando cambia, la ira aflora a través de una mirada llena de odio, está a punto de estallar.

<<Ya lo tengo, los secretos del diario, su punto débil>> piensa Daniela convencida de que tarde o temprano la ira hará que baje la guardia.

—Tu mayor problema creo que no es tener ese diario, tu problema real va a ser cuando parte de él sea subido a las redes sociales. Si no me equivoco en cuestión de una hora estará subido en Youtube.

—Cancela la subida, zorra —dice Marcial mientras apunta a la cabeza del inspector.

—Si le tocas un solo pelo, te juro que no podrás cancelarlo.

Marcial, hecho una furia deja a Ramón arrodillado para dirigirse a Daniela...

—O cancelas la subida del puto video o vas a tener un bonito orificio en esa preciosa cara y créeme que sería una desgracia dolorosa ver un rostro tan bonito desfigurado.

—Aunque quisiera no puedo, sólo puedo acceder a mi cuenta con mi móvil que, por cierto, me temo que está repartido en mil pedazos sobre el suelo de una gasolinera destrozada por vuestro matón. Tengo la cuenta vinculada a la MAC, sin la placa base no puedo borrarlo —sonríe Daniela pensando que tiene la situación controlada. Se trata de ganar tiempo y esperar el fallo. De momento, lo está consiguiendo.

Ramón duda si lanzarse a por Marcial, sabe que físicamente podría con él. Observa a Fernando con atención, no parece que vaya armado y con su edad puede que Daniela consiguiera detenerlo hasta recuperar el arma.

—¿Si recuperamos la placa de tu teléfono podrías borrarlo? —interviene Fernando.

—Por supuesto, pero necesito alguna garantía de que saldremos ilesos.

Fernando duda, es consciente de que el visionado del video sería un escándalo sin precedentes, el clan de las mariposas estaba en peligro, debía encontrar una solución.

Marcial sin dejar de apuntar a Daniela intenta convencer a su padre...

—Padre, tenemos dinero y medios para negarlo, todo quedaría como un intento de manipulación por parte de un grupo anónimo contra las grandes fortunas del país, la gente especulará, pero con el tiempo todo quedará como un intento de desestabilizar con una sarta de mentiras que nadie se preocupará de investigar. Llama al grupo, ponles en antecedentes y que

preparen a sus contactos para la llegada del video.

Fernando lleno de orgullo se retira unos metros intentando pensar con claridad las diferentes opciones.

De repente, unos pasos metálicos producidos por el efecto de las botas sobre las escaleras metálicas inundan la sala, se escucha un disparo.

El cuerpo de Fernando se desploma atravesado por el plomo de un proyectil que deja un pequeño orificio sangrante sobre su frente.

Ramón observa con incredulidad la escena, un grupo de 5 hombres vestidos completamente de negro y ropa de asalto toman la sala con la eficacia de un cuerpo de élite. ¿Qué está sucediendo?

Marcial sabe que está perdido, no tiene nada que hacer contra ese grupo de asalto que ha salido de la nada.

Piensa en coger a Daniela como rehén y escapar de allí, pero antes de que haga el más mínimo movimiento, cuatro disparos sobre su pecho acaban con él.

Daniela se siente aliviada por la liberación de la policía, Ramón, incrédulo, no tiene clara la jugada, por su trabajo ha vivido muchos operativos, sabe que no es el protocolo habitual de los cuerpos especiales, sabe que nunca entran en acción sin una previa negociación, algo de todo esto no le huele bien.

Intenta buscar alguna insignia que identifique a qué mando pertenecen. No hay rastro, eso le mosquea.

Una voz conocida llama su atención, el comisario Jaime está allí, con ellos.

—Sois libres —y dirigiéndose a sus hombres ordena que desaten a Martin mientras éste recupera la consciencia.

Daniela está contenta, nunca pensó estar agradecida por el asesinato de dos personas, pero aquello no eran personas normales, eran unos putos asesinos disfrutando con el daño ajeno.

—Comisario, gracias —dice Ramón al que sigue sin encajarle la situación.

El comisario observa al inspector...

—Veo que no me hizo caso en lo de tomarse unas vacaciones. El próximo lunes tendrá la carta de suspensión en mi despacho.

Ramón no sabe si responder, se siente aliviado, tal vez necesite un descanso.

Minutos más tarde, custodiados por dos agentes se encuentran en el solar adosado a la central, ante el Porsche rojo observan una fila de vehículos con las sirenas encendidas que aparecen en escena.

—Hay que llevar a Martin al hospital —propone Daniela.

—No, no me habléis más de hospitales, llevadme a casa.

CAPÍTULO 42

“Un vecino natural de Tortosa secuestra y asesina al empresario y director de Phin Telecom España”.

“El agente Marcial, hijo del multimillonario, fallece en acto de servicio a pesar del gran despliegue policial”.

“Primeras investigaciones de los Mossos descartan el móvil del secuestro por motivos económicos”.

<<El secuestrador, con antecedentes psiquiátricos, reclama el retorno de las ayudas a la banca para la sanidad. Su mente perturbada pretende hacerse un hueco en las portadas internacionales con el lema “dead financial bank, save citiziens” movimiento que se hace viral en las redes y lanza a centenares de cibernautas a la calle en señal de protesta>>.

“La policía se ve obligada a reducir al individuo abatiéndolo a tiros, Andreu S.M ¿héroe o villano? la polémica está servida”.

“El hecho pone en entredicho el sistema sanitario español que abandona a su suerte a este tipo de pacientes con los recortes”.

Los diferentes titulares sobre el caso ocupan las portadas de la red y son ampliadas en primera página junto a otras noticias que aprovechan la coyuntura para atacar la gestión del gobierno.

La prensa se hace eco ante este tipo de hechos, sabe que a la gente le gusta el morbo, y este caso lo tiene.

Ha pasado una semana desde el desenlace. Nadie se ha puesto en contacto con ellos. Ramón sabe que ya tenían que haberlos citado para hacer una primera declaración.

El sol vuelve a brillar con fuerza tras los días de tregua dados, la brisa del mar es agradable y hay que aprovechar los últimos días de verano.

Martin recuperado prácticamente de sus heridas juega con su hermana a las palas.

La playa en esta época del año es un lujo que no tiene precio, la mayoría de turistas han vuelto a sus países de origen. Algún madrileño rezagado queda en la costa valenciana, los menos. Cullera luce espléndida.

Ramón sigue leyendo las noticias en su nuevo teléfono, esta vez ha gastado más de lo esperado convencido por un Martin con grandes dotes comerciales ¿desde cuándo me he gastado yo 1.000€ en un teléfono?

Entra en Youtube, todos los días desde el rescate lo hace, no hay rastro del video. Accede a su cuenta de Twitter, quizás un grupo de frikis han rescatado algo de las imágenes, nada, no hay éxito, ni un solo comentario.

Daniela deja la raqueta en la arena y lo llama con sonrisa picaresca, la misma que cuando se conocieron.

Ramón guarda el Iphone ante su insistencia, se asegura de dejarlo junto al diario de Luis,

protegido de la arena y se levanta dirección al agua.

<<Disfrutemos de las vacaciones>>.

Suena el teléfono, el comisario Jaime Peñalba descuelga como de costumbre, al quinto tono, a pesar de tener el móvil en la mano. Piensa que así da la imagen de ser una persona ocupada, como todas las personas importantes, y él, lo es.

—Le felicito por su trabajo, ha salvado al país de un caos social sin precedentes.

Jaime se siente alagado ante las palabras de Belmonte.

—El honor es mío excelencia. Tan solo una pregunta ¿cómo consiguió evitar que saliera el vídeo en las redes?

—Me gusta rodearme de los mejores y mi equipo lo es.

Belmonte cuelga, se acomoda en el sofá de su domicilio, en una de las más caras y exclusivas urbanizaciones de Madrid y con la mirada fijada en la fotografía del rey Eduardo III que luce sobre su escritorio piensa...

<<Ha llegado mi momento querido primo...>>.

FIN

Carta al lector

Gracias por haber llegado hasta aquí, como siempre digo, la mayor alegría para un escritor es ser leído, y si gusta y entretiene al lector, la finalidad del libro ha llegado a su objetivo. Por ese motivo agradezco una reseña, porque de esa manera ,ayudas al pequeño escritor, como yo, a continuar en este difícil mundo literario. Espero que hayas disfrutado de la lectura y seguiremos intentando dar lo mejor de uno mismo en la siguiente obra.

Gracias.

Libros de este autor

[El grito de las mariposas](#)

Finales de los 70, Viena. Isabella como todas las adolescentes de su edad tiene un sueño, el suyo triunfar en París con sus cuadros.

Una mala decisión pondrá su acomodada vida en un caos sin camino de vuelta.

Pasan los años y tras una vida truncada, nada la ata a la capital austriaca, entonces decide escapar con sus hijos a España en un desesperado intento huyendo de su pasado.

Una nueva vida, un nuevo amor pero...¿todo es como parece?

La historia de unos niños, cuya vida se transforma durante su estancia en un internado se entrelazará en una macabra historia llena de poder y riqueza donde todo estará permitido.

Asesinatos, chantajes... ¿qué precio tiene el poder?

Un thriller, un drama, una historia.

[El grito oculto](#)

Martin ha despertado en una cama de hospital, confuso por los acontecimientos, le cuesta creer lo sucedido.

Un nombre le atormenta. Su padrastro conocía al hombre que ha intentado matarlo, pero ¿dónde buscar las pistas que despejen sus recuerdos del pasado?

Inmerso en su búsqueda por la verdad, desaparece.

Daniela, su hermana, y el inspector Castillo se verán envueltos en una trama contrarreloj donde deberán encontrarlo. El tiempo apremia, un viaje de 24 horas transcurrirá lleno de contratiempos y peligros.

¿Llegarán nuestros protagonistas a tiempo? ¿Podrán vencer al mal?

El clan de las mariposas ha vuelto, y esta vez, están decididos a todo.